

**Trabajo de Fin de Máster**  
*en Formación e investigación literaria y teatral en el*  
*contexto europeo*

**LA NARRATIVA AUTOBIOGRÁFICA Y LAS**  
**GUERRAS HISPANOCUBANAS (1868-1898).**  
**DOS DIARIOS: ¡LA GUERRA! CUBA DE**  
**RICARDO BURGUETE Y MI DIARIO DE LA**  
**GUERRA DE BERNABÉ BOZA**

*Autor: Ángel Morán Hernández*  
*Director: Dr. José Romera Castillo*

**Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura.**  
**Facultad de Filología. UNED. Curso académico 2012-2013**



**Trabajo de Fin de Máster en *Formación e investigación  
literaria y teatral en el contexto europeo***

**LA NARRATIVA AUTOBIOGRÁFICA Y LAS  
GUERRAS HISPANOCUBANAS 1868-1898. DOS  
DIARIOS: *¡LA GUERRA! CUBA* DE RICARDO  
BURGUETE Y *MI DIARIO DE LA GUERRA* DE  
BERNABÉ BOZA**

*Autor: Ángel Morán Hernández*

*Director: Dr. José Romera Castillo*

**Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura.**

**Facultad de Filología. UNED. Curso académico 2012-2013**



### Agradecimientos

al profesor José Romera Castillo, por su ayuda y buena disposición;  
a Rebeca, por su ayuda y su paciencia



## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	11
<b>CAPÍTULO I:</b>	
<b>1. MARCO TEÓRICO: RASGOS GENÉRICOS DE LA LITERATURA AUTOBIOGRÁFICA</b> .....	17
<b>1.1. Rasgos morfosintácticos</b> .....	18
<i>1.1.1. La narración: acciones, personajes, espacio y tiempo</i> .....	18
<i>1.1.2. El narrador-personaje</i> .....	21
1.1.2.1 La voz.....	21
1.1.2.2. La focalización.....	23
1.1.2.3. La persona gramatical.....	24
<i>1.1.3. El tiempo del relato</i> .....	25
1.1.3.1. El orden.....	26
1.1.3.2. La duración.....	26
1.1.3.3. La frecuencia.....	27
<b>1.2. Rasgos semánticos</b> .....	28
<b>1.3. Rasgos pragmáticos</b> .....	33
<i>1.3.1. El pacto autobiográfico y la identidad autor-narrador-personaje</i> .....	33
<i>1.3.2. Pragmática de la enunciación</i> .....	34
<i>1.3.3. Producción, comunicación, recepción</i> .....	35
<i>1.3.4. Motivaciones de la escritura autobiográfica</i> .....	37
<b>1.4. Tipología del género autobiográfico</b> .....	38
1.4.1. Autobiografías.....	38
1.4.2. Memorias.....	40
1.4.3. Diarios.....	41
1.4.4. Epístolas.....	44
1.4.5. Autorretratos.....	45
1.4.6. Otros tipos textuales.....	45
<b>CAPÍTULO II:</b>	
<b>1. LAS NARRACIONES AUTOBIOGRÁFICAS Y LAS</b>	

<b>GUERRAS HISPANOCUBANAS (1868-1898)</b> .....	47
<b>1.1. Panorama general</b> .....	47
<b>1.2. Bibliografía no exhaustiva de literatura autobiográfica de las guerras hispanocubanas (1868-1898)</b> .....	52
<b>CAPÍTULO III:</b>	
<b>1. ¡LA GUERRA! CUBA (DIARIO DE UN TESTIGO) DE RICARDO BURGUETE Y LARA</b> .....	57
<b>1.1. Vida y obra del autor</b> .....	57
<b>1.2. ¡La guerra! Cuba (diario de un testigo)</b> .....	58
<b>1.3. Análisis morfosintáctico</b> .....	59
1.3.1 Estructura externa.....	59
1.3.2. Estructura interna. La narración: acciones, personajes, espacio y tiempo.....	60
1.3.3. El narrador-personaje.....	70
1.3.3.1. La focalización.....	70
1.3.3.2. La persona gramatical.....	72
1.3.4. El tiempo del relato.....	73
1.3.4.1. El orden.....	73
1.3.4.2. La duración.....	75
1.3.4.3. La frecuencia.....	81
<b>1.4. Análisis semántico</b> .....	83
<b>1.5. Análisis pragmático</b> .....	88
1.5.1. El pacto autobiográfico y la identidad autor-narrador-personaje.....	88
1.5.2. Pragmática de la enunciación.....	89
1.5.3. Producción, comunicación, recepción.....	90
1.5.4. Motivaciones de la escritura autobiográfica.....	92
<b>CAPÍTULO IV:</b>	
<b>1. MI DIARIO DE LA GUERRA DE BERNABÉ BOZA</b> .....	93
<b>1.1. Vida y obra del autor</b> .....	93
<b>1.2. Mi diario de la guerra</b> .....	93
<b>1.3. Análisis morfosintáctico</b> .....	94



1.3.1 Estructura externa.....	94
1.3.2. Estructura interna. La narración: acciones, personajes, espacio y tiempo.....	95
1.3.3. El narrador-personaje.....	102
1.3.3.1. La focalización.....	102
1.3.3.2. La persona gramatical.....	105
1.3.4. El tiempo del relato.....	107
1.3.4.1. El orden.....	107
1.3.4.2. La duración.....	108
1.3.4.3. La frecuencia.....	115
<b>1.4. Análisis semántico.....</b>	<b>116</b>
<b>1.5. Análisis pragmático.....</b>	<b>120</b>
1.5.1. El pacto autobiográfico y la identidad autor-narrador-personaje.....	120
1.5.2. Pragmática de la enunciación.....	121
1.5.3. Producción, comunicación, recepción.....	122
1.5.4. Motivaciones de la escritura autobiográfica.....	123
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>124</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>127</b>



## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de fin de máster se enmarca dentro de la labor de investigación del Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías (*SELITEN@T*), adscrito al Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura de la Facultad de Filología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, dirigido por el catedrático José Romera Castillo. Como se puede observar en el resumen que se expone a continuación, el estudio de la escritura autobiográfica en España constituye una de sus líneas fundamentales de investigación.

El Centro de Investigación ha realizado hasta la fecha diecinueve Seminarios Internacionales, tres de los cuales se centran en lo autobiográfico y uno en lo biográfico. El segundo Seminario, con sede en la UNED de Madrid, fue dedicado a la autobiografía y se recogió en Romera Castillo, José *et alii* (eds.), *Escritura autobiográfica*, Madrid: Visor Libros, 1993. El séptimo, en 1997, se dedicó a lo biográfico y sus actas aparecieron publicadas en Romera Castillo, J. y Gutiérrez Carbajo, F., *Biografías literarias (1975-1997)*, Madrid: Visor Libros, 1998. El noveno, en 1999, fue también recopilado por el profesor Romera Castillo *et alii* (eds.), *Poesía histórica y (auto)biográfica (1975-1999)*, Madrid: Visor Libros, 2000. Y el duodécimo, celebrado en Madrid en junio de 2002, también editado por el mismo profesor, se publicó bajo el título *Teatro y memoria en la segunda mitad del siglo XX*, Madrid: Visor Libros, 2003.

Asimismo desde el *SELITEN@T* se ha creado *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, bajo la dirección del profesor Romera, editada anualmente en formato impreso por Ediciones de la UNED desde 1992 y en formato electrónico (<http://cervantesvirtual.com/hemeroteca/signa>), en la que han aparecido diversos trabajos relacionados con la escritura autobiográfica y biográfica.

Cabe destacar también, en la línea de estudio sobre lo autobiográfico, la defensa de seis tesis de doctorado bajo la dirección del profesor Romera: *La literatura como conocimiento y participación en María Zambrano*, de María Luisa Maillard García (1997) –defendida en 1994 y publicada primero en

microforma por la UNED en 1995–; *Autobiografía y ficción en la novela española actual: J. Semprún, C. Barral, L. Goytisolo, Enriqueta Antolín y A. Muñoz Molina*, de Alicia Molero de la Iglesia, publicada como *La autoficción en España. Jorge Semprún, Carlos Barral, Luis Goytisolo, Enriqueta Antolín y Antonio Muñoz Molina* (2000) –defendida en 1999 y publicada primeramente en microforma por la UNED, en el mismo año–; *La escritura autobiográfica en el fin del siglo XIX: el ciclo novelístico de Pío Cid considerado como la autoficción de Ángel Ganivet*, de Francisco E. Puertas Moya (2003) –puede leerse completa en <http://www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Refe=6037> y ha dado lugar a diferentes publicaciones–; *El diario y sus aplicaciones en los escritores del exilio español de posguerra*, de Eusebio Cedena Gallardo (2004); *El espacio urbano en la escritura autobiográfica: el ejemplo de Ávila*, de Fernando Romera Galán (2009) –inédita hasta el momento– y *La escritura autobiográfica de Terenci Moix en “El cine de los sábados”, “El beso de Peter Pan” y “Extraño en el paraíso”*, de Thomas Fone (2010) –inédita hasta el momento–.

Asimismo, el profesor Romera Castillo ha dirigido numerosas memorias de investigación: *Las imágenes de la luz en el “Libro de la Vida” de Santa Teresa de Jesús* (1983) de Monserrat Izquierdo Sorlí; *Parcelas autobiográficas en la obra de Gabriel Miró*, de Francisco Reus Boyd-Swan (1983); *Lo autobiográfico en “La realidad y el deseo”, de Luis Cernuda*, de María del Mar Pastor Navarro (1985); *La prosa autobiográfica de Carlos Barral*, de Cecilio Díaz González (1991); *Autobiografía y novela en algunas escritoras de la generación del 68*, de Salustiano Martín González (1992); *La escritura autobiográfica de Ramón Carnicer*, de Helena Fidalgo Robleda (1994); *Escritura autobiográfica de dramaturgos españoles actuales (Arrabal, Fernán-Gómez, Marsillach y Boadella)*, de Juan Carlos Romero Molina (2005); *Estudio de literatura autobiográfica de Miguel Delibes (1989-1992)*, de Luis Abad Merino (2006); *La voz del otro y la otra voz: Zenobia Camprubí, María Martínez Sierra, Dolores Medio y Alejandra Pizarnik*, de Carmen Palomo García (2007); *Las posibilidades del yo en la construcción de identidades queer a partir de una selección de textos narrativos de Luis Antonio de Villena*, de Sergio Coto Rivel (2009); *De las memorias al teatro: el caso de Carlota O’Neill*, de Rosana Murias Carracedo (2009); *Los dietarios de Pere Gimferrer y Enrique Vila-Matas*, de Juan José González Pozuelo y *El ciclo de Federico Sánchez de Jorge Semprún entre la autoficción y*

*la memoria política*, de Íñigo Amo González (2010). Además de las referidas al ámbito hispanoamericano: *Propuesta para una lectura de las Cartas de Pedro de Valdivia*, de Jimena Sepúlveda Brito (1992) y *Los elementos autobiográficos en la narrativa de Fernando del Paso*, de Alfredo Cerda Muños (1995).

A todo ello hay que añadir los trabajos del director del Centro, que van desde el ámbito de la teoría sobre lo autobiográfico, pasando por panorámicas generales, estudios sobre subgéneros concretos, hasta estudios especializados en la escritura de diversos autores. He aquí una breve muestra: "La literatura autobiográfica como género literario" (1980), aparecido en la *Revista de Investigación* (del Colegio Universitario de Soria); "La literatura, signo autobiográfico. El escritor, signo referencial de su escritura" (1981), en el volumen colectivo coordinado por él, *La literatura como signo*; "Escritura y vida" (1993), en el *Boletín de la Asociación de Profesores de Español* (Cuadernillo *Cálamo*, sección "Rúbrica"); "Escritura autobiográfica" (1997), en la sección monográfica *El placer de leer* (*Un canon de lectura de la literatura actual*), de la revista *A Distancia* (UNED); "Panorama de la literatura autobiográfica en España (1975-1991)" (1991), en *Suplementos Anthropos* –en el número monográfico sobre *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*–; "Panorama de escrituras autobiográficas del siglo XX" (2004) –expuesto en la sesión plenaria del *Seminario de escrituras autobiográficas y relatos de vida* (Universidad de La Rioja, Logroño, mayo-junio de 2003)–; el monográfico *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)* (2006), Madrid: Visor Libros; "Escritos autobiográficos y teatro de la época (1916-1939)" (1992) –trabajo expuesto en el *Seminario Internacional sobre El teatro en España entre la tradición y la vanguardia (1916-1939)*, celebrado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, febrero de 1992)–; "La memoria histórica de algunas mujeres antifranquistas" (2009) –en el número monográfico, coordinado por Juan A. Ríos Carratalá, dedicado a *La memoria literaria del franquismo*, de la revista de la Universidad de Alicante *Anales de Literatura Española*–; "Fragmentariedad diarística: sobre Miguel Torga" (2006), publicado en *Forma breve* (Portugal) 4, o "Contexto autobiográfico de Juan Ramón Jiménez" (2007) en *Pasión de mi vida. Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Francisco J. Díez de Revenga y Mariano de Paco (eds.), y un largo etcétera.

Una información más detallada sobre todas estas actividades se puede encontrar en los documentos “La escritura (auto)biográfica y el SELITEN@T: guía bibliográfica” e “Investigaciones sobre escritura autobiográfica en el Centro de Investigación SELITEN@T de la Universidad Nacional de Educación a Distancia”, ubicados ambos en <http://www.uned.es/centro-investigacion-SELITEN@T>.

Este trabajo se inserta en una de las líneas de investigación de dicho centro. Con él se pretende abordar el estudio de los textos narrativos autobiográficos surgidos de las guerras hispanocubanas que se dieron entre 1868 y 1898, un espacio apenas tratado por los estudios literarios y cuyo valor, ya no solo como parte del corpus de textos de la literatura soldadesca sino dentro del marco del género autobiográfico a nivel global, puede resultar muy enriquecedor. Concretaremos nuestro estudio en dos diarios surgidos de la guerra de 1895-1898, uno realizado por Ricardo Burguete, teniente del ejército español, y otro por Bernabé Boza, jefe de la escolta de Máximo Gómez durante casi toda la guerra. Para ello se adoptarán los presupuestos metodológicos que nos brinda la semiótica bajo cuya perspectiva serán expuestos algunos de los rasgos genéricos más relevantes de la literatura autobiográfica con el objeto de crear un marco teórico en el que apoyar el estudio.

Comenzaremos abordando los rasgos morfosintácticos, para lo cual nos serviremos, en parte, del enfoque de los estudios estructuralistas de los textos narrativos; con ello trataremos de poner de manifiesto algunas características de estos escritos, pero siempre intentando proyectar el análisis hacia aquello que tengan de interés dentro de los estudios de la literatura autobiográfica, y no quedándonos exclusivamente en el campo de la pura narratología. No se trata aquí de explorar qué puede ofrecer el inmenso campo del análisis estructuralista del relato al estudio de la literatura autobiográfica; ni tan siquiera de elaborar una exposición rigurosa de todos los rasgos característicos de los textos autobiográficos. Lo que se pretende es delimitar el campo de acción teórico-metodológico de nuestro trabajo, por así decir, para posteriormente abordar el estudio de los textos.

Entrará en este apartado el estudio de lo que algunos autores han denominado unidades sintácticas de la narración (Bobes, 1995): las acciones, los

personajes, el espacio y el tiempo; se tratará de sacar a la luz aquello que pueda enriquecer el análisis de los textos. A continuación se abordará la relación narrador-personaje, para ello nos serviremos del análisis de la voz narrativa, de la focalización y de un elemento muy presente en los estudios teóricos de la autobiografía, la persona gramatical. Terminaremos este apartado viendo cómo el estudio de las relaciones entre el tiempo del relato y el tiempo de la historia puede brindarnos informaciones muy interesantes sobre la identidad del autor.

Dado que resulta obligado realizar una operación de selección, se verá que no hemos dedicado un apartado propio a aspectos como la distancia o el modo de discurso según el estilo utilizado, entre otros; lo relacionado con la voz narrativa solo lo trataremos de forma teórica; sin embargo sí se hará referencia a los mismos en el apartado práctico si fuera pertinente.

En el apartado de las características semánticas expondremos brevemente algunas de las teorías propuestas acerca del significado de los textos autobiográficos, las ideas sobre la evolución de la figura del autor-narrador a través de diferentes etapas históricas y el grado de sometimiento de su imagen textual hacia los arquetipos sociales del momento.

En cuanto al análisis pragmático, nos centraremos en algunos aspectos polémicos muy presentes en los escritos teóricos sobre el género autobiográfico: el pacto autobiográfico y la identidad autor-narrador-personaje; trataremos someramente acerca de las características de los enunciados según la teoría de los actos de habla, abordaremos algunas cuestiones propias del proceso comunicativo y terminaremos comentando algunas de las motivaciones que llevan a alguien a poner su vida por escrito.

Para finalizar este apartado teórico-metodológico haremos un resumen de las características de los tipos textuales más importantes que constituyen el género autobiográfico.

Comenzaremos el apartado práctico realizando una contextualización de los textos surgidos de estas guerras y comentando brevemente algunos de los escritos; asimismo se verán las diferencias manifestadas entre aquellos creados desde el lado cubano y desde el español.

Posteriormente incluimos una bibliografía no exhaustiva con el objeto de podernos hacer una idea de lo pródiga que resultó esta etapa en la creación de literatura testimonial.

A continuación entraremos en el análisis de los diarios mencionados. Mediante la aplicación de la propuesta teórico-metodológica enunciada queremos demostrar cómo el texto autobiográfico, en la forma del diario, en un contexto similar como el de la guerra acaba siendo, dependiendo de la mano creadora, dos cosas muy distintas: una obra de creación con evidentes propósitos literarios en la que cobra especial importancia la personalidad del autor y que relega a un segundo plano sus valores referenciales, caso del escrito de Burguete; y un tipo de texto que continúa la línea tradicional de los diarios para servir de registro de un tipo de información cuyo valor depende, en gran medida, de su correspondencia con la realidad extratextual, caso de la obra de Boza. Al mismo tiempo se quiere destacar el hecho inusual de que entre el siglo XIX y el XX se dé un uso estético a la forma del diario, más aún –por motivos que veremos– si este es creado por alguien que pertenece al estamento militar.



## CAPÍTULO I

### 1. MARCO TEÓRICO: RASGOS GENÉRICOS DE LA LITERATURA AUTOBIOGRÁFICA

En la mayoría de los trabajos que abordan el estudio de la llamada literatura autobiográfica, testimonial, literatura del *yo*, autográfica, etc., se puede observar una preocupación por el análisis y la definición de una serie de aspectos que bien pueden considerarse los rasgos constituyentes del género. A pesar de las controversias suscitadas en torno a ellos en el ámbito teórico-crítico, desde el cual se someten esos rasgos genéricos al escrutinio de los estudiosos –filólogos, filósofos, antropólogos, psicólogos o historiadores– con el objetivo de definir el estatus del texto autobiográfico, acotar sus límites, afirmar o negar su valor genérico o epistemológico y, en definitiva, formular su valor ontológico dentro del conjunto de producciones escritas del ser humano, no puede negarse que su utilización crea un marco de entendimiento práctico entre los actores participantes en los ámbitos de la producción, de la comunicación y de la recepción de este tipo de textos.

Para comenzar a tratar estos rasgos nos servimos de la síntesis formulada por el profesor Romera Castillo acerca de lo que es un texto autobiográfico:

El *yo* del escritor queda plasmado en la escritura como un signo referencial de su propia existencia; existe una identificación del narrador y del héroe de la narración; el relato debe abarcar un espacio temporal suficiente para dejar rastros de la vida [...]; el *discurso* empleado, en acepción de Todorov, será el narrativo, como corresponde a unas acciones en movimientos [...]; y el sujeto del discurso se plantea como tema de la narración sincera (si no en plena integridad, sí parcialmente) de su existencia pasada a un receptor (Romera Castillo, 1981: 14).

No se alejan estas características, como no podía ser de otro modo, de aquellas que Ph. Lejeune atribuyera en *Le pacte autobiographique* a la autobiografía, entendida como una modalidad concreta del género autobiográfico, y que agrupaba en cuatro categorías: forma del lenguaje (narración en prosa), tema tratado (vida individual, historia de una personalidad), situación del autor

(identidad autor-narrador), y posición del narrador (identidad del narrador y el personaje principal y perspectiva retrospectiva de la narración) (Lejeune, 1991).

Según esto, respecto a las cualidades morfosintácticas<sup>1</sup> del género autobiográfico, es decir, aquellas características formales y funcionales que dotan al texto de una estructura definida, se observa su naturaleza narrativa, sea en prosa o verso (según Lejeune solo en prosa), la identidad entre narrador y personaje principal, y una distancia temporal del autor-narrador respecto a la historia relatada más o menos acusada. El rasgo semántico más importante es el tema de la vida o la personalidad del autor, en tanto que es el personaje principal, la intensidad y la amplitud con que se manifiesta resultan variables. No obstante, estos rasgos no son exclusivos de la autobiografía, y por ello muchos autores opinan que un texto autobiográfico no posee características formales ni temáticas que lo hagan diferente a un texto de ficción<sup>2</sup>. Esto ha llevado a gran parte de la crítica a poner el ojo en aspectos que pertenecen al campo de la pragmática: la doble identificación de autor-narrador y autor-personaje, el valor referencial del texto, y el pacto autobiográfico formulado por Lejeune.

A continuación trataremos más detenidamente estos rasgos con el objeto de ir definiendo el marco teórico en el que se situará posteriormente el análisis de las obras. En nuestra exposición no pasaremos por alto hacer referencia a algunas de las controversias que han suscitado.

## **1.1 Rasgos morfosintácticos**

### *1.1.1. La narración: acciones, personajes, espacio y tiempo*

Se entiende por narración el relato de una serie de acciones protagonizadas por alguien, o algo con atributos humanos, concatenadas secuencialmente en un marco espacio-temporal. Según esta definición, el hecho narrativo es un modo elocutivo o modo de discurso no exclusivo del lenguaje verbal, así, es posible encontrarnos con narraciones fílmicas, pictóricas, mímicas, etc. La sustancia de la

---

<sup>1</sup> Seguimos básicamente la clasificación que realiza Villanueva (1991; 1993) de las características propuestas por Lejeune, a las cuales aplica el esquema de análisis semiótico de Morris.

<sup>2</sup> Villanueva (1993: 25) subraya la «indiscutible inexistencia de marcas formales que diferencien una autobiografía ficticia o novelesca de otra verídica».

narración, la materia prima a partir de la cual se puede constituir una trama es la acción (García Landa, 1998). Los otros elementos de la definición, personajes, espacio y tiempo, son parte connatural de la acción, entendida como acaecimiento, suceso, hecho o proceso. Se ha dicho que la misma concepción de nuestras vidas es una narración, o puede serlo si logramos tomar la suficiente perspectiva como para dotar de sentido nuestra vida pasada. Este aspecto permite dar una explicación de índole ontológica a la relación que se da entre autobiografía y narración.

Al igual que en la época helénica el fundamento temático de las acciones que pasaban a formar parte de una narración descansaba en una larga tradición de mitos de tradición oral conocidos –y tomados por pasado verdadero– por la comunidad, y la profesionalidad del escritor que los recuperaba y moldeaba según sus intereses artísticos e ideológicos era juzgada, en gran medida, atendiendo a su trabajo sobre la *dispositio* de las acciones, a su destreza para crear una trama atractiva y no tanto a su *inventio*; en la autobiografía, el autor también recupera algo de su pasado, en este caso su propia vida, y el hilo argumental de su relato no se constituye mediante reflexiones sobre ella o emociones nostálgicas, el autobiógrafo recupera acciones pasadas, y sobre ellas crea la narración, las dota de secuencialidad, de causalidad, de sentido en definitiva, añadiéndoles, ahora sí, innumerables ingredientes: reflexiones morales, juicios, descripciones, etc.. En cierto modo, al igual que el poeta clásico, el autobiógrafo se somete a un material existente cuya recreación puede, o no, trascender la historia-mito, el hecho particular, y universalizarlo –pasar del *mythos* al *logos*–, dependerá en alto grado de cómo el autor structure y moldee los acontecimientos. Asimismo, deberá guardar, al igual que aquel, una modulada coherencia con esa realidad extratextual –al menos no del todo desconocida por los lectores– a la que presume someterse.

Estos elementos –acciones, personajes, espacio y tiempo– constituyen el nivel de la historia<sup>3</sup> y son analizables sintáctica, semántica y pragmáticamente. El análisis de un texto autobiográfico en estos parámetros conlleva una serie de implicaciones dignas de comentarse.

---

<sup>3</sup> Según acepción de Genette: historia (material temático), relato (significante o texto), narración (proceso a través del cual el material temático recibe determinada forma) (Garrido, 1996: 40).

El análisis sintáctico de estos elementos de la historia, es decir, el análisis de la disposición de las acciones en pro de una determinada trama, las funciones actanciales de los personajes, los valores del tiempo y del espacio, y las relaciones entre los mismos nos remiten de un modo u otro a una misma semántica y a un orden pragmático común: la vida de un personaje y las virtudes –o no– de un autor-narrador para satisfacer las expectativas del lector. Y por virtud del pacto autobiográfico sabemos la importancia que adquiere el análisis de estos elementos de la narración, puesto que el autor-narrador al escribir su propia vida pasada la modaliza, y lo hace no solo en el nivel discursivo a través de juicios, reflexiones, generalizaciones, alusiones al lector, usos lingüísticos, estilo, etc., sino también en el nivel de la historia, desde el momento en que la selecciona –voluntaria o involuntariamente, según sus intereses y su capacidad memorística– hasta que la presenta por escrito –resultado de su grado de maestría como narrador–. Este aspecto se tratará más detenidamente cuando se hable del tiempo del relato.

El análisis de las secuencias de acciones principales y secundarias, sus vínculos, su casuística, no solo conduce a una mejor comprensión inmanentista del texto y del sentido que le ha imprimido el autor sino que también puede arrojar importantes datos acerca de la perspectiva con que este ve su pasado. Resulta interesante a este respecto la propuesta de análisis secuencial de Bremond, según la cual las secuencias de acciones pueden combinarse entre sí mediante continuidad, alternancia o enclave, y suelen conllevar en su desarrollo un proceso de degradación, mejoramiento y reparación de uno o varios personajes (Garrido, 1996: 47-49). Las narraciones autobiográficas tradicionales, y más aún las de soldados, suelen someterse a la combinación de secuencias por continuidad, lo que no implica necesariamente un orden cronológico. Más allá de la funcionalidad de las acciones, se pueden extraer de aquí valores temáticos que permiten clasificar la trama narrativa autobiográfica como *de iniciación*, *de maduración*, *de revelación*, *de enmienda*, etc. según la propuesta de Friedman (Garrido, 1996: 58-61).

Del mismo modo, el paradigma de los personajes que aparecen en la obra, el peso que adquiere cada uno, su caracterización, si asumimos la subjetividad del autor, supone unos valores ideológicos, afectivos o literarios determinados que es

preciso estudiar<sup>4</sup>. Tratar de reducir dicho paradigma al esquema de las funciones actanciales atendiendo a la metodología de Greimas: destinador/destinatario, objeto/sujeto, ayudante/oponente (Garrido, 1996: 95-97), puede resultar muy enriquecedor, puesto que nos ofrecerá el punto de vista del autor acerca del lugar que ocupa en el mundo.

También cobra especial relevancia, según la línea que seguimos, el análisis del espacio y del tiempo. Estos no solo son elementos en los que apoyar la trama sino que pueden condicionar su desarrollo enormemente, suscitar unas acciones u otras, motivar conductas en los personajes, etc. El tratamiento que realiza el narrador del espacio y del tiempo puede llevarle a configurar un cronotopo que se convierte en signo de sus obsesiones –como autor-narrador–, de sus limitaciones humanas –como personaje–, etc. Este análisis lleva no solo a comprender mejor al autor-narrador y a la sociedad en la que vive, sino que nos permite acotar algunos de los difusos límites de los subgéneros autobiográficos, como puede ser el caso de las autobiografías y de las memorias.

Así, puede resultar interesante conceder cierto valor referencial a los textos autobiográficos o a las novelas históricas en tanto que esto nos permite cotejar una parte de la realidad con su relato, no para acusar de posible falsedad al autor o admirar su fidelidad a la realidad extratextual, sino para encontrar signos que de algún modo signifiquen al autor-narrador, a partir del modo en que este ha configurado la *dispositio* de los elementos de la historia.

### 1.1.2. *El narrador-personaje.*

Una de las características que determinan la estructura de los textos autobiográficos es la identidad narrador-personaje, rasgo del cual se derivan algunos aspectos como la voz narradora, la focalización o el uso de las diferentes personas gramaticales.

#### 1.1.2.1. La voz

---

<sup>4</sup> A este respecto, afirma Oleza (1981: 214) «El paradigma de personajes que todo texto presenta [...] es posible concebirlo como una acotación del infinito campo de posibles personajes a partir de la cual el autor considera que está en disposición de explicar su realidad».

En el texto autobiográfico la voz narradora predominante es aquella que identificamos con la voz del autor-narrador, a pesar de que en ocasiones puede ser cedida a otros personajes. El autor del texto narrativo delega su voz en el narrador, que se constituye en elemento central organizador de la materia narrativa. Su función principal en el relato es la de ser quien habla. El autor, figura extratextual productora de la obra se sirve del narrador de forma ineludible para contarnos la historia. El narrador es aquel que organiza los diversos elementos del relato en función de su punto de vista sobre la vida pasada que pretende (re)construir. En el caso del género autobiográfico se da la particular premisa de que el autor-narrador, sujeto de la enunciación, es al mismo tiempo el personaje principal de la historia, el sujeto del enunciado. Es preciso destacar en este sentido que en la narración autodiegética el discurso narrativo forma parte de la acción narrativa, resulta ser una acción verbal protagonizada desde el presente de la enunciación por el personaje principal en tanto que narrador. Así, «el yo narrador está señalado no solamente por las referencias al presente de la narración, sino por la totalidad de la narración en tanto que indicio» (García Landa, 1998). De esta característica resulta que en ocasiones el proceso de enunciación de la autobiografía, real o ficticia, se encuentre dramatizada, justificada diegéticamente, como es “el caso” del *Lazarillo*. El narrador a su vez puede ceder la voz a diferentes personajes, si bien el discurso de estos ya no se dirige a un narratario sino que se mantiene en el nivel de las acciones de la historia relatada. Con todo, en las narraciones autobiográficas a veces no resulta fácil discernir cuándo el discurso pertenece al autor, al narrador o al personaje, sobre todo si la distancia que media entre el tiempo del enunciado y el tiempo de la enunciación es mínima, caso de los diarios. En ocasiones puede venir indicado mediante marcas discursivas como deícticos, formas y tiempos verbales; otras se manifiesta mediante digresiones en la narración en las que se evidencia la voz valorativa o reflexiva del autor. Sin embargo, en otras ocasiones requerirá de la pericia del estudioso, que deberá resolver quién habla, puesto que de este análisis pueden resultar valoraciones interesantes sobre el texto, como pueden ser el grado de modalización que ejerce el autor a través del narrador, si la actuación del personaje queda velada por el protagonismo de una voz narrativa en exceso singularizada, etc.

Hay otros aspectos relacionados con la categoría de la voz cuyo análisis, si bien puede ofrecer información muy interesante, resulta imposible desarrollar

aquí. Nos referimos a la tipología de la narración en función del tiempo en que se sitúa la voz respecto a la acción (ulterior, anterior, simultánea o intercalada), y al nivel narrativo desde el que narra (extradiegético, intradiegético, metadiegético)<sup>5</sup>. Simplemente comentar que por lo general la narración autobiográfica, macroestructuralmente, constituye una narración ulterior intradiegética cuyo sujeto de la enunciación se sitúa en el nivel extradiegético, sin perjuicio de que participen en la misma otro tipo de narraciones y niveles narrativos, caso de la simultaneidad, muy común en los diarios.

#### 1.1.2.2. La focalización

Otra categoría estrechamente vinculada con la figura del narrador es la de la focalización. Si la voz, decíamos, remite a quien habla, la focalización hace referencia a quien ve. El modo básico en la narración autodiegética es la focalización interna fija<sup>6</sup>, aunque no es extraño encontrar alternancia entre el narrador y el personaje principal. Lo más común es la focalización desde el narrador, mediante la visión “por detrás”, según la terminología de Pouillon, ya que el autor-narrador rara vez oculta su conocimiento de los hechos y por tanto produce una narración que no preserva totalmente la pureza del orden cronológico de la vida en tanto que desvela información que ha obtenido *a posteriori* de los hechos narrados. Cuanto mayor es la perspectiva con que el autor aborda la escritura hay un mayor riesgo de que la narración derive hacia resultados que se acercan a la omnisciencia. El otro caso es el de la visión “desde el personaje”. Aquí, el narrador, bien por desconocimiento –debido a la cercanía de los hechos, por ejemplo–, bien por su deseo de no inmiscuirse en un pasado cuyo relato, pretende, dé sensación de objetividad o de relato vivo que se hace a sí mismo, focaliza desde la mirada del personaje, aspecto que conlleva un gravamen informativo y por ello una reducción de la panorámica mostrada sobre la historia.

---

<sup>5</sup> Seguimos la terminología de Genette (1972: 228-251).

<sup>6</sup> Castanedo Arriandiaga (1993) analiza el uso de la focalización en el relato autobiográfico atendiendo a los esquemas propuestos por Genette y Bal. Concluye que el concepto del primero puede resultar más útil en una descripción macroestructural del relato, mientras que el esquema del segundo es más productivo en la descripción microestructural. Nosotros seguiremos, en líneas generales, la propuesta de Genette.

No cabe aquí hablar de otros tipos de focalización que, si bien no existe ninguna regla por la cual no puedan ser utilizados, son casos en los que se exige un grado de tecnificación narratológica poco habitual en el género autobiográfico o bien suponen un serio peligro para la verosimilitud narrativa. Con todo, se concluye que el análisis de este aspecto puede arrojar conclusiones muy interesantes en los planos semántico y pragmático ya que al estar estrechamente ligado al concepto de distancia narrativa, sirve en última instancia para determinar cuánto hay de autor y cuánto de personaje en la figura del narrador. Es en definitiva el autor quien decide, por los motivos que sean, ideológicos, estéticos, psicológicos, etc., focalizar desde el narrador, desde el personaje o desde ambos.

### 1.1.2.3. La persona gramatical

Antes tratamos sobre la voz narrativa. Esta «se presenta indisolublemente asociada a la persona *yo*, independientemente de cuál sea en cada caso la persona gramatical en que se ampara» (Garrido, 1996: 142). A este tenor, advierte Lejeune (1991: 49) que es preciso diferenciar por un lado la persona gramatical y por otro la identidad a la que nos remite. Si bien, por lo general la autobiografía es narrada mediante una primera persona gramatical que nos remite al narrador y al personaje principal, puede darse el caso de que, por diferentes motivos, la narración se apoye en un uso retórico de la pronominalización en segunda o tercera persona, e incluso en la impersonalización.

El uso de la primera persona aproxima el texto autobiográfico a la historia escrita en su afán por la verosimilitud<sup>7</sup>, sin embargo, al mismo tiempo se aleja de ella a causa de la desafección por la objetividad que lleva intrínseco el *yo*, presente en la enunciación y en el enunciado. En este sentido el narrador se erige en orientador, organizador y transformador indisimulado de su propia historia pero al mismo tiempo dota a la narración de una potencia vivencial cuya cercanía difícilmente se encuentra en la segunda o tercera persona. También es un indicio del narcisismo que entraña la escritura autobiográfica (Caballé, 1995).

---

<sup>7</sup> Romera Castillo (2006:34) afirma que con el uso de la primera persona de singular «se quiere dar más verosimilitud a lo expuesto».



Otro caso es el de la primera persona de plural. A veces el narrador siente un grado de identificación tal con determinado colectivo que se integra en esa pluralidad como rasgo de humildad o de orgullo. Los efectos pragmáticos son diversos según el grado de identificación o de proximidad que el lector siente hacia lo que cuenta, aunque el *nosotros* ejerce en todo caso una fuerza apelativa sobre el receptor de la que carece el *yo*.

El uso de la segunda persona identificada con el narrador, no con el narratario, viene a implicar un ejercicio dialógico del narrador consigo mismo, a modo de reflexión o introspección psicológica (Fernández, 2004: 426-429); puede también resultar un signo de desdoblamiento, y aumenta la fuerza perlocutiva del relato al «incrementar su fuerza perlocutiva provocando la identificación del destinatario, de los lectores, con lo que el protagonista narrador expresa» (Villanueva, 1991: 207).

La tercera persona supone un distanciamiento del autor-narrador con el personaje, bien como rasgo de humildad, caso de algunas autobiografías de religiosos, bien como rasgo de orgullo, caso de la *Guerra de las Galias* de César, como apunta Lejeune (1991:49). Puede implicar también un sentir del autor, que se aleja de sí mismo porque apenas se reconoce o se reconoce parcialmente (Fernández, 2004: 426).

De un modo u otro la distancia que supone la pronominalización en segunda y tercera persona hace que la identidad autor-narrador-personaje se relativice dando lugar a algunas implicaciones narratológicas como pueden ser una mayor demarcación de las lindes de la voz narradora y de las focalizaciones, que en el caso de las narraciones en primera persona a veces están poco definidas. No obstante, se entiende que los usos de la segunda y tercera persona no pasan de ser recursos retóricos cuyas posibles implicaciones pragmáticas no llegan a trascender hasta el punto de desacreditar la identidad autor-narrador-personaje; a lo sumo, en ocasiones permite diluirla sutilmente con el propósito de alcanzar un relativismo cuyos valores semánticos se deben analizar en cada caso.

### *1.1.3. El tiempo del relato*

Según la metodología propuesta por Landa (1998), que sigue en cierto modo a Genette, el nivel del relato está constituido por aquellos aspectos propios de la

narración que permiten al narrador moldear la historia. El estudio del tiempo en este nivel determina el grado de manipulación que ejerce el narrador sobre el tiempo de la historia, lo que nos lleva a los parámetros de orden, duración y frecuencia<sup>8</sup>.

#### 1.1.3.1. El orden

De la categoría del orden temporal de la narración deriva la cuestión de la combinación de la materia narrativa. Resulta evidente que la linealidad cronológica guarda un paralelismo con el discurrir de la propia vida que se quiere narrar, de ahí que la mayoría de las narraciones autobiográficas sigan a grandes rasgos este orden. Sin embargo no siempre es así, y en ocasiones el autor prefiere limitar los privilegios naturales del tiempo como elemento estructurador del orden narrativo y delegar sus competencias a motivaciones más personales. Al pretender reorganizar y dar sentido a la vida a través del discurso narrativo, someterse a la tiranía del tiempo puede suponer para algunos autores la negación de lo que en principio pretenden. En esta categoría se debe observar en qué grado se dan las analepsis y las prolepsis, qué significación tienen en el conjunto del relato, qué tipo de acciones son realizadas, cómo afectan a los personajes, etc.

Renunciamos aquí a tratar otro tipo de órdenes narrativos como el temático, asociativo, didáctico u obsesivo (May, 1982: 80-89), no solo porque caen fuera del análisis estructuralista del tiempo, sino también porque los textos que veremos siguen de forma rigurosa el orden cronológico que la realidad les impone y al que la forma del diario les invita con insistencia.

#### 1.1.3.2. La duración

Cuando se aborda el estudio de la duración temporal de la narración se está proyectando el análisis sobre la selección de la materia narrativa, ¿qué acciones ha decidido el autor-narrador contarnos? ¿Cómo nos cuenta esas acciones? Lo que nos lleva a un porqué con importantes implicaciones semánticas. Con la duración se estudian las relaciones cuantitativas que se producen entre el tiempo del relato y el tiempo de la historia. Esto nos puede ofrecer una valiosa información sobre el

---

<sup>8</sup> Seguimos a Genette (1972: 77-182), y a Landa (1998).

punto de vista del autor-narrador acerca de su vida, sobre cómo concibe su persona, su estatus en el magma social, qué aspectos dejaron más huella en su memoria, etc. Decíamos que el autobiógrafo se somete –así suele afirmarlo– a una realidad extratextual. Un primer paso es la selección de lo que va a contar. El hecho de que el autor escoja –amén de las omisiones involuntarias– narrar unas acciones y no otras supone una toma de posición acerca de cómo quiere reflejar su vida. Y ese “cómo quiere”, qué duda cabe, viene en gran medida condicionado por la particular idiosincrasia de la sociedad en la que vive y por la preceptiva o los rasgos modélicos del género al que se adscribe en el momento en que escribe. En los libros de viajes medievales los autores contaban lo que veían, no lo que vivían más allá de aquellas visiones embargadas por el exotismo y las maravillas, la figura del personaje quedaba en gran medida relegada a un segundo plano en favor de los espacios descritos, lo que se traduce en que el individuo no era tan importante como lo que había visto; el rigor formulario de las relaciones soldadescas hacía que el margen de maniobra del narrador fuera muy limitado e imponía un relato acumulativo de sucesos de carácter militar; incluso en las *vidas* –término presuntamente totalizador– de soldados del siglo XVII, se puede comprobar cómo en consonancia con el grado de conciencia que tienen de sí mismos, escriben desde su posición de soldados más que desde la autoconciencia plena del individuo; el tiempo de su vida como soldados ocupa la mayor parte de las páginas y es el que detenta una mayor carga de *escenas* narrativas; la infancia, sin embargo, no suele pasar de ser un *resumen* de unas cuantas líneas; los aspectos domésticos o costumbristas se someten por lo general a la *elipsis*; y es habitual imponerle al relato numerosas *pausas* narrativas, descriptivas o digresivas, en las que el autor se explaya a gusto haciendo reflexiones morales, juicios...

Por todo ello, el análisis detenido de las relaciones cuantitativas entre el tiempo de la historia y el tiempo del relato arrojará importantes conclusiones acerca del autor-narrador; las características de las *escenas*, de los *sumarios*, de las *elipsis* y de las *pausas* narrativas, su contenido, la redundancia de ciertas temáticas, la omisión de determinados hechos, todo se convierte en un indicio con importantes implicaciones semánticas y pragmáticas.

### 1.1.3.3 La frecuencia

Las narraciones suelen construirse principalmente mediante relatos singulativos, y en esto los textos autobiográficos no son una excepción. No obstante, el análisis detenido de la frecuencia en el texto autobiográfico puede aportarnos informaciones interesantes. El hecho de que en una obra abunden los pasajes narrativos repetitivos puede ser signo de ciertas obsesiones que se manifiestan a lo largo de la vida del autor; el relato iterativo sugiere cierta estabilidad en su trayectoria vital, a la vez puede denotar el hastío del autor por la monotonía de hechos singulares similares que se repiten en el tiempo; al contrario, el continuo registro de hechos singulares reiterados puede sugerir un gusto por la rutina y el detalle, etc.

## **1.2. Rasgos semánticos**

El valor semántico más relevante del texto autobiográfico es la representación, (re)creación o, como opina parte de la crítica especializada, la construcción de la vida del autor. Dicho de otro modo, «el sujeto del discurso se plantea como tema de la narración» (Romera, 1981: 14), se cuenta «la propia vida del sujeto de la enunciación que lo es también del enunciado» (Villanueva, 1991: 202). Este es el tema del que el escritor parte *a priori* y al que condiciona la disposición de la estructura y la configuración de los elementos de la narración.

Cuando la crítica especializada sitúa diacrónicamente el origen de la autobiografía en *Las Confesiones* de Rousseau está privilegiando este valor semántico del texto frente a características de índole morfosintáctica o pragmática. No obstante, se entiende que en muchos de estos casos se está tratando la autobiografía como subgénero del género autobiográfico, el subgénero más totalizador, como veremos más adelante.

Por tanto, que el tema principal del género autobiográfico sea la vida o la personalidad del autor-personaje no implica necesariamente una narración férreamente rigurosa y totalizadora de su pasado; a veces se presentan exclusivamente los hechos públicos o más superficiales, caso de muchas memorias del siglo XIX (Caballé, 1995; 2004); en otras el mundo interno copa de tal modo el texto que la carga narrativa queda diluida por el discurso reflexivo y confesional, caso de San Agustín; a veces solo sabemos del autor aquella parte de su vida inmediatamente anterior a la escritura, caso de los diarios, etc.

Esta característica no ha estado exenta de problemas teóricos originados en torno a las dudas sobre la capacidad del texto autobiográfico para representar la vida o la personalidad del autor; se trata en definitiva de la recurrente discusión acerca de si la realidad es aprehensible por el lenguaje. A mediados del siglo XX, Gusdorf (1991) ya puso en entredicho algunos de los postulados que bajo el prisma del positivismo consideraban la autobiografía más como documento-testimonio de una época que como texto susceptible de ser estudiado desde el campo de la literatura o de la antropología. Prueba de aquella mirada historicista hacia las autobiografías son los estudios de las mismas publicados hasta la segunda mitad del siglo XX, momento a partir del cual se da un auge de nuevas teorías que pretenden definir los espacios de la historia, de la literatura y de la ficción. La ficcionalización de la historia a nivel literario o artístico, explica Joan Oleza (1996) en un artículo sobre la novela histórica, tiene su paralelo en los estudios historiográficos a partir de la fundación de la revista *Annales* de Paris en 1929. Comienza entonces a tomarse conciencia sobre la imposibilidad de aprehender el pasado con absoluta objetividad, se produce un cuestionamiento de las explicaciones deterministas, una preferencia por el análisis particularizado, un desplazamiento de la historia política por la de las mentalidades y una extensión de los estudios históricos al campo de la vida cotidiana. En definitiva, afirma Oleza recordando las ideas de Hayden James, las conclusiones de la Historia derivan de la selección y ordenación narrativa de los hechos, de cómo el historiador los adapta a su punto de vista.

En consonancia con estas ideas, cuando Gusdorf destaca la imposibilidad de reflejar la historia –entendamos, la vida– de forma objetiva, y afirma que «la significación de la autobiografía hay que buscarla, por lo tanto, más allá de la verdad y la falsedad» (Gusdorf, 1991: 15) está aproximando el género autobiográfico a la ficción.

En parte, debido a estas afortunadas `flaquezas´ del lenguaje –y de sus usuarios– muchos teóricos entienden la autobiografía como un proceso de construcción del *yo*, como apuntábamos al principio de este apartado, más que como una representación del mismo, lo que lleva a afirmar a Villanueva que «la autobiografía como género literario posee una virtualidad creativa más que referencial» (1991: 212).

Al afirmar que la principal característica temática del género autobiográfico es la vida del autor, por virtud de la identidad autor-narrador-personaje, se propone la misma como sema genérico de aquellos textos que representan los distintos subgéneros autobiográficos; tal afirmación, si asumimos las características propuestas por Lejeune para la autobiografía como subgénero, se enmarca dentro de una lógica difusa en la que se sugiere una tipificación de estos textos en función de su grado de proximidad a un supuesto modelo ideal, que resulta ser esa autobiografía, en contraste con las memorias, los diarios, epistolarios, etc.

Los estudios que ponen el acento en la génesis histórica del género autobiográfico y en su desarrollo diacrónico permiten observar el paralelismo que se da entre la evolución de la individualidad y la evolución del propio género (Weintraub, 1991: 18; Gusdorf, 1991: 10). Un somero repaso por tales relaciones nos proporciona una serie de claves interesantes para abordar el análisis de los aspectos temáticos.

Sostiene Weintraub que el tema central de los primeros textos autobiográficos, esa vida que el autor pretendía reflejar, estaba dominada por la tiranía de un modelo al que pretendía asemejarse, en tanto que «el ideal del hombre público total dominaba la formación de la personalidad» (Weintraub, 1991: 26). A lo largo de los siglos la intimidad del autobiógrafo apenas tuvo cabida en sus escritos, si bien fue ampliándose el número de modelos sociales ideales con que identificarse: guerrero, filósofo o santo, cortesano, buen burgués, etc. Suele situarse en el Renacimiento el albor de la individualidad, momento en que el ser humano da un paso sustancial en la toma de conciencia de sí mismo y comienza a liberarse paulatinamente de la tiranía del modelo. Sin embargo, aún hoy, individuos-ciudadanos de las democracias occidentales aparentemente emancipados de aquellos fundamentos que don Juan Manuel definiera nítidamente en *Los tres estados*, la liberación del modelo continúa siendo, en muchos casos, un espejismo provocado por el gran escaparate de estereotipos mediante el cual, desde los más variopintos organismos –instituciones públicas, partidos políticos, medios de comunicación, agencias de publicidad, etc.–, se compone la apariencia de una sociedad de individuos libres y autoconscientes. Desde finales del XIX y hasta la actualidad los modelos ya no son, o no exclusivamente, aquellos que –se suponía– sostenían la estructura de la sociedad; hoy la sociedad está más

fraccionada y la galería es más extensa, pero no por ello deja de estar constreñida por presupuestos morales e ideológicos propios de un sistema dado que condiciona en mayor o menor grado al individuo: el renegado político y el político ejemplar, el revolucionario, el progresista y el conservador, la feminista, la mujer emancipada, el hombre de bien, el buen profesional, el demócrata, el empresario triunfador, etc. son ahora los nuevos modelos a los que el autobiógrafo se arrima en muchas ocasiones, consciente o inconscientemente.

A este propósito, las teorías feministas han puesto de manifiesto las diferencias con que se presenta el *yo* de la mujer en los textos autobiográficos. Afirma Shari Benstock que frente a un *yo* unitario reflejo de la autoconciencia del autor, el *yo* de la mujer aparece descentrado, incluso ausente (Loureiro, 1991: 39-40); Susan Friedman cree que los modelos individualistas del *yo* no resultan aplicables a mujeres y minorías por dos razones: ambos tienen una identidad colectiva y la construcción de la identidad masculina y femenina se da a través de mecanismos de socialización muy diferentes, el *yo* de la mujer resulta de su alienación con respecto a las imágenes culturales de sí misma que se le han pretendido imponer históricamente. Esto la lleva a señalar que el énfasis en el individualismo como precondition necesaria para la autobiografía excluye del canon a aquellos escritores a quienes la historia les ha negado la ilusión de ese individualismo (Loureiro, 1991: 39-40). El escritor, por tanto, deja huella de estos condicionamientos sociales en la escritura de su vida, sus miedos, sus prejuicios, sus logros, sus motivaciones, etc., en función del grado de alienación social que padece en tanto que pertenece a determinado colectivo, rasgos que en alto grado resultarán arquetípicos del modelo en que se fundamente su identidad encorsetada: la mujer debido a su sexo, el negro por su raza, el homosexual por su condición sexual, el político por su imagen pública, el obrero por su clase social, el soldado por su oficio, etc.

Se trata, como se deduce de las siguientes palabras de Loureiro al recordar las ideas de Foucault, de una cuestión de grados de sujeción del individuo a las estructuras sociales y a sí mismo:

Si consideramos que el sujeto se constituye por medio de una doble sujeción (de instituciones y disciplinas, y a su autoconsciencia) podemos considerar la autobiografía no como el auto de reproducción o de autoconstitución de un sujeto sino como el lugar privilegiado en que esa doble sujeción se manifiesta y por la cual, al mismo tiempo, al sujeto lo hacen y se hace. Y esta concepción de la autobiografía debería prestar atención a las disciplinas o instituciones sociales,

políticas, religiosas, etc., que “constituyen” al sujeto, a las formas de autosujección y también a otras formas de (auto) constitución a través de las cuales el poder se ejercita de manera más insidiosa y sutil, como lo son toda concepción de la escritura y de la lectura y, en particular, toda concepción de la autobiografía (Loureiro, 1991: 44).

Podría argüirse, no sin razón, que es a la antropología o a la psicología a quien compete analizar tales aspectos, sin embargo, hay una relación evidente entre la tematización de las obras autobiográficas y la particular visión que ofrece el autor de sí mismo y de la sociedad en la que vive según cuál sea su posición en esa sociedad. El análisis de los diferentes núcleos temáticos que constituyen el texto, que pueden, por otra parte, llegar a convertirse en isotopías orientadoras de la lectura del conjunto del relato, permite obtener conclusiones acerca del autor y de su mundo más allá incluso de las pretendidamente buscadas por él. Afirma Weintraub (1991: 27) en este sentido: «el tema más importante de todos es el de determinar si el valor principal del proceso [autobiográfico] reside en esa variación personal o por el contrario, en el compromiso fundamental con el modelo». Será a partir del Renacimiento, pero sobre todo durante el siglo XX, cuando los rasgos más propios del fuero íntimo del individuo, aquellos que lo singularizan frente a sus semejantes, tengan una mayor presencia en los textos autobiográficos.

De todo lo dicho se pueden extraer varias conclusiones:

- El significado principal del texto autobiográfico denota la vida y la personalidad de un personaje, a su vez narrador, que por virtud del pacto autobiográfico el lector identifica con el autor.
- Ese significado comparte rasgos de la realidad extratextual pero también del mundo de ficción, lo que lleva a considerar la autobiografía un género híbrido (Pozuelo, 2005).
- El significado puede designar una parte de la vida o de la personalidad del autor o aspirar a una recreación total de la misma, cuantitativa y cualitativamente hablando.
- La (re)construcción de la vida puede someterse –al igual que la vida– en mayor o menor grado a un modelo social ideal.
- Diacrónicamente, la dependencia del modelo ha ido decreciendo, sin embargo, aún hoy es algo manifiesto en numerosas autobiografías.



### 1.3. Rasgos pragmáticos

#### 1.3.1. *El pacto autobiográfico y la identidad autor-narrador-personaje*

Tras todo lo dicho resulta fácil entender por qué la crítica considera que no existen criterios formales ni temáticos en tanto que la especificidad del tema principal de la autobiografía es definida desde la pragmática (la vida del autor dado que es el personaje), que permitan diferenciar un texto autobiográfico real de un texto de ficción. Por ello, suelen señalarse como rasgos más exclusivos de las autobiografías la identidad autor-narrador-personaje y el pacto autobiográfico.

Es aquí donde los teóricos encuentran los rasgos más específicos del género y al mismo tiempo en donde se genera la mayoría de las discusiones en torno a su naturaleza. ¿Es factible un género literario con valor referencial? De ser así, ¿cuál es su naturaleza ontológica? La respuesta a estas preguntas, que entrañan la problemática oposición ficción/realidad, divide a la crítica, si se me permite la simplificación, en aquellos para los que la autobiografía tiene un valor referencial y al mismo tiempo constituye un género literario individualizado y los que consideran que en este aspecto no se diferencia de un texto novelesco<sup>9</sup>.

La teoría del pacto autobiográfico formulada por Lejeune ha sido controvertida. El teórico francés sostiene que la identidad entre el autor, el narrador y el personaje se establece de dos formas: implícitamente, mediante el empleo de títulos que no dejen lugar a dudas (*Mis memorias, Autobiografía*, etc.), o a través de introducciones, preludios, etc. en los que el narrador deja claro que

---

<sup>9</sup> Entre los defensores del género autobiográfico se encuentran, entre otros, Lejeune, May, Bruss, Romera Castillo, Pozuelo Yvancos, Caballé, Villanueva. Algunos detractores son De Man, Olney o Nora Catelli.

se identifica con el autor del libro y con el personaje; y explícitamente, mediante el nombre coincidente del narrador-personaje y del autor que figura en la portada (Lejeune, 1991). Este hecho condiciona el proceso comunicativo, el cual se ve sometido a un pacto de verdad entre el escritor y el lector, este admite un principio de sinceridad del primero. Se trata en cierto modo de una concreción de los principios de cooperación conversacionales de Grice. No podemos detenernos aquí a revisar los obstáculos que se le han puesto a esta teoría, sobre todo desde los postulados deconstruccionistas<sup>10</sup>. Decir que Darío Villanueva (1993) cree que esta teoría lleva el concepto del género autobiográfico hacia una paradoja, ya que este pacto, que ve como una variante específica del pacto referencial propio de discursos no ficticios, parece anular la consideración de la autobiografía como ficción, condición *sine qua non* del texto literario según la mayoría de los estudios de teoría de la literatura de las últimas décadas. Villanueva considera que el tema no es la personalidad del *yo* del autor sino una creación de la misma, y por tanto relativiza la identidad autor-narrador-personaje. De este modo, considera que la autobiografía resulta ficción desde el punto de vista genético, puesto que el autor crea su *yo*; y verdad desde el punto de vista del lector, que hace de ella una lectura intencionalmente realista.

### 1.3.2. Pragmática de la enunciación

Si admitimos que los textos autobiográficos se construyen mediante dos tipos de actos de habla (Pozuelo, 2004; Fernández, 2004), los asertivo-cognoscitivos, que además de dar cuenta de los hechos y constituir propiamente la narración soportan un contenido que se puede someter a condiciones de veracidad o falsedad; y los performativos, susceptibles de enunciarse lingüísticamente mediante expresiones del tipo “confieso”, “lamento”, “me defendiendo”, “me excuso”, etc., e inverificables (el autor puede falsear su motivación última); se entiende que «el nivel cognoscitivo de la constitución de los hechos se cubre con el performativo de la petición de principio sobre la sinceridad de quien los narra» (Pozuelo: 2004: 179). Esto lleva a conferir un estatuto diferente al género

---

<sup>10</sup> Paul de Man (1991) niega el carácter genérico de la autobiografía, a la que considera una forma retórica derivada de la prosopopeya; se trata, según él, de «una figura de lectura y de entendimiento»; por esto mismo no cree acertado darle al texto autobiográfico un valor referencial.

autobiográfico frente a otros géneros de ficción. El discurso autobiográfico gravita entre el pasado de la historia –protagonizada por el *yo*-personaje– y el presente de la enunciación desde el que narra retrospectivamente el *yo*-narrador mediante actos asertivos; al mismo tiempo, la historia es dotada de un sentido particular a través de los actos performativos que el *yo*-autor realiza. La autobiografía es en gran medida «un acto performativo en virtud del cual el sujeto se crea a medida que se escribe» (Fernández, 2004: 417). En esto se diferencia de los textos de ficción, para los cuales el presente real de la enunciación –no el ficticio: Lázaro escribe desde un presente ficticio– solo excepcionalmente tiene una pertinencia significativa que vaya más allá de consideraciones socioliterarias.

### *1.3.3. Producción, comunicación, recepción*

A la hora de caracterizar pragmáticamente el texto autobiográfico hay una serie de aspectos problemáticos que conviene tener en cuenta. Por un lado, respecto a la producción del texto los críticos han puesto de manifiesto la imposibilidad de codificar lingüísticamente los recuerdos –la vida recordada– debido, entre otros aspectos, a la pérdida de información voluntaria (según propósitos, convencionalismos –objetivismo decimonónico, por ejemplo–, condicionamientos sociales a los que se somete el escritor, etc.), o involuntariamente (volubilidad de la memoria, flaquezas del escritor, limitaciones del lenguaje, etc.). A este respecto, May (1982: 90) glosa *Aspects de la autobiografie* de A. Maurois para dar cinco razones que convierten en ‘mentirosa’ la autobiografía: olvido, olvido voluntario por razones estéticas, censura sobre lo desagradable, pudor y complicaciones intrínsecas a la reconstrucción *a posteriori* de una causalidad. De ahí, en parte, que se hable del carácter ficcional o creativo del texto autobiográfico. No obstante, paradójicamente se deduce de aquí un aspecto que pone de manifiesto Pozuelo Yvancos (2004: 181), el especial estatuto del olvido en el género autobiográfico frente a los textos ficcionales. En estos, lo no dicho carece de pertinencia significativa, sin embargo, en la autobiografía, los resúmenes, las elipsis, suponen una ordenación y una selección significativas, como hemos visto, no solo en la sintaxis de la historia, sino que además pueden conllevar unos valores semánticos y pragmáticos muy interesantes. El autobiógrafo no escribe necesariamente con la intencionalidad de que su obra se

lea como texto literario, pero por lo general sí manifiesta –explícita o implícitamente– su deseo por que se le dé un valor referencial. De este reconocimiento de su intencionalidad depende el principio del éxito de la comunicación. Sabemos que el escritor, si no nos engaña respecto a sus intenciones y acata los principios básicos del proceso comunicativo, se somete en alto grado a la realidad extratextual a la que le remiten sus recuerdos, y esto tiene sus consecuencias narrativas, puesto que debe sostener las expectativas generadas en el lector. Estas no solo tienen su horizonte de satisfacción en el presunto verismo de los hechos, sino también en la especial organización de ese material de recuerdos en el discurso a través de un suspense narrativo que suscite el deseo de continuar la lectura por motivos que vayan más allá de la mera curiosidad informativa. El lector no solo descodifica lingüísticamente el discurso del escritor sino que además lo interpreta inferencialmente, es decir, reconoce su doble intencionalidad comunicativa, asertiva y performativa. Por tanto, desde el punto de vista de la recepción, a diferencia de los textos novelescos, los cuales generan en el lector unas expectativas que rara vez van más allá del propio texto, la obra autobiográfica o testimonial suscitará dos tipos de expectativas: textuales –que pueden ser estéticas o simplemente narrativas– y extratextuales, inexorablemente imbricadas ambas en el proceso de lectura debido a la naturaleza híbrida de la autobiografía. Cabe decir aquí, no obstante, que la calidad estética no se valora en función del grado de veracidad que ofrezca, sino en función del grado con que cubre la expectativa global del lector.

Resulta interesante en este punto traer a colación lo que Bajtin denomina cronotopo externo. Las circunstancias espacio-temporales que rodean todo proceso de producción, comunicación y recepción adquieren especial relevancia en el texto autobiográfico. Como se dijo, en el presente de la enunciación se genera el acto performativo, en ese momento el autor al mismo tiempo que crea, reivindica, se excusa, se confiesa, atestigua o se glorifica públicamente a tenor no solo de un pasado recordado, sino de un presente y un futuro que le juzgarán inevitablemente. Por ello, resulta importante en cada obra analizar los diversos factores externos que condicionan todo el proceso comunicativo. Hay que tener en cuenta que el autobiógrafo se dirige a unos lectores que comparten con él un contexto sociocultural y, en función del grado de conocimientos compartidos que presuponga, obrará de un modo u otro, abundará en la contextualización narrativa

con datos cronotópicos, comentará determinados episodios mediante digresiones, etc.

En el proceso de producción-recepción de una obra también resulta interesante medir el grado de interactividad de la obra con la realidad y su grado de permanencia. Esto resulta especialmente significativo en el caso de los textos autobiográficos puesto que su producción y su recepción están condicionadas a la misma, por virtud de esa presunta referencialidad, en un grado indudablemente superior al de los textos intencionalmente ficticios. En este sentido, si suponemos que las máximas conversacionales de Grice son aplicables a los textos literarios, uno de los aspectos que permite tomar el pulso a esta relación texto-realidad desde el punto de vista de la producción y de la recepción es el conocimiento compartido entre autor y lector. En función de los vínculos y el grado de identificación con su contexto sociocultural y del conocimiento o la idea que el emisor tiene del receptor los resultados serán diferentes. En el caso de la literatura ficcional tenemos los ejemplos evidentes y ampliamente estudiados del público receptor de la novela de caballerías, dirigida a una nobleza que padece los efectos de la decadencia del feudalismo y creada en gran medida –voluntaria o involuntariamente– en función de tal proceso; o el de la novela proletaria de los siglos XIX Y XX, cuya línea ideológica sería impensable un siglo antes.

Otro aspecto interesante que nos indica el grado de interactividad, ya más allá del texto, es el grado de incidencia de la obra en el lector y en la sociedad, el efecto perlocutivo, en definitiva. Para ello se puede observar el número de ediciones, de ejemplares vendidos, la presencia en reseñas críticas, artículos, referencias en otras obras, etc. Esto nos lleva también a valorar su grado de permanencia en la sociedad.

#### *1.3.4. Motivaciones de la escritura autobiográfica*

Decíamos arriba que el proceso de producción del texto autobiográfico puede verse afectado por diversos factores que van desde los puramente individuales y voluntarios (el pudor, por ejemplo), a los sociales e involuntarios (requerimiento oficial u oficioso de determinada información sobre la vida a alguien). En este sentido, las motivaciones que empujan al autor a recrear su vida por escrito pueden influir sobre el nivel de incidencia de esos factores y son una

fuerza de información orientadora de la especial disposición que adquiere la estructura narrativa, de cómo se ejerce el proceso de selección y ordenación de la materia memorística y de cómo se transforma en un argumento: omisión de determinadas vivencias, presencia de un narratario cómplice que justifica la escritura, etc. George May (1982: 47-71) divide estas motivaciones en dos tipos: las racionales, dentro de las cuales están las apologéticas y las testimoniales; y las sentimentales, en las que caben aquellas que se apoyan en un deseo de «medirse en el tiempo», y las que pretenden encontrar un sentido a la existencia. Respecto a las motivaciones apologéticas se destaca un afán de justificación pública de lo que se hizo y, advierte May, en ocasiones vienen acompañadas de otras intenciones como el deseo de glorificarse o la venganza. La motivación testimonial obedece, en principio, a una intención más altruista, la de dejar constancia de aquello de lo que fueron testigos privilegiados. En cuanto a las motivaciones sentimentales o afectivas, la primera obedece al gusto por el recuerdo, al anhelo humano por situarse en el tiempo; supone, en cierto modo, una forma de evasión hacia ese pasado. La otra nace del deseo innato en el ser humano de dar sentido a su existencia, «esta necesidad, sin duda universal, se transparenta en todas las empresas autobiográficas» (May, 1982: 69). Resulta evidente que puede darse de forma simultánea más de un móvil, y afirma May que todos ellos, en cierta medida, sufren la interferencia de la vanidad: «aquello que sostiene todos los móviles aquí examinados es lo que se llama, según los casos, amor propio, egocentrismo, narcisismo o vanidad» (May, 1982: 71).

#### **1.4. Tipología del género autobiográfico**

Hasta aquí hemos visto algunas de las características de aquellos textos que componen el género autobiográfico. Como se ha dicho, y así se verá a continuación, muchas de estas obedecen a una cuestión de grado o de combinación de la materia narrativa. A continuación se presentan algunas de las modalidades discursivas más señeras del género: autobiografías, memorias, diarios, epistolarios y autorretratos. En su confrontación se podrá observar de dónde surge la singularidad de cada subgénero.

### 1.4.1. Autobiografías

Define Lejeune (1991) la autobiografía por oposición a otras modalidades discursivas autobiográficas en función de su adscripción a las siguientes categorías, ya comentadas arriba: forma del lenguaje (narración en prosa), tema tratado (vida individual, historia de una personalidad), situación del autor (identidad autor-narrador), y posición del narrador (identidad narrador-personaje principal y perspectiva retrospectiva de la narración). La autobiografía así definida se erige –no por capricho nominalista– como el modelo ideal del género autobiográfico. Dejando de lado la característica de la prosa, puesta en entredicho por Romera Castillo (1981), observamos que el modo elocutivo utilizado, la narración, es característica común a las memorias y los diarios. Respecto a la identidad entre autor y narrador, únicamente las modalidades autoficticias carecen de esta característica, y en relación a la identidad entre el narrador y el personaje principal, esta únicamente es incumplida por las biografías, las cuales, evidentemente, si bien son consideradas por algunos autores como origen genético del modo autobiográfico, quedan fuera del corpus textual del género.

Es la característica temática la que conlleva una mayor carga distintiva. A diferencia de los otros subgéneros, la autobiografía tiene como principal referente la vida del autobiógrafo. Esta afirmación puede resultar paradójica o contradictoria después de lo que hemos venido desarrollando. Se ha dicho que todo texto autobiográfico tiene como tema principal la vida del autor, sin embargo, hay que observar aquí que el grado conlleva una pertinencia distintiva importante. La autobiografía tiene unas pretensiones totalizadoras, más en cualidad que en cantidad, cuyo foco de atención se detiene casi en exclusividad sobre aquellos aspectos vividos –en su acepción más amplia: experimentados, vistos, oídos, etc.– por el autobiógrafo y que, en principio, más marcaron la evolución de su personalidad o más le llamaron la atención a nivel individual. Si bien hay quien sitúa diacrónicamente su origen en las *Confesiones* de San Agustín, se suele situar el comienzo de esta modalidad en el siglo XVIII con las *Confesiones* de Rousseau, momento a partir del cual se generaliza su cultivo. Es esta característica temática la depositaria de las teorías o hipótesis más relevantes acerca de este subgénero: su origen vinculado al cristianismo (Gusdorf, 1991), al desarrollo de la sociedad que comienza en el Renacimiento y que permite el

desarrollo de la individualidad (Weintraub, 1991), su consideración de fenómeno exclusivo del mundo occidental debido a su especial concepción del individuo frente al mundo oriental (Gusdorf, 1991), o las relaciones estrechas entre desarrollismo burgués y cultivo autobiográfico, etc.

Es la característica de la perspectiva retrospectiva de la narración la que, junto con las cualidades temáticas, exige una explicación más detallada. No hay ningún problema en admitir que todo texto cuyo referente remite a la vida del autor es por definición retrospectivo. De este modo, tal cualidad no diferenciaría las autobiografías de los diarios. Nos encontramos, por tanto, nuevamente, ante una cuestión de grado. Afirma Gusdorf (1991: 13) que la distancia temporal es necesaria para que el autor pueda reconstruir textualmente su unidad y su identidad, el autor debe observar el devenir de su vida como producto de una serie de causas y consecuencias, es decir, la secuencialidad de su experiencia vital. Solo de este modo podrá dotar de sentido la narración. No obstante, May (1982:172) pone en entredicho este sentido de unidad, llegando a afirmar que es posible encontrar autobiografías en la que se ofrece un *yo* confuso, poco definido.

A pesar de esto, queremos hacernos eco de lo postulado por Margarita Levisi en su estudio sobre tres autobiografías soldadescas del siglo XVII con el ánimo de relativizar el concepto de “personalidad del autor”; y es que esta autora viene a señalar que si bien no podemos esperar la actitud reflexiva de un Rousseau en los escritos de soldados como Contreras, Pasamonte o Castro, sí encontramos en ellos una idea de sí mismos, una historia indirecta de su individualidad (Levisi, 1984: 19-20).

Es probablemente la autobiografía el subgénero que tiene menos exigencias formales y unas aspiraciones más totalizadoras respecto a la (re)construcción de la personalidad del autor. Por ello y para ello los recursos narratológicos de los que dispone son numerosos; en las autobiografías, en mayor grado que en los otros subgéneros, podemos encontrar alternancia de voces narrativas, cambios de focalización, uso de varias personas gramaticales, variedad de estilos discursivos, etc.

#### *1.4.2. Memorias*



Este término ha sido utilizado durante siglos de forma general e indistinta para aludir a diferentes tipos de narraciones autobiográficas y ha alternado caprichosamente con otro tipo de títulos o subtítulos como “recuerdos”, “historia de mi vida”, “discurso de mi vida”, “impresiones”, etc. Según Lejeune (1991), la diferencia fundamental entre las autobiografías y las memorias radica en que estas no tienen como objeto fundamental de su narración la personalidad del autor. No obstante, como han puesto de manifiesto la mayoría de los teóricos, entre ellos el propio Lejeune, las fronteras entre las autobiografías y las memorias no siempre están claras. Si bien podemos considerar por respeto a la lógica del término “autodiegético” que en las memorias el tema de la personalidad del autor está presente, la carga semántica de este en el conjunto de la narración queda diluida ante la fuerza semántica que adquiere el contexto histórico vivido por el personaje. Como afirma Romera Castillo:

La clave de la memoria es dar cuenta del uno en los demás, del yo y de lo que sucede. Todo consiste en cambiar el objetivo de la cámara de filmación, en pasar de un primer plano de introspección subjetivista a una panorámica más amplia en la que tengan cabida tanto los demás hombres que conviven con el que se confiesa como los ámbitos sociales en los que éste se articula (Romera Castillo, 1981: 40).

También Caballé (1995, 2004) hace hincapié en el carácter menos íntimo y menos subjetivo de las memorias frente a las autobiografías. En su estudio sobre las memorias españolas del siglo XIX (1995) clasifica estas en tres tipos básicos: aquellas en las que el autor adopta la posición de observador de las circunstancias históricas en las que ha vivido; aquellas en las que el autor adquiere protagonismo como personaje; y las que el autor escribe con el objeto de justificar su conducta.

Se puede concluir que en las memorias el elemento cronotópico adquiere una especial relevancia.

#### *1.4.3. Diarios*

Una de las características del diario frente a los demás subgéneros autobiográficos es la escasa o nula distancia temporal entre el momento de la enunciación y lo enunciado. Esta cualidad de la inmediatez de la escritura en relación con la historia narrada, sumada a su carácter fragmentario, ha suscitado

en algunos autores (Gusdorf, 1991) la opinión de que el diario, frente a la autobiografía, no ofrece un *yo* redondo, unitario. Si en todo proceso narrativo, como se ha visto, cobran enorme importancia la selección y la combinación de información, el diarista, a causa de su reducida perspectiva temporal, salvo excepciones, ve reducidos también los márgenes de selección de la materia narrativa a veinticuatro horas cada veinticuatro horas. No obstante, conviene relativizar las implicaciones del carácter fragmentario del diario puesto que, en principio, nada impide al diarista poner en relación la materia narrativa de un día (al principio del diario, por ejemplo), con la contenida en otro (al final, tres años después, por ejemplo), mediante alusiones, reflexiones, valoraciones, rectificaciones, etc. Esta reducida distancia temporal se da esencialmente de forma parcial –diaria– y si bien tiene sus consecuencias, no necesariamente vemos que imposibilite una continuidad narrativa o la unidad del *yo*, que en último término toca al lector recrear. Si bien el diario es el texto autobiográfico que más se somete a la rigidez de un orden temporal cronológico, es conveniente señalar que, a pesar de los condicionamientos, ello no impide encontrar rupturas en la linealidad de la historia ya que el diario se crea, en definitiva, en base al recuerdo, elemento inconstante y poco dado al orden; en definitiva la condición *sine qua non* del diario es la linealidad cronológica de su escritura, del presente de la enunciación, y no de la historia relatada.

Otra característica propia de los diarios es la fecha. La datación de los días y la asiduidad del proceso de escritura es para algunos teóricos una parte básica de este tipo de textos, si bien podemos encontrar ejemplos que no cumplen esta norma implícita, caso de los diarios de Unamuno o Guide, entre otros muchos<sup>11</sup>. Esto puede ser debido a diferentes motivos como el olvido, la imposibilidad física o psicológica, la omisión voluntaria; asimismo, hay que tener en cuenta que el diario, en principio, o en su origen, no es un texto orientado a la publicación, por lo que las vicisitudes que pueda sufrir en función de qué circunstancias se escriba pueden acarrear la pérdida de una parte del mismo debido al extravío de hojas o cuadernos, destrucción involuntaria de pasajes, etc.

Hay que diferenciar aquí lo que son los diarios íntimos, creación eminentemente moderna, de lo que es el diario en términos generales. Lejeune

---

<sup>11</sup> May (1982: 172) afirma que en la mayor parte de los diarios la escritura no es cotidiana.

(2006) en su recorrido por la historia del género sostiene que sus orígenes se pueden rastrear –a través de fuentes secundarias, puesto que no quedan testimonios directos– en documentos de patriarcas romanos que registraban con regularidad los hechos acaecidos en el ámbito social y la ciudad en que vivían; de índole más limitada y colectiva eran los registros de los tribunales, o las relaciones de los cuerpos del ejército, etc. Otro tipo de textos de carácter diario que hay que tener en cuenta en el origen, afirma Lejeune, son los registros comerciales y administrativos. No obstante, unos y otros constituían registros de carácter público, y presumiblemente no daban cabida a aspectos personales, otro tipo de recursos textuales como el epistolar o las reflexiones servían para este cometido. Fue en la Edad Media cuando comenzó a darse un tipo de texto, entre las comunidades religiosas, de carácter diario que servía de expresión del mundo interior del autor; estos textos estaban enfocados a registrar pensamientos y sentimientos de carácter espiritual y estaban principalmente orientados a ser un servicio complementario de la confesión. Con todo, no parece que exista el diario íntimo, tal como se entiende modernamente, antes del siglo XV, momento en que ve la luz de la mano del desarrollo de la clase burguesa (Didier, 1978: 244).

Por lo que se ve, el diario surge como texto de carácter público y va siendo adoptado paulatinamente para un uso más privado y personal. La publicación de los primeros diarios también obedece a ese orden, así, según el estudio de Lejeune para el caso francés, los primeros en pasar por la imprenta son los diarios de viajes, y hasta el siglo XIX no se da la publicación de lo que modernamente consideramos un auténtico diario íntimo (Lejeune, 2006: 206). No obstante, conviene relativizar el término “íntimo”, al igual que anteriormente se intentó relativizar el concepto de “personalidad del autor”; es decir, juzgar un diario del siglo XVIII según el concepto de intimidad que tenemos hoy no es baladí, pero literariamente quizás resulte más fructífero ponerlo en relación contextual y cotextual para analizar su grado de adscripción a los convencionalismos sociales y literarios de la época.

El carácter íntimo del diario y la espontaneidad que implica la inmediatez de su escritura ha llevado a algunos teóricos a considerar este subgénero como el más auténtico y personal de la escritura autobiográfica (Romera Castillo, 1981: 46; Caballé, 1995: 51-52). No contradice esto necesariamente el hecho de que rara vez los diarios que se publican llegan a la imprenta immaculados, tal como

salieron por primera vez de la mano del escritor, aspecto que sin duda desvirtúa, al menos en parte, su espontaneidad original.

Frente a las autobiografías y las memorias, el diario se ve sometido a unas exigencias formales que condicionan fuertemente su estructura. La inmediatez de su escritura y su asiduidad conllevan esa falta de perspectiva temporal que dificulta la unidad de sentido del contenido; al mismo tiempo también constriñen el margen de acción del narrador en cuanto al uso de técnicas narrativas; a este respecto, se complica la alternancia en el uso de la focalización, se tiende casi obligadamente a desarrollar la historia en orden cronológico, es inevitable el uso abundante de elipsis, resúmenes e incluso del relato iterativo si no se quiere caer en la monotonía o en el relato intrascendente, y ofrece una simultaneidad narrativa en aquellos pasajes en los que el narrador se manifiesta en su calidad de narrador-personaje e intérprete de la historia relatada mediante formas verbales en presente que rinden cuenta de sus pensamientos y sentimientos en el preciso momento en que escribe.

#### *1.4.4. Epístolas*

Al igual que los diarios, en su origen los textos epistolares no son concebidos para su publicación, a diferencia de aquellos su creación se orienta hacia un destinatario concreto del cual se espera una respuesta. En este sentido el proceso epistolar viene a constituir un diálogo en diferido. Pero al igual que los diarios, las epístolas también trascienden el ámbito privado y acaban siendo convertidas en género literario, de carácter didáctico-ensayístico principalmente, muy propicio para el tratamiento de muy diversos temas; toman entonces carta de naturaleza pública al ser destinadas al mercado editorial. Adquieren gran popularidad en el Renacimiento, llegando a crearse toda una preceptiva para su publicación, y están en el origen del ensayo moderno, caso de las *Lettres persanes* de Montesquieu y de las *Cartas marruecas* de Cadalso. Asimismo serán usadas como recurso novelístico, caso de *Pepita Jiménez*.

No obstante, es preciso diferenciar el texto epistolar usado como recurso discursivo de carácter literario o ensayístico, que puede tratar muy diversos temas, de la epístola personal, cuyo foco de atención se proyecta sobre el mundo del autor y adquiere algún grado de intimidad. El contenido y los propósitos de estas

son variados, pero siempre remiten de una forma u otra al autor; pueden ser relatos más o menos intrascendentes sobre su vida pública que se limitan a dar noticia de una rutina a un interesado destinatario, comentarios acerca de decisiones tomadas a modo de autojustificación, reflexiones profundas sobre sus angustias personales cuya escritura y puesta en común con el interlocutor le ofrece beneficios terapéuticos, valoraciones sobre circunstancias históricas, reflexiones sobre moral, espiritualidad o ideología que le ayudan a poner en orden su cosmovisión del mundo, etc. De un modo u otro, el tema sobre el que gravita la epístola es su autor. La innumerable variedad de objetivos determina en gran medida el estilo utilizado en cada una.

Estructuralmente, la epístola se aleja de los subgéneros anteriormente comentados; el carácter narrativo no es condición *sine qua non* en la epístola, que puede limitarse a dar cuenta de forma expositiva o descriptiva de impresiones, emociones, etc. sin necesidad de recurrir al discurso narrativo. Es cierto que a partir de un epistolario eminentemente expositivo-argumentativo se puede inferir cierto devenir en la vida de su autor, pero esto hay que estudiarlo en cada caso.

#### 1.4.5. Autorretratos

La principal cualidad del autorretrato frente a las autobiografías, las memorias o los diarios es el estatismo. Si estas obedecen al modo elocutivo narrativo, y la epístola se caracteriza por un discurso expositivo-argumentativo, el autorretrato se constituye en base al modo elocutivo descriptivo. No se pretende con el autorretrato dar cuenta de la trayectoria vital de una personalidad a lo largo del tiempo ni expresar pensamientos o sentimientos, sino dejar patente cómo es una personalidad en un momento presente; se trata de (re)crear un *estado* y no un *proceso*, usando la terminología de Greimas. En este sentido, las cualidades estructurales que adquiere se alejan de los tipos textuales anteriores; el autorretrato no se somete a un orden temporal sino a un orden impuesto por la tradición; no encontramos una secuencialidad narrativa, ni las características discursivas que eso implica. Otros aspectos, en cambio, propios del modo discursivo descriptivo serían destacables: anclaje, aspectualización, puesta en relación, tematización, etc.

Este tipo de texto, suma de etopeya y prosopopeya, tiene una larga tradición cuyo origen genético, en occidente, lo encontramos en los retratos del mundo grecolatino. A diferencia de los otros tipos textuales, el autorretrato ha estado tradicionalmente integrado en textos de mayor calado.

#### *1.4.6. Otros tipos textuales*

Hasta aquí hemos tratado los que son considerados los géneros mayores de la literatura autobiográfica. Quedan fuera de nuestro estudio otro tipo de textos de indudable carácter testimonial como son las confesiones, las crónicas, los libros de viajes, etc. Asimismo dejamos fuera los textos autoficticios y los biográficos, por no cumplir el requisito básico de la literatura autobiográfica de ser testimonio personal de la vida del autor que establece con sus lectores el pacto autobiográfico.

## CAPÍTULO II

### 1. LAS NARRACIONES AUTOBIOGRÁFICAS Y LAS GUERRAS HISPANOCUBANAS (1868-1898)

#### 1.1. Panorama general

Podemos contemplar la guerra desde dos dimensiones, la individual y la colectiva; de un lado, lo que tiene de lucha personal, de padecimiento, de seres humanos llevados al límite de sus posibilidades; del otro, el enfrentamiento entre pueblos, entre ideas, su proyección histórica. Los conflictos bélicos han tenido un papel muy especial en la literatura autobiográfica. Desde *La Anábasis* de Jenofonte, pasando por la *Guerra de las Galias* de César, las relaciones de hechos militares de todas las épocas, las *vidas* de soldados de los Siglos de Oro, las memorias del siglo XIX, hasta llegar a los testimonios de denuncia de los combatientes de las últimas guerras, ya en el siglo XXI, la guerra siempre ha sido objeto del interés del que la vive para ponerla por escrito. Al mismo tiempo, todo aquello que tiene de dramática vivencia humana, de experiencia al límite, de acontecimiento histórico o de hecho nacional, ha atraído desde siempre a los lectores. La literatura autobiográfica soldadesca ha oscilado entre el hecho colectivo y el individual; este último es sometido a aquel en sus comienzos, pero con el paso de los siglos, como no podía ser de otro modo, vemos cómo el individuo adquiere más y más protagonismo, hasta el punto de ser motivo principal de las narraciones. Podemos afirmar que en el caso español son las

autobiografías soldadescas de los Siglos de Oro, de autores como Alonso de Contreras o Miguel de Castro, las que marcan un punto de inflexión. Luego vendrán otras, y el siglo XIX, a consecuencia de la Guerra de Independencia española y de las guerras coloniales de fin de siglo, será pródigo en este tipo de narraciones.

La Guerra de los Diez Años iniciada en Cuba en 1868 supuso el comienzo de la decadencia del sistema colonial español que tuvo su culminación en el Desastre de 1898. La clase media y alta del oriente de la isla, que padecía las rigurosas leyes comerciales y fiscales instauradas desde la península, se veía incapaz de competir con los grandes ingenios de la sacarocracia de las zonas central y occidental; a sus reivindicaciones se añadió una gran parte de la población negra y mulata que vio en los primeros gestos de los líderes de la revolución pruebas de los beneficios que su triunfo les podía reportar; no en vano, una de las primeras medidas de los alzados fue liberar a los esclavos, y era norma común proclamar en sus discursos la igualdad, en una suerte de seña de identidad de todos los cubanos. Si bien la guerra no se dejó sentir tanto en las ciudades como en el campo, el comportamiento de las milicias de voluntarios españoles en las zonas urbanas hizo que el conflicto, de un modo u otro, calara en el conjunto de la sociedad cubana.

El comportamiento contradictorio de la política metropolitana y el poder de la élite financiera y azucarera españolista en la isla hicieron que muchos cubanos vieran la guerra como la única vía posible para lograr su independencia y su lucha contra la poderosa metrópoli se convirtió a sus ojos en toda una epopeya que constituía los cimientos de su nación.

No es de extrañar, por tanto, que a su término comenzaran a aparecer toda una serie de obras que ensalzaban la gesta independentista; escritos históricos, autobiográficos, literatura de ficción, todo contribuyó a crear un imaginario popular de grandes hazañas y personajes heroicos que servirían de modelos ejemplarizantes a los futuros combatientes del 95. Obras escritas por sus participantes, como *A pie y descalzo de Trinidad a Cuba* (1890) de Ramón M. Roa o *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893) de Enrique Collazo pronto fueron conocidas por los cubanos, que sin duda vieron en ellas un revulsivo de sus



ánimos independentistas<sup>12</sup>. Cabe destacar aquí la primera por lo que tiene de testimonio personal, por la agilidad de su prosa y la solidez de una narración que se proyecta sobre las vicisitudes que sufre su protagonista; sin duda una obra de gran interés para los estudios de la literatura bélica autobiográfica.

También España, como es de suponer, dio lugar a algunas obras en las que los participantes de la contienda reflejaban por escrito sus vivencias. No obstante, estas tenían un tono más diverso. En *Campaña de Cuba (1869 á 1875). Recuerdos de un soldado* (1876) de Juan Vigil Escalera, por ejemplo, vemos una defensa a ultranza de los intereses españoles. Escalera narra sus vivencias desde que parte de España como soldado voluntario, hasta que vuelve a su tierra natal. En la isla toma parte de numerosos combates y la narración es rica en anécdotas de carácter testimonial y personal, sin embargo, en ocasiones su relato deriva hacia un discurso más propio de la crónica histórica colectiva. El autor salpica constantemente su relato de discursos declamatorios y patrioteriles y no para en mientes a la hora de descalificar con inquina a los soldados del ejército independentista. Otro tono adquiere *En la manigua: diario de mi cautiverio*, con ediciones en 1876 y 1879, diario escrito *a posteriori* por Antonio el Rosal en el que relata las vicisitudes sufridas durante el tiempo que fue prisionero del ejército cubano. Es una obra aderezada con un buen número de anécdotas articuladas en una estructura bien definida; el relato tiene un desarrollo continuo y adquiere gran relevancia la persona del protagonista, sus vivencias y sus impresiones; su estilo es directo y sencillo, no carece de sentido del humor, y tiene simpáticos pasajes de carácter picaresco. Es curiosa la *Historia de un piloto de Barcelona* (1896) de Soler Casas, en la que su autor y protagonista relata las vivencias por las que pasó en Cuba tras varios naufragios en sus costas, a partir de los cuales llega a tomar contacto con los insurrectos cubanos. Se destacan el interés por la vivencia personal y las escenas pintorescas y cotidianas teñidas de exotismo. De otra índole es la *Vindicación militar y política* (1872) de Máximo Navidad, que tiene un carácter autojustificativo, como se deduce de su título. Su prosa es ágil, y adopta

---

<sup>12</sup> A estas dos obras hace referencia al comienzo de sus “recuerdos”, *Al trote y sin estribos*, Serafín Espinosa y Ramos, participante de la guerra del 95, a las que califica de «lecturas patrióticas». También cabe destacar la labor que ejerció Manuel de la Cruz, quien literaturizó de manera panegírica algunas de las gestas guerreras de diferentes personajes del ejército cubano en sus *Episodios de la revolución cubana* (1890) *Cromitos Cubanos* (1892).

un discurso sumarial, alejado de valores estéticos. Similar en propósitos y estilo, si bien no carece de interesantes pasajes narrativos en los que rinde cuenta de algunas de sus acciones militares, es la *Memoria de los sucesos ocurridos en la insurrección que estalló en la ciudad de Bayamo en octubre de 1868* (1872) de Dionisio Novel e Ibáñez.

La paz de Zanjón, firmada en 1878, fue una salida de urgencia de la guerra, y hubo un gran sector, tanto independentista como españolista, que consideró sus condiciones casi como una capitulación ante el bando contrario. Por eso, muchos cubanos, tanto en la isla como en el exilio, continuaron trabajando en pos de su independencia y orquestando una nueva revolución. A lo largo de los años no dejan de sucederse revueltas y pequeños levantamientos armados, como la Guerra Chiquita, hasta llegar a 1895. Su fin en 1898, con la entrada de Estados Unidos, supuso para los cubanos la culminación de la gesta independentista que habían comenzado en 1868; simbólicamente supone el año en que se convirtieron en nación, si obviamos las posteriores implicaciones que tuvo el intervencionismo de los Estados Unidos. Además, esta vez la guerra estuvo protagonizada por la clase media y popular de la isla, si bien tuvo pronto el apoyo de toda la sociedad criolla, incluyendo a aquellos que optaban por posturas más moderadas, que vieron la imposibilidad de conseguir algo por la vía política (Moreno Friginals, 1995: 274-275). Para España, en cambio, supuso la pérdida de los últimos territorios de su antiguo imperio colonial, hecho que puso de relieve por el modo en que se llevó a cabo, más que por el resultado, la incompetencia de sus gobernantes. No en vano, la guerra del 95 resultó ser «el mayor esfuerzo militar jamás llevado a cabo por una potencia colonial en América» (Moreno Friginals, 1995: 274). Socialmente la guerra se tradujo en la manifestación de un buen número de injusticias, desde constituir las levadas con jóvenes de los sectores más humildes por no poder pagarse la exoneración del reclutamiento, hasta el desamparo administrativo en que se vieron los soldados repatriados, muchos de ellos enfermos o tullidos.

Los periódicos se hicieron pronto eco del desarrollo de la guerra, no solo en España y Cuba, también la prensa extranjera a través de sus corresponsales, que se alineó del lado cubano.

Muchos de sus participantes se dieron cuenta de que estaban viviendo un acontecimiento histórico y quisieron registrar aquello de lo que eran testigos. La tipología de textos autobiográficos que se crearon ya durante la guerra, y después

de ella, es amplia. Por un lado encontramos diarios de campaña que se ciñen a servir de registro de los hechos bélicos más importantes, adoptando un estilo telegráfico y dejando en un segundo plano la figura del autor, como el diario de Martí y, en menor medida el de Máximo Gómez o el de Bernabé Boza; otros en los que se pretenden literaturizar las vivencias e impresiones de sus protagonistas y consideran secundario el dato y los aspectos circunstanciales, como es el caso del diario de Burguete; y otros que se sirven al mismo tiempo del recurso diarístico y de la epístola, como el diario de Valdés Domínguez, que dirige a su esposa, en el que cobran interés las consideraciones que realiza sobre el devenir de los hechos. Fueron pródigos estos años también en memorias parciales, ceñidas a dar cuenta de los recuerdos de la guerra, como *¡El desastre ó los españoles en Cuba: memorias de un voluntario* (1899) de Manuel Corral, obra incisiva en la que pone en la palestra la mala gestión de la guerra por las autoridades militares y administrativas, y el desprecio con que es tratado el soldado español por sus dirigentes; las anticolonialistas *Memorias de mi juventud en Cuba. Un soldado del ejército español en la guerra separatista* (1998) de Joseph Conangla, que nos brinda una perspectiva inusual en las memorias de los españoles; o *Del cautiverio* (1903) de Ciges Aparicio, obra centrada en el tiempo que pasó preso en la fortaleza de La Cabaña de La Habana por el cargo de traidor a la patria. Memorias del lado cubano encontramos *Al trote y sin estribos* (1946) de Serafín Espinosa y Ramos, coronel del ejército libertador que narra sus vivencias desde que es un muchacho enardecido por las “lecturas patrióticas” de la guerra del 68 y de la que cabe destacar la presencia de personajes pintorescos y su marcado gusto por la anécdota amena; las inestimables *Impresiones de la Guerra de Independencia* (1948), en las que su autor, José Isabel Herrera “Mangoché”, de humilde familia campesina, mediante una prosa sencilla pero rica en contenidos y detalles sobre la vida cotidiana en la manigua relata cómo entró voluntario en el ejército libertador con tan solo catorce años y las peripecias que en él vivió; o la *Autobiografía* (1910) del colombiano José Rogelio Castillo y Zúñiga, uno de los textos que más espacio temporal abarca, en el que conocemos su participación de joven en las filas del ejército colombiano que apoyaba al Partido Liberal, su actuación en la Guerra del 68 de Cuba, su encarcelamiento en Chafarinas, su época en Florida como tipógrafo y conspirador, y su importante papel en la guerra de 1895-1898, hasta llegar a 1909. A estas habría que añadir aquellas obras

realizadas por los grandes dirigentes como Weyler o Polavieja, entre otros, si bien estas adoptan un discurso más propio de la crónica histórica al tiempo que tienen unos fines eminentemente autojustificativos; obras de carácter más histórico como las *Crónicas de la guerra* (1909) de Miró Argenter; los epistolarios de numerosos actores de la guerra, entre los que se destacan los de Martí y Máximo Gómez; e incluso cabe mencionar alguna obra autoficticia, como los *Episodios de la guerra* (1898) de Raimundo Cabrera.

En la bibliografía que exponemos a continuación se podrá observar cómo, con el paso de los años han ido saliendo a la luz, sobre todo en Cuba, muchos de estos textos, bien escritos durante la misma contienda, bien creados posteriormente a causa de ese anhelo humano de recuperar y traer al presente el tiempo pasado, un tiempo que sin duda, dejó huella indeleble en sus vidas y en la historia. La diferencia cuantitativa que observamos a favor de las publicaciones realizadas en Cuba frente a las realizadas en España, a la que habría que sumar el número de ediciones de las obras, también mayor en la isla, nos la explicamos si tenemos en cuenta que las guerras hispanocubanas producidas entre 1868 y 1898 significaron para los cubanos sus primeros pasos como una nación libre –sin entrar en matices–, mientras que para los españoles supuso una etapa de su historia que durante años muchos prefirieron olvidar.

## **1.2. Bibliografía no exhaustiva de literatura autobiográfica de las guerras hispanocubanas (1868-1898)**

Los criterios de inclusión seguidos a la hora de elaborar la siguiente bibliografía han sido amplios puesto que su finalidad no es otra que dar cuenta del amplio corpus textual de carácter autobiográfico que se produjo en España y en Cuba a raíz de las guerras. Se da cabida, por ello, a obras cuyo valor autobiográfico resulta hasta cierto punto anecdótico, creaciones de tipo misceláneo o textos en los que la crónica histórica relega a un segundo plano la presencia del autor, si bien todas ellas son producto de una vivencia real, por lo que todas adquieren algún valor testimonial.

Por otro lado, se han tratado de registrar únicamente las primeras ediciones de las obras.

Se ha decidido incluir exclusivamente aquellas obras cuya extensión es de 49 páginas o más, según la denominación oficial española de libro; cabe decir que el número de escritos publicado a manera de folleto, artículo o reportaje periodístico es muy numeroso.

Asimismo hemos optado por no incluir obras escritas en otra lengua que no sea la española.

Para llevar a cabo la siguiente bibliografía se han utilizado las siguientes fuentes: *Bibliografía de la segunda guerra de independencia cubana y de la hispano-yankee* de Carlos M. Trelles (1902), la bibliografía *La crisis del 98* (Castillo Ramírez, 1998) publicada por el CINDOC, “Nuevas adiciones al catálogo de la bibliografía española en los siglos XVIII y XIX (segunda serie)” (Durán López, 2004), así como diversos artículos y monografías en donde hemos ido encontrando referencias no incluidas en las anteriores. Asimismo nos hemos servido de recursos digitales: el buscador del *Catálogo colectivo del patrimonio bibliográfico español* y el *Diccionario de la literatura cubana*, este último ubicado en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

ARDERÍUS, Francisco, *La escuadra española en Santiago de Cuba, diario de un testigo*, Barcelona: Impr. Maucci, 1903.

– *De mis recuerdos. Narraciones históricas*, Madrid: Imprenta Hispano-Alemana, 1914.

BARROETA, Santiago, *Los sucesos de Cienfuegos y la situación actual de la Isla de Cuba descritos por un español incondicional*, New York: Printing Office, 1897.

BOZA SÁNCHEZ, Bernabé, *Mi diario de la guerra*. La Habana: Impr. La Propagandista, 1900, 2 vols.

BURGUETE Y LARA, Ricardo, *¡La guerra! Cuba (diario de un testigo)*, Barcelona: Maucci, 1902.

CAMPS Y FELIÚ, Francisco de, *Españoles e insurrectos. Recuerdos de la guerra de Cuba*, La Habana: Impr. de A. Álvarez y Cía., 1890.

CASTILLO Y ZÚÑIGA, José Rogelio, *Autobiografía*, La Habana: Impr. y papelería de Rambla, 1910.

- CÉSPEDES, Carlos Manuel de, *Cartas de Carlos Manuel de Céspedes a su esposa Ana de Quesada*, La Habana: Instituto de Historia, 1964.
- CIGES APARICIO, Manuel, *Del cautiverio: libro de la vida trágica*, Madrid: La Editorial Moderna, 1903.
- CONANGLA, Josep, *Memorias de mi juventud en Cuba. Un soldado del ejército español en la guerra separatista (1895-1898)*, Joaquín Roy (ed.), Barcelona: Península, 1998.
- CONCAS Y PALAU, Víctor María, *La Escuadra del Almirante Cervera en el combate naval de Santiago de Cuba, por el capitán de navío D. V. M. C. y P., Comandante que fué del crucero Infanta María Teresa*, edición corregida y aumentada Madrid: Sucesores de Rivadeneira, 1899.
- CONSUEGRA, Walfredo Ibrahín, *Diario de Campaña; Guerra de Independencia, 1895-1898*, La Habana: Fernández Solana, 1928.
- CORRAL, Manuel, *¡El desastre! Memoria de un voluntario en la campaña de Cuba*, Barcelona: Tip. Moderna, 1899.
- CRUZ, Agustín, *Memorias de un médico mambí*, La Habana: Lex, 1948.
- DÍAZ DE HERRERA Y DE LEÓN, Segundo, *Diario de la campaña en Cuba en 1895 de un batallón de marina*, Madrid: Impr. Ministerio de Marina, 1912.
- ESPINOSA Y RAMOS, Serafín, *Al trote y sin estribo; recuerdos de la guerra de independencia*, La Habana: Jesús Montero, 1946.
- FEIJOO, Teodorico, *Diario de un testigo de las operaciones sobre los insurrectos de la isla de Cuba, llevadas á cabo por la columna á las órdenes del Excelentísimo Sr. General Conde de Valmaseda*, La Habana: Impr. de la Viuda e Hijos de Soler, 1869.
- FLORES, Eugenio A., *La Guerra de Cuba (Apuntes para la Historia)*, Madrid: Tip. de los hijos M. G. Hernández, 1895.
- GÓMEZ BÁEZ, Máximo, *Diario de campaña del mayor general Máximo Gómez*, La Habana: Centro Superior Tecnológico Ceiba del Agua, 1940.
- GRANDA, Manuel I. de, *Memoria revolucionaria*, Santiago de Cuba, Tip. Arroyo, 1926.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, Ramiro, *Por las veredas del pasado, 1880-1902*, La Habana, Lex, 1957.
- GUTIÉRREZ DE LA CONCHA (Marqués de la Habana), José, *Memoria sobre la guerra de la isla de Cuba y sobre su estado político y económico desde*

- abril de 1874 hasta marzo de 1875*, Madrid: Establecimiento tipográfico de R. Labajos, 1875.
- HERRERA, José Isabel, *Impresiones de la Guerra de Independencia. (Narrado por el Soldado del Ejército Libertador José Isabel Herrera «Mangoché»)*, La Habana, [s. e.], 1948.
- IZAGUIRRE, José María, *Recuerdos de la guerra*, La Habana: Guáimaro: 1941
- LOYNAZ DEL CASTILLO, Enrique, *Memorias de la guerra*, La Habana: Ed. Ciencias Sociales, 1989.
- MACEO Y GRAJALES, Antonio, *De la campaña*, La Habana: Impr. La Prueba, 1916.
- MARTÍ Y PÉREZ, José, *Páginas de un diario*, La Habana: Molina, 1932.
- MIRANDA, Luis Rodolfo, *Diario de campaña del comandante Luis Rodolfo Miranda*, La Habana: oficina del historiador de la ciudad, 1954, 121 p.
- MIRÓ ARGENTER, José, *Crónicas de la guerra*, La Habana: Librería e Imprenta La Moderna Poesía, 3 vols., 1909.
- MULLER Y TEJEIRO, *Combate y capitulación de Santiago de Cuba, por el teniente de navío D. J. Muller y Tejeiro, Comandante de Marina de la Provincia de Santiago de Cuba*, Madrid: Impr. de F. Marqués, 1898.
- NAVIDAD Y PÉREZ, Máximo, *Vindicación militar y política*, Madrid: Impr. de P. García y Cía., 1872.
- NOVEL E IBÁÑEZ, Dionisio, *Memoria de los sucesos ocurridos en la insurrección que estalló en la ciudad de Bayamo en octubre de 1868*, Granada: Impr. de la viuda de Puchol, 1872.
- PIEDRA MARTEL, Manuel, *Memorias de un mambí*, La Habana: Instituto del Libro, 1968.
- POLAVIEJA, General Camilo, *Mi política en Cuba. Relación documentada por el Teniente General Marqués de Polavieja. Lo que vi, lo que hice, lo que anuncié*, Madrid: Impr. de Minuesa, 1898.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago, *Ramón y Cajal y la guerra de Cuba. Apuntes autobiográficos*, Santiago Ramón y Cajal Junquera (ed.), Zaragoza: Cremallo/Gobierno de Aragón, 1998.
- REY, Santiago C., *Recuerdos de la guerra: 1895-1898*, La Habana: Impr. P. Fernández, 1931.

- ROA, Ramón, *A pie y descalzo de Trinidad a Cuba (1870-1871)*, La Habana: Establecimiento Tipográfico Calle O´ Really 9, 1890.  
 – *Con la pluma y el machete*, comp., prol., y notas de Raúl Roa, La Habana: Impr. El Siglo XX, 1950, 3 vols.
- ROSA QUIJANO Y BENITO, Juan Pedro de la, *Diario de la guerra: del año 1895-1898*, Morón: Impr. del periódico Morón, 1953.
- ROSAL Y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, Antonio del, *Los mambises. Memorias de un prisionero*, Madrid: Impr. de Pedro Abienzo, 1874.  
 – *En la manigua: diario de mi cautiverio*, Madrid: Impr. de Bernardino y Cao, 1876.
- ROSENDE Y DE ZAYAS, Ángel E., *Memorias de la guerra: 1895-1898: conspirador y de soldado a capitán*, La Habana: [s.e.], 1928.  
 – *La canchanchara: (testamento autobiográfico)*, La Habana: [s. e.], 1942.
- SÁNCHEZ VALDIVIA, Serafín, *Diario y otros documentos*, Orlando Barrera Figueroa (ed.), Sancti Spiritus, Luminaria, 1992.
- SERRA ORTS, Antonio, *Recuerdos de las guerras de Cuba: 1868 a 1898*, Ramón Domingo de Ibarra (ed.), Santa Cruz de Tenerife: A. J. Benítez, 1906.
- SOLER CASAS, Pedro, *Historia de un piloto de Barcelona*, Barcelona: Librería Editorial de V. Acha, 1896.
- TIRADO, Modesto A., *Apuntes de un corresponsal: guerra de independencia*, La Habana: Molina, 1942.
- USATORRES Y PERDOMO, Ernesto L., *Impresiones de la guerra: Campaña de Pinar del Río por E. L. U. y P.) Comandante del Cuerpo Jurídico*, Guanajay: Impr. La Generosa, 1899.
- VALDÉS DOMÍNGUEZ, Fermín, *Diario de soldado*, Hiram Dupotey Fideaux (ed.), La Habana, Centro de Información Científica y Técnica/Universidad de La Habana, 4 vol. 1974.
- VIGIL ESCALERA, Juan, *Campaña de Cuba (1869 á 1875). Recuerdos de un soldado*, Madrid: Impr. de los señores Rojas, 1876.
- WEYLER, Valeriano, *Mi mando en Cuba*, Madrid: Casa Editorial de Felipe Rojas, 5 vols., 1910.



### **CAPÍTULO III**

#### **1. *¡LA GUERRA! CUBA (DIARIO DE UN TESTIGO) DE RICARDO BURGUETE Y LARA***

##### **1.1. Vida y obra del autor**

Ricardo Burguete y Lara nace en Zaragoza el 3 de febrero de 1871. Ingresó pronto en la Academia General Militar y participa en la campaña de Melilla en 1893. Toma parte en las guerras de Cuba, Filipinas y Marruecos. A Cuba llega con el rango de teniente y por la acción de Managuaco, a finales del 95, recibe la cruz laureada de San Fernando y es ascendido a capitán. En Filipinas resulta herido de gravedad y logra el ascenso a comandante. Entre 1909 y 1910 participa nuevamente en la campaña de Melilla en donde obtiene el rango de coronel, en parte gracias a su comportamiento en el combate de Beni-Bui-fur. Poco después asciende a general de brigada y manda los Cazadores de África. A lo largo de estos años desarrolla nuevas tácticas de guerra que expone en algunas de sus obras. En 1917, con el cargo de gobernador militar de la región, reprime duramente las huelgas de Asturias. Llega a obtener el grado de general de división y general en jefe del Ejército de África, y es nombrado Alto Comisario de Marruecos en 1921, cargo al que renuncia en 1922 por no autorizársele desde el

gobierno alguno de sus propósitos. Durante algún tiempo desempeña los cargos de director de la Guardia Civil y presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Formará parte del tribunal que juzgue y absuelva al Gobierno provisional de la República. En esta llega a desempeñar el cargo de director de la Cruz Roja española. Fallece en Valencia el 30 de marzo de 1937 tras sufrir un coma urémico. En los últimos tiempos tiene la desgracia de ver cómo mueren sus tres hijos, todos militares, el primero a causa de una acción en Marruecos, los otros dos al comienzo de la Guerra Civil, mandados fusilar por Queipo de Llano al que, tras el hecho, dirige una célebre e incisiva carta abierta.

Fue autor de diversas obras, algunas de las cuales le valieron el ingreso en la Real Academia de la Historia. Muchas de ellas son de carácter técnico y militar, como *Nuevos métodos de combate*, *Preparación de las tropas para la guerra* o *Mi rebeldía*, en las que al tiempo que expone sus ideas sobre cómo debe ser un ejército y sugiere nuevas tácticas de guerra, reflexiona sobre la España de su tiempo. Si bien estas obras ya están teñidas de cierta filosofía nietzscheana, se dedica más detenidamente a la reflexión moral y filosófica en *Dinamismo espiritualista*. Más interesantes, al menos en lo que nos toca, son dos obras de carácter autobiográfico, *¡La guerra! Cuba* y *¡La guerra! Filipinas*, en donde relata sus experiencias como combatiente.

## **1.2. ¡La guerra! Cuba (diario de un testigo)**

Una lectura superficial del diario de Burguete podría llevarnos a incluirlo dentro de ese corpus de textos autobiográficos cuya creación se justifica no por la singularidad de su protagonista sino porque este es testigo de un acontecimiento histórico excepcional. Es decir, la relevancia de los hechos históricos que narra como testigo desplazaría en importancia semántica a la personalidad del autor-personaje. Sin embargo, Ricardo Burguete rara vez va más allá de lo que vive y siente como participante de los hechos; no se presenta como un testigo objetivo que ve pasar la historia y habla sobre ella sino que se centra en su participación en la misma; más que un equilibrio entre la historia del conflicto y la historia personal se acaba dando un predominio de la última. La narración tiene las características del relato de formación, de la historia de aprendizaje en la que un

joven teniente impetuoso de veinticuatro años, recién llegado a la isla, nos cuenta sus primeras vivencias y sus impresiones de la guerra colonial, y a medida que avanza el relato, a pesar de su fragmentarismo, podemos ver cómo la guerra va haciendo mella en su personalidad y socavando su optimismo hasta su retorno a España, poco más de un año después.

La estructura del relato obedece a las características genéricas del diario, inmediatez y fragmentarismo. Como se verá, la inmediatez de la escritura se manifiesta con regularidad a lo largo de la obra, sin embargo, conviene señalar que ocasionalmente resulta corrompida por una manipulación debida a una reescritura parcial *a posteriori* con la intención de literaturizar el relato para su publicación. Respecto al fragmentarismo, hay que añadir varios factores que están en su origen, además de los connaturales a todo tipo de diarios: por un lado Burguete escribe cuando las circunstancias se lo permiten, por lo que nos encontramos ante un diario que no se escribe diariamente; por otro lado, una parte de su diario ha sufrido las vicisitudes de la guerra y, lamentablemente para nosotros, no ha sido publicada: los manuscritos los envió a sus hermanos cuando esto llegaron a la isla para participar en la guerra. A esto debemos añadir la falta de preocupación por indicar la fecha diaria, consignando por lo general un impreciso «día...», o su desinterés por contextualizar los hechos mediante referencias nominales al marco espacial. Todo ello, que en ocasiones genera una lectura nebulosa, sobre todo si se la somete a la tiranía del valor referencial que pueda tener la obra, hace que se imponga, por otro lado, la vivencia y la impresión pura del joven soldado ante la guerra.

Sí dificulta el mencionado fragmentarismo la posibilidad de encontrar una secuencialidad sólida entre las acciones relatadas que ofrezca una narración redonda, no obstante, la posible rigidez que pueda conllevar una desmedida yuxtaposición de los hechos narrados es diluida por la riqueza de las descripciones, lo vívido de algunas escenas narrativas y lo pertinente y comedido de algunas valoraciones personales que modalizan el relato dotándolo de un especial punto de vista.

*¡La guerra! Cuba (diario de un testigo)*, por tanto, se puede leer como un relato iniciático. Está salpicado de reflexiones morales y filosóficas y descripciones de tintes ora modernistas, ora naturalistas; la narración avanza con fluidez, las acciones protagonizadas por Burguete ocupan la mayor parte del relato

y van revelando de forma paulatina las diversas facetas y la evolución de su singular carácter: joven valiente e impetuoso, culto, observador, reflexivo y poseedor de cierta sensibilidad literaria.

### **1.3. Análisis morfosintáctico**

#### *1.3.1. Estructura externa*

La obra se compone de una dedicatoria preliminar de dos páginas al duque de Tamames y el cuerpo narrativo, que se divide en una primera parte (pp. 9-141), en la que Burguete narra el viaje al Caribe, su toma de contacto con la guerra cubana y sus primeros combates; y una segunda parte (pp. 142-204) en la que se alterna la narración de sus vivencias militares y la inserción de las epístolas que sus hermanos le enviaron entonces. Termina esta segunda parte con el relato de su retorno a España.

#### *1.3.2. Estructura interna. La narración: acciones, personajes, espacio y tiempo*

El análisis sintáctico de las acciones nos ofrece una estructura que podemos definir en los términos de *estado inicial-apertura-desarrollo-cierre-estado final*. Entre el estado inicial y el final vemos que el protagonista sufre de forma casi paralela un proceso de degradación en lo personal –muerte del hermano y merma del optimismo inicial–, y de mejora en lo profesional –obtiene recompensas por su heroico comportamiento –.

La narración se estructura en cinco partes. La primera (pp. 9-59), el estado inicial de la historia, la podemos ver como una secuencia simple resumida de la siguiente manera: partida de Cádiz-desarrollo del viaje-llegada a Cuba. Nos encontramos con el joven Burguete a bordo del *Alfonso XII*, que parte de Cádiz con destino a Puerto Rico. Escribe sus primeras impresiones en el barco, sus inquietudes, describe la rutina de la navegación, las labores marineras, el pasaje, y nos cuenta alguna que otra anécdota. Desde las primeras páginas la narración va más allá de una sobria relación de hechos públicos para mostrarnos, al mismo

tiempo, sus sentimientos ante las diferentes vicisitudes vividas. Así, en la partida, en cuanto el *Alfonso XII* leva anclas nos dice: «volcáronse de golpe en mi espíritu, todas las emociones, todas las amarguras guardadas al despedirme de los seres queridos» (p. 10), no obstante la preocupación no hace demasiada mella en él, y al poco se manifiesta como el joven voluntarioso que protagoniza el relato: «decidí abandonar la litera y subir a cubierta. ¿Para qué tener esperanza de volver? Mejor era cerrar la puerta a la ilusión y resignarse a arrostrar la muerte con entereza de espíritu» (p. 13).

Una serie de anécdotas nos van perfilando el carácter jovial del protagonista. La primera sucede en la escala efectuada en Gran Canaria. Allí decide visitar la villa con un compañero y aprovechan para tomar unas cervezas. Adereza la anécdota con pintorescas descripciones del paisaje y el paisanaje. En un momento dado, ya tarde, tras «la milésima cerveza» se les ocurre pararse a comer una tortilla cuando suena la sirena del vapor indicando su partida. Probablemente envalentonados por el alcohol porfían en su capricho, creyendo que el vapor esperará. Terminan por volver al barco en el momento crítico, con la tortilla bajo el brazo. Poco más adelante, nos cuenta que para matar la rutina celebran una velada, entonces podemos ver a Burguete y a su amigo bailando vestidos de sevillanas.

Días después llegan a Puerto Rico, lugar en el que realiza diligencias para marchar a Cuba. A continuación se embarca en el *Méjico* hacia Santiago de Cuba. Es en este barco donde comienza a oír noticias de la guerra. Burguete muestra su optimismo: «para diciembre estamos, de fijo, en nuestras casas» (p. 45). Es aquí donde se realiza la primera referencia a su destino, el Batallón de Cazadores de Colón.

Tras pasar una noche en Santiago embarca abordo del *Júpiter* para ir a Manzanillo. A medida que se acerca a la zona de conflicto y tiene noticia de los combates manifiesta más explícitamente sus inquietudes: «¿Cómo será la guerra? ¿Serviré para ella?» (p. 52). La imagen de los soldados de operaciones le impacta por su aspecto enfermizo y desastrado (pp. 57-58). Finalmente llegan a Manzanillo (p. 59).

La segunda parte (pp. 60-141) comienza con su llegada a la ciudad de Manzanillo y el inicio de las operaciones. Supone macroestructuralmente la apertura y el desarrollo del conflicto. Podríamos resumirla como una secuencia en

tres partes: deseo de integrarse en su batallón y de entrar en combate, búsqueda de su batallón y entrada en combate, encuentro de su batallón. Este está de operaciones en las inmediaciones de Bayamo por lo que tiene tiempo de conocer la ciudad. Pronto se acentúa el proceso de degradación del entorno, este se vuelve insano: «Aborrezco a Manzanillo, cuyo letal y nauseabundo aliento acaba por parecerme más aterrador que el del árbol venenoso de quien toma nombre» (p. 67); deja ver entonces su vehemencia juvenil: «Anhelo salir al campo y recorrer vastas extensiones saturadas de oxígeno y de brisa» (p. 67).

Acaba integrándose en una columna del regimiento de Isabel la Católica en la que le toca en suerte conducir un convoy de Manzanillo a Veguitas, a medio camino de Bayamo<sup>13</sup>. Deja bien patente su animosidad dos días después: «A pesar de las fatigas y de las penalidades de la marcha, sigo experimentando la bienhechora satisfacción que se apoderó de mi ánimo al abandonar Manzanillo» (p. 73). Va salpicando el diario de descripciones, unas veces embargado por la belleza exuberante de la naturaleza, otras por su fuerza telúrica imponente y dominadora que acarrea innumerables penalidades en la marcha, entre ellas servir de escondite perfecto al enemigo. Sus deseos de entrar en combate le llevan en un momento dado a formar parte de una sección de exploradores, «anheloso de terciar de los primeros en el peligro e invadido de una súbita emoción» (p. 77), pero no logra aún su bautismo de fuego. A su llegada a Veguitas, en lugar de esperar a las fuerzas de su batallón acepta la invitación del jefe de columna para realizar una batida contra el enemigo. La dureza de la expedición le impide escribir durante dos días: marchas fatigosas, lluvias incesantes que deterioran el camino y dificultan el sueño reparador, escasez de comida adecuada y la pericia de un enemigo avezado que los lleva por los peores caminos y borra el rastro obligándoles a contramarchar; todo ello va erosionando, al menos circunstancialmente, su estado de ánimo: «He descansado muy mal. No sólo por dormir sobre el barro, al cual voy habituándome desde que dejé la hamaca entre las llamas de una hoguera; sino porque el cansancio y las emociones del día

---

<sup>13</sup> En *La ilustración española y americana*, 22-1-1896, comprobamos que, en efecto, tras desembarcar en Manzanillo, Burguete se mantiene provisionalmente al servicio de este regimiento, al que le hacían falta oficiales. En esta revista y en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 25-9-1913, tomo III, pp. 801-802, nº 213 comprobamos que el Batallón de Cazadores de Colón operaba en las jurisdicciones de Manzanillo y Bayamo.

pusieran mis nervios en tensión» (p. 89). El proceso de degradación del entorno, que poco a poco va haciendo mella en su estado de ánimo, es consecuencia de los efectos de la guerra que, a su vez, suelen ir parejos a los efectos de una naturaleza agobiante e inexorable.

Poco después, en las proximidades del Zarzal, tiene su anhelado bautismo de fuego (p.92) en un –deducimos– breve combate en donde manifiesta una conducta valiente participando del tiroteo y de la persecución al enemigo y animando a sus subordinados. Poco después nos describe con palpable tristeza el entierro de los dos muertos de su compañía. Al día siguiente tienen un momento de descanso en unos bohíos en los que los guajiros les acogen, las peripecias bélicas dejan paso por un rato a la reflexión y a la contemplación de la belleza femenina (pp. 100-101). Al poco rato entran otra vez en combate y toman un campamento enemigo. Vuelve la lluvia con violencia, «Llueve con tan rabiosa furia, que asalta al pensamiento angustiado la imagen del horrible septenario del diluvio» (p. 107). Como consecuencia, más tarde deben cruzar una ciénaga, lo que da lugar a situaciones penosas en las que da muestras de una actitud ejemplar dando ánimos a la tropa (pp. 111-118). Se ve obligado a dar la orden de abandonar unas acémilas enfangadas, rescata a un gallego tomado por las fiebres que se negaba a avanzar, lidia con otro soldado que en un arrebató de locura se creía en poder del enemigo... No obstante, en algún momento se permite realizar alguna declaración de protesta y de derrotismo pasajero: «asaltado por el temor de que hubiéramos extraviado el camino, maldiciendo de la columna que no se ocupó de dejarnos un guía, a poco estuvo que no me dejase abandonar silencioso en el primer fangal, envidiando la suerte de las acémilas» (pp. 116-117). Tras su llegada a Campechuela se ve obligado a retornar a Manzanillo. Después de todas las penalidades pasadas podemos observar cómo su punto de vista sobre la ciudad ha cambiado, él mismo es bien consciente de la subjetividad de sus impresiones: «Nada hay tan sujeto a error como la percepción humana. Me arrepiento de mis primeros juicios. ¡Manzanillo me parece una morada deliciosa!». Ahora destaca la blancura de los manteles de las fondas, el confort, hasta las casas le parecen más espaciales (p. 120). Al día siguiente se embarca en un vapor que remonta el Cauto para llegar al pueblo del mismo nombre. El viaje transcurre en calma. Hacen la primera noche en Guamo. A pesar de las noticias poco tranquilizadoras que les llegan no sucede nada extraordinario. Al día siguiente llegan a Cauto, poblado que

le produce «penosa impresión» (p. 129), hecho de barracas de madera y chozas miserables, «con la atmósfera nauseabunda y letal», en donde la muerte se ceba con la ayuda de enfermedades como el tifus, la disentería y la fiebre. Los soldados no se libran de la insalubridad del ambiente, le dan la impresión de hombres «agónicos», con «manos y brazos, de una horrible y quebradiza delgadez» (p. 131). No obstante, se admira de que por la noche se reúnen en alegre algazara en torno a una hoguera para cantar jotas y tocar la guitarra (pp. 132-134). En este momento, Burguete cede brevemente la voz al práctico Olivera, que relata una anécdota de la guerra del 68 (p. 135). Después se duerme «atormentado» por la imagen sensual de las hijas del práctico. Al día siguiente salen de Cauto, acampan en la sabana de Punta Gorda. Posteriormente continúan la marcha, ahora machacados por los rayos de sol, para los que no encuentran una sombra y «pesan plomizos sobre los riñones» (p. 138). Al término de la sabana, por fin, encuentran a su batallón, entre los que se está su amigo, el «teniente A...», antiguo compañero de la Academia. El largo convoy que forma su batallón le recuerda a «una de aquellas tribus bíblicas condenada por apocalíptica sentencia a arrastrar eternamente una vida errática» (p. 141). Termina esta parte manifestando su alegría al verse rodeado de los que serán a partir de ese momento sus compañeros de campaña. La fecha el 14 de junio de 1895.

La tercera parte (pp. 142-166) supone momentáneamente una pausa en el desarrollo del conflicto puesto que Burguete está postrado en el hospital. En el comienzo nos anuncia: «Faltan muchas hojas de mi diario de operaciones. He prometido enviarlas todas a mis hermanos» (p. 142). Lamenta no haberse encontrado con su hermano Luis en las inmediaciones de Ventas de Casanova, en donde ambos acamparon con sus respectivas columnas. A continuación transcribe una carta del mismo que fecha en San Luis el 12 de octubre de 1895. Le cuenta sus aventuras y desventuras en la guerra, afirma haber estado en la retaguardia en la acción de Descanso del Muerto con el convoy que iba a Ventas de Casanova, se admira de la profesionalidad de Ricardo, le insta a que le siga enviando las páginas de su diario y le manifiesta sus deseos de encontrarse. A continuación inserta otra carta, esta fechada el 7 de diciembre, en la que le pide las últimas hojas de su diario. Tras ella encontramos unas anotaciones de Ricardo sin fechar en las que manifiesta su preocupación por la tardanza de las cartas de sus hermanos. Sabemos entonces que en días precedentes ha vivido un



acontecimiento extraordinario y que escribe desde un hospital: «El instante más conmovedor de la guerra, la página más intensa de mi vida trájome herido al hospital, desde donde transcribo por correo el suceso a mis hermanos» (p. 147). Nos anuncia también que ha tenido noticia de que le dan el mando de una guerrilla volante debido a la muerte del oficial responsable, Lolo Benítez (p. 147). Las notas posteriores, escritas también en un día indefinido, nos anuncian que acaba de salir del hospital y de recibir carta de sus hermanos, fechada en San Felipe el 25 de febrero de 1896. Por esta sabemos que fue la acción de «M...» la que llevó a Ricardo al hospital, y que sus hermanos han leído la carta en la que Ricardo les contaba su experiencia, aunque aquellos ya la habían conocido gracias a la prensa periódica<sup>14</sup>; no dejan de manifestar su orgullo fraternal, y le comunican que han tenido varios encuentros con Maceo y Máximo Gómez (pp. 147-149). A continuación, el 15 de marzo, nos indica: «Vuelvo a reanudar en mi cartera el diario de operaciones» (p. 149). Un puesto de agregado en el cuartel general de Vuelta Abajo le permite ir de Manzanillo a La Habana y ver a su hermano. Demora el relato en sus descripciones e impresiones de las diferentes poblaciones por las que pasa, primero en el barco *Purísima Concepción* y luego en tren a Guanajay, la línea más castigada por la guerra. A continuación lo encontramos con su hermano, atacado por las fiebres, en el Hotel Inglaterra de La Habana, y nos relata brevemente de forma retrospectiva su encuentro con él, suponemos en Guanajay, y su ida a La Habana. Veinticuatro horas está con él, cuando recibe orden de retornar nuevamente a Manzanillo. Al poco transcribe una nueva carta de Luis, fechada el 8 de abril de 1896, en la que le anuncia que ya está curado y que se va destinado a Pinar del Río (p. 166).

---

<sup>14</sup> La acción de “M...” es la de Managuaco, también conocida como el combate de Ventas de Casanova. Sucedió el 28 de diciembre de 1895. Burguete lideraba una sección de treinta y seis tiradores en la extrema vanguardia de una columna y tuvo que hacer frente al ataque de unos doscientos soldados cubanos. Su comportamiento le hizo valedor de la Cruz Laureada de San Fernando, otorgada en marzo del 97, y el ascenso a capitán en mayo del 96, detalle este último que Burguete omite en su diario y al que volveremos más adelante. Los periódicos de la época se hicieron eco de la acción. Hemos encontrado ejemplos en *El Imparcial*, 2-1-96 y *La Vanguardia*, 30-2-1896. En una relación de hechos de guerra de Burguete incluida en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 25-9-1913, tomo III, pp. 801-802, n° 213, también se encuentra un relato del combate. Asimismo, la extensión con que Revertér Delmas (1897: 345-353), ya en el año 97, trata este hecho da una idea del interés que debió de suscitar, más en lo que tuvo de revulsivo bélico-patriótico que en su operatividad estratégica.

Cuarta parte (pp. 166-185). El hecho de demarcar aquí una cuarta parte no solo obedece a que el autor señala un lugar y una fecha concretos, Manzanillo, 20 de abril; a partir de este punto el diario mantiene la relativa regularidad formal y temática con que se venía desarrollando hasta el comienzo de la tercera parte. Resulta llamativo en estas páginas el desarrollo a modo de historia intercalada de una breve fantasía romántica producto de los ensueños de Burguete. Esta narra las aventuras y desventuras de dos guajiros enamorados que se echan al monte (pp. 167-170) y la retoma poco más adelante (pp. 181-184). Tiene nuestro protagonista breves momentos de debilidad, «esta guerra amenaza no acabar nunca» (p. 172); nos relata las operaciones en las que participa en una expedición de Manzanillo a Cauto, sin embargo, ya no se refleja la impetuosidad de las páginas anteriores, ya no vuelve a ansiar entrar en combate, o no lo manifiesta; finalmente entran en Cauto, donde recibe la triste noticia de la muerte de su hermano Luis en un combate en Pinar del Río (p. 185). Supone el comienzo del cierre de la secuencia mayor del relato<sup>15</sup>.

La quinta parte (pp. 187-204) ya la escribe abordo del *Colón* de vuelta a España. Nos narra su visita a la tumba de su hermano junto con su otro hermano, Manolo. Posteriormente inserta algunas reflexiones sobre la guerra, sobre todo acerca de sus implicaciones económicas y antropológicas, y se detiene en describir crudamente el pasaje militar que retorna, momento que recuerda por su contraste con el viaje que poco más de un año antes realizó en sentido contrario. Realza esto el proceso de degradación padecido por Ricardo Burguete, si bien, si nos atenemos al diario, asume con absoluta entereza. La llegada a La Coruña marca el fin del relato: «Coruña, 4 Junio 96».

Respecto a los personajes que aparecen en la obra, su función actancial no suele adquirir mucha importancia, rara vez suponen para la narración algo más que ser las figuras propias de un escenario, comparsas desdibujadas cuya vinculación con el protagonista por lo general no va más allá de ser objeto de su curiosidad o de tener algún trato ocasional y sin importancia. Carece la obra casi por completo de nombres propios; sus superiores y sus compañeros son designados mediante su rango, imprecisos nombres comunes o la inicial del

---

<sup>15</sup> Gracias al *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 25-9-1913, tomo III, pp. 801-802, nº 213, sabemos que durante este mes de mayo Burguete obtiene el grado de capitán.

nombre: su antiguo compañero «B...», «el teniente A...». Algunos de los personajes que adquieren más relieve son su compañero «B...», al que describe como jovial y animoso y que es precisamente el instigador de las aventuras acaecidas en Las Palmas, si bien apenas se hablará más delante de él y desaparecerá por completo de la narración tras el viaje de ida; el práctico Olivera, hombre cuya labor es necesaria para guiar las marchas de las columnas españolas en tierras cubanas, aunque adquiere más relevancia por protagonizar uno de los pocos momentos en los que Burguete-narrador cede su voz, al insertar en boca de Olivera una breve narración intercalada acerca de la guerra del 68; asimismo Olivera es el padre de dos muchachas cuya sensualidad acaba siendo por una noche el centro de las `pesadillas` de Burguete. Otros personajes menos importantes son el capitán del *Alfonso XII*, cuya mirada severa resalta el carácter hasta cierto punto inconsciente de Ricardo y su amigo «B...» al retornar al barco de su aventura en Las Palmas en el último momento; el sobrecargo, cuya repentina locura sorprende a Burguete; el marinero vizcaíno con quien mantiene alguna breve conversación y al que hace hablar sin conjugar algunos infinitivos; la sevillana y sus dos hijas que amenizan con sus bailes las noches en el barco; el cura que va a formar parte de ejército español y a quien indignan unos versos –no transcritos– que Burguete escribe con motivo de la velada benéfica en el barco; el soldado gallego a quien salva de ser tragado por una ciénaga, etc. No obstante, estos personajes apenas actúan, sus acciones rara vez se muestran sino que nos las cuenta Burguete de forma sumarial. Un personaje que sí adquiere mucha importancia en la obra es Luis. Este conlleva implicaciones en todos los niveles del análisis narrativo: morfosintácticamente, Luis propicia la inserción de epístolas, lo que deriva en un cambio de la focalización y una ruptura de la continuidad del relato; al mismo tiempo la presencia de Luis es la que motiva el viaje que realiza Ricardo de Manzanillo a La Habana con el objeto de visitarlo y, probablemente, su muerte sea en parte la causa de su partida de vuelta a España<sup>16</sup>. Lo que es seguro es que el fallecimiento de Luis lleva consigo el cierre del hilo argumental, si se le puede llamar así; podemos afirmar que supone el remate del

---

<sup>16</sup> Si bien esto no lo sabemos con certeza, la estructura del relato parece sugerir cierta causalidad, o al menos así puede percibirlo el lector. Se trata de otro ejemplo más de cómo se relativiza el valor referencial del diario en favor de unos posibles valores estéticos, independientemente de que esto se haga o no de manera consciente.

proceso de degradación sufrido por el protagonista desde que pisó tierras cubanas algo más de un año antes. También pueden verse algunas connotaciones de índole semántica y pragmática en esta figura, como el hecho de que represente la muerte de tantos familiares españoles que fueron a las lejanas tierras de las colonias a dejar su vida, o la propia idea de patriotismo en aquel contexto colonial, como veremos más adelante. En este último sentido, a pesar de que esta pérdida reafirma en Ricardo la culminación de su proceso de degradación, hay que decir que este en ningún momento culpa de la misma a nadie ni a nada, ni al gobierno ni a las políticas coloniales, ni tan siquiera a los anhelos independentistas del pueblo cubano; no se cuestiona la necesidad o no de la guerra en Cuba, de la defensa de la colonia; Ricardo Burguete en este aspecto asume la muerte de su hermano con la entereza y el convencimiento del militar que sabe inútil buscar la perfecta lógica de las circunstancias.

Si queremos buscar aquí un personaje antagonista, este sería el enemigo, el ejército cubano como colectivo, el obstáculo que impide a Ricardo Burguete y a sus compañeros obtener el triunfo. No obstante, las pocas referencias al mismo y su tímida e indirecta caracterización nos impiden reducir la estructura de la narración a un conflicto entre protagonista y antagonista. Más adelante retomaremos la figura del enemigo desde un punto de vista semántico.

Casi la misma imprecisión nominal sufren los elementos del tiempo y del espacio. Las únicas fechas concretas que indica Burguete son el 14 de junio de 1895, que marca el fin de la primera parte de la obra; el 15 de marzo de 1896, que señala su salida del hospital y el reinicio de su diario; el 20 de abril, momento en que retorna a sus operaciones en Manzanillo; y el 4 de junio, día de su llegada a España. Las otras fechas que aparecen en la obra son aquellas señaladas en las cartas transcritas de sus hermanos. Aparte de estas fechas no son muchos los elementos con valor deíctico que ayuden a contextualizar temporalmente y de forma precisa la historia narrada.

Solo unos pocos datos dados con cuentagotas nos permiten ir acotando la historia. No indica cuándo parte del puerto de Cádiz rumbo a Cuba. La única referencia temporal la enuncia Burguete más adelante, al informarnos de que los soldados que van en el pasaje son consecuencia de un sorteo efectuado en abril. Tras su llegada a Puerto Rico, abordó del *Méjico* se entera de que Maceo y Lacret han desembarcado en la isla no hace mucho tiempo y que unas declaraciones

recientes de Martínez Campos, al cual suponemos en la isla, ponen fin a la pacificación en seis meses<sup>17</sup>. Más adelante nos sirven de ayuda las fechas de las cartas insertas de sus hermanos y la mención a la acción de Managuaco –cuyo nombre omite–, la alusión a la muerte del oficial Lolo Benítez, la referencia a la marcha de las fuerzas cubanas hacia Pinar del Río y la muerte de su hermano Luis poco antes de su marcha. Se trata no obstante, por lo general, de datos de los que solo el lector instruido podría apurar alguna información contextual, y que solo en pequeño grado servirían para reducir la imprecisión temporal de la narración. Por otro lado, respecto al día a día Burguete suele precisar en qué momento de la jornada se encuentra –mañana, tarde, noche–, aunque tampoco podemos buscar aquí una regularidad. En cuanto al proceso de escritura, gusta en ocasiones de indicarnos el momento, habitualmente al atardecer o de noche, y el lugar en que lo realiza, a veces en penosas condiciones.

A lo largo de la narración se ofrecen tres espacios eminentes: el barco, la villa y la manigua. El barco supone el viaje –de ida, de vuelta o insular–, la villa es el ínterin, el espacio intermedio que sirve de escala o de llegada del viaje, de punto de partida de las operaciones o de escala de las mismas, y la manigua es el lugar en donde la acción bélica se manifiesta, el espacio central en torno al cual orbitan las acciones desarrolladas en los otros dos. Ricardo Burguete nos informa de las ciudades por donde pasa: Cádiz, Las Palmas, Puerto Rico, Santiago, Manzanillo. El caso de esta última cobra especial relevancia puesto que, hasta cierto punto, simboliza el comienzo del proceso de degradación y llega a motivar en parte su salida de operaciones con tal de alejarse de su ambiente insano. Cuando está de operaciones, en cambio, la narración carece de información precisa sobre el contexto. Él mismo se justifica: «Me será imposible tomar nota ni guardar en la memoria los nombres de los innumerables parajes que cruzamos en

---

<sup>17</sup> No tenemos referencia exacta del año en que transcurre la historia hasta que termina la primera parte de la obra, el 14 de junio de 1895, aunque es fácil suponer que las alusiones a Campos y Maceo sirvieran al lector de la época para situar la acción en los meses previos al verano del 95. La arribada de Maceo a Cuba es en abril (el día 1). Resulta llamativa esta declaración de Martínez Campos, que llega a la isla el 15 de abril, habida cuenta del pesimismo que demostró durante los meses que detentó el cargo de capitán general; pronto se dio cuenta de que la guerra no era solo contra el ejército independentista, también debían combatir contra una gran parte de la sociedad que lo apoyaba (Moreno Friginals, 1995: 276). Sabemos por el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 25-9-1913, tomo III, pp. 801-802, nº 213 que Burguete fue destinado en principio a Puerto Rico, hacia donde embarca en el mes de abril, y que allí logra el traslado al Batallón de Cazadores de Colón que opera en Cuba. Esta indefinición espaciotemporal será una constante a lo largo del relato.

la marcha» (p. 74). Su participación se circunscribe al departamento oriental de la isla, en la región que va de Manzanillo a Bayamo. En ocasiones sí consigna algunos nombres menores como Blanquizar, Veguitas, Cauto, aunque por lo general elude mencionar el nombre específico de las tierras por las que pasa, incluso de aquellas en las que se dan combates notables, caso de la acción llamada de «M...». ¿El motivo de estas imprecisiones inexplicables por la precipitación o el desconocimiento? Deducimos que se trata de un rasgo de humildad que, tal vez sin quererlo, ayuda a dar preeminencia a los valores literarios del diario en detrimento de sus valores referenciales.

El espacio en que se mueve Burguete le maravilla; la exuberancia de la naturaleza motiva en él descripciones líricas que tratan de reflejar su magnificencia, pero al mismo tiempo se muestra como un lugar opresivo y amenazante que resulta ser un duro obstáculo a franquear. A ello se le suma el clima, las lluvias torrenciales o el sol abrasador. En cuanto sale de operaciones, la naturaleza y el clima, por lo general, son elementos que contribuyen al proceso de degradación de Burguete, si bien su progresivo conocimiento de los mismos y su capacidad para sobreponerse a las dificultades hacen que se conviertan en los obstáculos propios de todo relato de aprendizaje cuya superación supone un premio para el protagonista. Como decíamos, se puede interpretar la narración como el discurrir de dos procesos paralelos, de mejora y de degradación, y a ambos contribuye de un modo u otro el espacio geográfico en que se mueve.

### *1.3.3 El narrador-personaje.*

#### *1.3.3.1. La focalización*

El modo en que el autor nos cuenta la historia se apoya en la focalización interna fija propia de las narraciones autodiegéticas, en este caso a través de la visión del narrador-personaje fundamentalmente. A la inmediatez propia de la naturaleza diarística con que se narran los hechos se le suma el quehacer narrativo de Burguete para poner en evidencia la identidad entre el narrador y el personaje principal, al darse en muchas ocasiones, como veremos, una focalización que parte del personaje para acabar manifestándose el punto de vista del segundo. Debido a la inmediatez del proceso de escritura frente a lo vivido, el autor-

narrador rara vez demuestra unos conocimientos mayores de los que le suponemos al personaje, la historia se va reconstruyendo mediante la mirada del narrador en tanto que personaje, y en consecuencia el objetivo del relato, las vivencias, impresiones y reflexiones que se presuponen en el “diario de un testigo” de la guerra, se patentizan dando esa sensación de inmediatez requerida, de escritura espontánea *in situ* hecha en el fragor del conflicto. Este aspecto se manifiesta con especial claridad en algunas partes en las que se transmite la mirada del personaje en ese pasado inmediato mediante usos impresionistas del lenguaje. Es común en estos casos el uso del presente verbal. Unas veces nos muestra sus impresiones acerca de situaciones o personas: «me pareció por un momento notar cierta inteligencia entre las guiñadas del faro y las afirmaciones mudas del marinero» (p. 34), «me choca el aspecto de ellos» (p. 63); otras veces nos describe la magnificencia de la naturaleza tratando de acercar la vivencia al presente de la escritura, «dejamos a derecha e izquierda paisajes hermosísimos» (p. 82), o la miseria de un poblado, «¡Miserable Cauto! Su vista me produce penosa impresión». El uso de los verbos de sentido “parecer”, “chocar”, “producir”, insertos en la secuencialidad de la historia denota un intencionado quehacer narrativo en el que se prima la inmediatez de la vivencia y la impresión pura del protagonista, antes que la valoración o recreación *a posteriori*. Incluso cuando se realiza una reflexión de índole general, buscarse integrarse esta en el devenir de los hechos a través del presente y justificándose mediante la visión de algo evocador; la persecución de un grupo de delfines a un banco de peces, por ejemplo, suscita los pensamientos del personaje: «Hago mentalmente consideraciones sobre la guerra» (p. 110). Este aspecto se explicará más en detalle cuando tratemos las pausas narrativas.

En otras ocasiones parte la focalización desde su condición de narrador, ya no es la impresión inmediata vivida por el personaje la que se nos intenta transmitir, sino el sentimiento posterior del mismo en tanto que narrador; podemos hablar aquí de una simultaneidad entre lo vivido y el presente de la enunciación, aspecto al que contribuye el dominio absoluto de la forma verbal en presente: «siento por él una viva impresión de pena. Recuerdo que los primeros días solíamos hablar al cruzarnos en cubierta» (p. 39); otras veces el narrador usa la escritura para encontrar la lógica de una impresión vivida poco antes: «Nada hay tan sujeto a error como la percepción humana. Me arrepiento de mis primeros

juicios. ¡Manzanillo me parece una morada deliciosa!» (p. 120); a menudo, una primera impresión vivida desde el personaje y focalizada desde el mismo en el relato, pervive en el ánimo del narrador en forma de indignación y así se manifiesta en el presente de la enunciación: «¡Aquí la gente tiene que morir indefectiblemente de asco! No es posible aclimatar ni aun cerdos entre tanta basura» (p. 130).

Este aspecto, el hecho de que ocasionalmente la focalización se desplace del personaje al narrador, si bien en una narración en la que mediara una distancia temporal más grande entre el proceso de escritura y la historia contada podría conllevar una ruptura del ritmo narrativo o una merma de la fluidez del relato y una clara marca diferenciadora entre narrador y personaje, aquí al contrario, debido a esa proximidad logra hibridar aún más el pasado y el presente, el personaje y el narrador en un solo momento protagonizado por un solo individuo.

#### 1.3.3.2. La persona gramatical

El carácter testimonial y la búsqueda de verosimilitud de los escritos autobiográficos de índole militar hace que la mayoría de las autobiografías soldadescas, las relaciones militares, los diarios de campaña, etc. sean dominados por un *yo* protagonista encarnado gramaticalmente en la primera persona de singular. Sin embargo, en ocasiones los autores de estos relatos se someten a una pretensión que va más allá de dejar constancia de lo vivido para tratar de consignar de forma más o menos objetiva los hechos vistos o conocidos. Es entonces cuando el relato se acerca más a la Historia, y el *yo* cede su protagonismo al *él* o al *ellos*, a veces al *nosotros*. El caso del diario de Burguete, como se deduce, es de los primeros. En lógica coherencia con la naturaleza experiencial del contenido de su diario, la primera persona de singular predomina en toda la obra. Podemos entonces encontrar a Burguete protagonizando todo tipo de situaciones pronominalizadas en primera persona. Asimismo, Burguete no disimula el proceso de escritura, momento en el cual a través de los verbos utilizados se deja patente la simultaneidad comentada entre el presente de la enunciación y la historia vivida, y haciendo que el proceso de escritura forme parte de la acción narrativa, de la misma historia; este no deja de ser una acción, verbal en este caso, protagonizada desde el presente de la enunciación por el



personaje en tanto que narrador. Así, también nos encontramos con enunciados que hacen alusión a ese proceso: «confieso» (p. 9), «tengo poco que contar» (p. 18), «ya dije que todo aquí adquiriría una monotonía desesperante» (p. 35), «consigno mis impresiones antes de que se desvirtúe» (p. 91), etc.

También podemos encontrar abundantes usos de la primera persona de plural. En estos casos, Burguete o bien narra alguna aventura en compañía de alguien (caso de la vivida en Gran Canaria con su amigo), o por lo general suele hacer referencia al colectivo militar al que pertenece. En ninguno de los ejemplos se puede buscar en el uso de esta pronominalización intencionalidad retórica alguna: «cruzamos un riachuelo cenagoso» (p. 76), «habitados a los ruidos del bosque, empezamos a hablar sin sigilo» (p. 79), «levantamos el campamento» (p. 81), «dejamos a nuestro paso muertos del enemigo» (p. 105). Con todo, aun formando parte de alguna sección militar, el *yo* de Burguete en numerosas ocasiones denota su estatus jerárquico al ponerse al mando de los soldados (pp. 91-95).

#### 1.3.4. *El tiempo del relato*

##### 1.3.4.1. El orden

En líneas generales Ricardo Burguete apoya su historia en el tiempo cronológico. Amén de la alternancia entre el pasado de la historia y el presente de la enunciación que evidencia las características propias de una narración ulterior, solo unas pocas alusiones a un pasado cercano y algún defecto de forma que alude al futuro –¡ya vivido!– de la historia (evidentemente se trata de un error producido en la reescritura a *posteriori*), vienen a interrumpir –o a dar la apariencia de que se interrumpe– la linealidad cronológica.

Respecto a las primeras, encontramos en ciertos momentos algunas miradas retrospectivas efectuadas por el narrador-personaje, sin embargo no se trata aquí de una ruptura de la linealidad cronológica de la historia. Burguete afirma realizar mentalmente, durante una marcha, consideraciones sobre la guerra. Entonces nos dice: «Bruscamente se asoció a mi pensamiento el recuerdo de los delfines: vencían cuando era mayor el vigor; ¡pero cuántas persecuciones habrían de resultarles infructuosas» (p. 111). El recuerdo de los delfines al que se refiere es

una imagen descrita mucho antes (p. 41), cuando el *Alfonso XII* estaba llegando a Puerto Rico, y que le había suscitado también en ese momento semejantes reflexiones sobre la guerra. Más adelante se da una situación parecida, cuando recuerda el jobo bajo el que días antes habían enterrado a dos soldados muertos en combate (p. 95): «Me acordé del jobo. Del jobo solitario que en la desierta llanura extendía sus ramas, semejantes a brazos extendidos, cobijando por última vez, con la triste alegría de sus hojas, el despojo de aquellos dos primeros soldados muertos» (p. 134). Estas miradas al pasado sirven para dotar al texto de cierta trabazón interna que amortigua su fragmentarismo.

De otra índole que sí podemos calificar como analepsis en el nivel de la historia, es la retrospección que se produce cuando permanece con su hermano durante veinticuatro horas en el Hotel de Inglaterra en La Habana. Mediante una elipsis Burguete pasa de estar en Guanajay a escribir desde el Hotel de Inglaterra, y nos indica que está con su hermano Luis, al que describe atacado por las fiebres; al momento pasa a explicarnos cómo se dio su encuentro con Luis en Guanajay y su viaje con él en tren hasta La Habana (pp. 158-161). Similar a esta, y curiosamente también relacionada con su hermano es la breve analepsis que se produce abordo del *Colón*, ya de vuelta a España; en cierto momento nos dice que no puede precisar los días que lleva en el barco (p. 187), sin duda la muerte de su hermano afectó a la regularidad de la escritura del diario, y tras una breve alusión a su aislamiento en el camarote pasa a narrar su viaje al cementerio días antes para visitar la tumba de su hermano (pp. 188-189).

Resulta evidente que una prolepsis en el nivel de la historia que vaya más allá del presente de la enunciación rompe con la lógica narrativa de todo diario. En el caso del relato de Burguete, como ya se apuntaba anteriormente, tenemos varios pasajes de este tipo que evidencian –parece la única explicación posible– un descuido producido en la reescritura parcial del diario, hecha probablemente con el objetivo de adecuarlo a su publicación. Más que auténticas prolepsis en las que la historia se desarrolla en un tiempo futuro son, como en los primeros casos de las retrospecciones comentadas arriba, breves alusiones al futuro. En el primer caso nos encontramos con nuestro protagonista en la cubierta del *Alfonso XII* embargado con la visión del cielo nocturno, el agua removida por las hélices y el humo de la chimenea del barco, entonces nos dice: «sentía invadido mi cuerpo de esa sensación enervadora que luego tantas veces he sentido en las noches

tropicales» (p. 24). Más adelante, tras una de sus primeras marchas por la manigua, nos dice: «Este olor observo más adelante que es el característico de los bosques de Cuba, y de tan intensa fuerza, que acaba por impregnar las ropas sin que logren al cabo de mucho tiempo verse libres de él» (p. 79). Parece claro que para calificar un olor como «característico de los bosques de Cuba» es necesario haber permanecido en ellos más tiempo del que Burguete manifiesta haber estado hasta ese momento. Ciertamente es que cabría entender su “observo” de forma figurada, y que ese mismo día le hubieran informado sobre dicha característica, aunque esta opción parece más forzada.

Con todo, a pesar del fragmentarismo y de las puntuales anacronías que se dan, Burguete mantiene un orden temporal cronológico, muy apto por otro lado para lograr transmitir la paulatina evolución de su personalidad en el transcurso de la guerra.

#### 1.3.4.2. La duración

En cuanto a la categoría temporal de la duración del nivel de la historia se puede afirmar que el relato se construye esencialmente a partir de la narración sumaria y de la elipsis, aunque abundan las pausas narrativas, tanto descriptivas como digresivas, y las escenas, algunas de gran vigor narrativo.

La categoría de la duración temporal se rige por las relaciones entre el tiempo del relato y el tiempo de la historia, el tiempo que cuenta y el tiempo contado, lo que nos ha llevado a definir estas relaciones como cuantitativas, es decir, desde el punto de vista del proceso de escritura se trata de una operación de selección del material narrativo. En nuestro caso, Burguete plantea su diario básicamente como un documento en el que registrar todo aquello que le resulta especialmente novedoso, al tiempo que le sirve para reflejar sus impresiones y expresar los sentimientos e ideas que las nuevas experiencias vividas le suscitan. Ya se ha hablado de la irregularidad con que escribe, a veces pasan varios días en los que no escribe y simplemente realiza un breve resumen de lo acontecido, otras ni siquiera deja constancia de ello, en ocasiones debido a la adversidad de las circunstancias, otras porque, como él mismo nos dice, tiene «poco que contar» (p. 18).

En la primera parte resume la rutina de los días de viaje, de su breve estancia en Puerto Rico apenas nos dice algo más fuera de que tuvo que hacer diligencias para poder partir a Cuba, su estancia en el hospital la ventila en no más de una página; resulta significativo que la narración del viaje de vuelta solo le ocupe diecisiete páginas, frente a las cincuenta del viaje de ida, aspecto que parece reflejar el decaimiento de su estado de ánimo tras todas sus experiencias, en oposición a la animosidad con que vive y narra el primer viaje. Los resúmenes son habituales en el diario de Burguete y propician que la historia avance, evitando detenerse en aspectos intrascendentes: «Los días se suceden con una insipidez y una monotonía desesperante» (p. 20); «Llevo dos días arrastrando una penosísima murria que no sé dónde la he podido recoger. Acaso venga de la monotonía de estas marchas sin incidentes» (p. 98), «Nada de particular anoto desde mi salida de Manzanillo. Parte de la noche discurre en nuestro viaje por el mar, y el resto, hasta el amanecer, en que esperando la marea se amarren las gabarras, lo pasamos en la bocana del río» (p. 121).

Es en la segunda parte de la narración (pp. 60-141), la más extensa, en donde Burguete se detiene más, va más al detalle, y en donde encontramos más escenas narrativas. No es extraño que esta sea la parte en la que Burguete toma contacto directo con la guerra, con la exuberancia de la naturaleza de la manigua y la dureza de la climatología y con sus pintorescos y desastrados compañeros de armas. También nos encontramos sumarios de la historia, pausas y elipsis, pero estos se equilibran gracias a la inserción de escenas narrativas cuyo foco de atención, precisamente, resultan ser las duras marchas y los combates. Sirva como ejemplo de estas escenas el siguiente fragmento, que preferimos transcribir íntegro pese a su extensión para captar los diferentes matices conseguidos:

Por un momento sucede brusco silencio a la infernal gritería de los carreteros.  
Un seco trallazo obliga a volver la cara con violento sobresalto a los distraídos.  
Se destaca la guerrilla y la sección de exploradores a reconocer la linde del bosque. A ellos me agrego, anheloso de terciar de los primeros en el peligro e invadido de súbita emoción.  
La caballería sigue la linde, y yo, dejando el caballo, me interno con la sección de exploradores en la espesura.  
Marchamos con precaución por el sendero que el práctico indica. La tropa lleva los fusiles suspendidos o afianzados en el brazo. Procuramos amortiguar el ruido de las pisadas y se evita el encuentro con las hojarascas y ramas secas, que producen extraño chasquido.  
Nos vemos obligados por la espesura a desfilar de uno a uno; y prosigue la marcha largo rato con silenciosa ansiedad. Bajamos un declive suave y oímos el rumor de aguas corrientes. Cruzamos el arroyo y al salir a una clara del bosque, ruido semejante al de sucesivos saltos sobre las hojas nos detiene.

El práctico nos señala con el dedo una enorme jutía que acaba de encaramarse a una guásima. Poco después hacemos alto en la orilla de un camino que conduce a la sabana. Aquel es el paraje peligroso y allí debemos esperar el paso del convoy.

Se establecen parejas de servicio. Y empezamos a comunicarnos en voz muy baja. Una brisa fresca, impregnada de savia, agita la rumorosa fronda. Un *carpintero* de enorme pico y vuelo tardo hiende los aires como una saeta y entra en el redondo nido abierto en el tronco de una esbelta palmera. Vuelve el silencio a nosotros y se oye distintamente el continuo refregar de las hojas impulsadas por la brisa y el borboteo de las aguas del arroyuelo (pp. 77-79).

Si a esto añadimos las numerosas páginas perdidas del diario, aquellas que envió a sus hermanos y que, por lo que leemos, son una fuente abundante de información sobre sus operaciones, resulta enorme –y comprensible, dada su condición de soldado, desde la que escribe– la diferencia cuantitativa entre estas partes dedicadas a la narración modulada y precisa del conflicto bélico, y aquellas otras de los viajes en barco, del encuentro con su hermano, de su estancia en el hospital, etc. en las que el relato se caracteriza por la concisión y el resumen de los hechos.

El fragmentarismo del diario se manifiesta también en sus numerosas elipsis. En estos casos Burguete omite informaciones que, suponemos, no considera apropiadas para consignar en su diario. Dado el carácter inmediato de la escritura debemos entender que de forma general se trata de omisiones voluntarias, más que de olvidos fortuitos. El autor no narra todos los hechos e impresiones que le suceden a lo largo del día, el relato avanza de forma elíptica, y decide convertir o no en materia narrativa sus experiencias en función de la importancia que adquieren en su trayectoria vital. Es habitual omitir o resumir los momentos rutinarios que se repiten en el tiempo; en el transcurso del viaje en barco o en las marchas por la selva omite mencionar, por lo general, las acciones rutinarias o domésticas como el desayunar, el comer, el aseo, etc., a menos que tengan algo de excepcional, como puede ser la cena de una velada benéfica en el barco, la escasez de comida en la selva. Evita redundar en acciones que se repiten en el tiempo y por ello a veces resume, otras omite días parcial o totalmente, como pueden ser aquellos en los que las marchas se prolongan en el tiempo sin incidentes. Es el caso también de varios viajes que realiza por la isla. Al finalizar las primeras operaciones, por ejemplo, retorna de nuevo a Manzanillo, sin embargo no comenta nada acerca del viaje más que «aproveché las salida de un vapor para Manzanillo con el fin de incorporarme a mi destino» (pp. 119-120). Más adelante viaja desde La Habana, tras la estancia con su hermano, hasta

Manzanillo, lugar donde reanuda el diario (p. 166), sin registrar nada al respecto, ni siquiera hace mención del viaje. Otra elipsis significativa es la realizada al final, cuando en Cauto recibe la noticia de la muerte de su hermano. A continuación (p. 187) lo encontramos abordo del *Colón* rumbo a España tras varios días de navegación; parte de la elipsis de los días que median entre su estancia en Cauto y el momento en que escribe desde el *Colón* es cubierta por un breve resumen, el cual únicamente alude a lo relativo a su visita al cementerio donde descansa su hermano Luis. La elipsis más importante de la obra se produce, como ya se ha comentado, en la tercera parte: «Faltan muchas hojas de mi diario de operaciones. He prometido enviarlas todas a mis hermanos» (p. 142). Es preciso recordar que esta es producto de las circunstancias especiales que vive y no de una decisión premeditada; muy al contrario, sabemos que gran parte de lo escrito no incluido aquí relata algunos de los hechos bélicos más relevantes. Entre el 14 de junio de 1895, fecha en que acaba la primera parte (segunda parte de la estructura interna), y el 20 de abril de 1896, momento en el que se retoma la regularidad del diario, apenas tenemos información sobre esos hechos vividos por Ricardo Burguete, más allá de lo que se puede extraer de las cartas transcritas de sus hermanos y algunos pasajes escritos por el autor, como su estancia con su hermano en el Hotel de Inglaterra en La Habana<sup>18</sup>.

En cuanto a las pausas narrativas, los pasajes en los que el autor-narrador detiene el discurso puramente narrativo, la acción, para realizar digresiones valorativas, reflexiones morales o filosóficas, para manifestar sus impresiones o describir el entorno físico y humano, se apuntaba arriba que son numerosas aunque sin llegar a obstaculizar la fluidez rítmica del relato. Encontramos aquí tres tipos básicos de pausas narrativas: aquellas que suponen una reflexión razonada sobre algún tema, las que pretenden hacer manifiesto un sentimiento, una emoción o una impresión del protagonista, y aquellas que contextualizan la acción a través de descripciones.

Burguete reflexiona sobre diferentes aspectos vinculados con la guerra y la naturaleza del ser humano. A veces la reflexión es suscitada en el pasado de la

---

<sup>18</sup> Por el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 25-9-1913, tomo III, pp. 801-802, n° 213, podemos saber que en estos meses participó, entre otros combates, en el de lomas de San José de Aguarach, el 16 de julio; Corojo, el 24 de septiembre; Arroyo Blanco, el 14 de noviembre; y Hoyo Pipa, el 17 de noviembre. Por su comportamiento en este último obtiene la Cruz Roja de Primera Clase del Mérito Militar.

historia por la visión de algo; ya mencionamos el ejemplo del grupo de delfines tras un banco de peces, lo que le sirve para introducirnos en sus pensamientos acerca de la guerra:

En aquella despiadada cacería vi palpar el mismo problema, la necesidad idéntica que conducía en el barco a aquella expedición de hombres a través de los mares. [...] Pensé que la civilización a través de la historia solo había servido para dulcificar el nombre de las causas y ennoblecer los pretextos. Pero, en esencia, las guerras originábalas en la actualidad el mismo instinto brutal de las sociedades primitivas: la ley suprema de la fuerza; uno de los más poderosos agentes creadores convertido en elemento de destrucción (pp. 41-42).

La guerra es un tema de reflexión constante:

En marcha, y después de establecer el servicio de seguridad, hago mentalmente consideraciones sobre la guerra. [...] En esta guerra, como en todas aquellas en las que el enemigo busca como escudo y aliado poderoso el terreno, hay que vencer a los dos. Al primero con la superioridad de armas, de fuerzas o de bravura; y al segundo con el dominio absoluto de él, porque el terreno se entrega siempre al que con más energías le posee (p. 110).

Llama la atención la descripción metafórica que en determinado momento realiza de los viejos árboles absorbidos por la maleza, para expresar su opinión sobre los políticos:

Sobre añosos y empobrecidos troncos amenazados de muerte asientan, viviendo de la savia del que los sustenta, plantas verdaderos congresos de parásitos, diputados de una esplendorosa lozanía robada.

Los soldados arrancan al pasar algunas de ellas para beber el agua que guardan en su interior. Y en esto aventajan aquellas plantas parasitarias a los huecos e injugosos parásitos políticos (p. 84).

Otro tipo de pausa es aquella en la que Burguete nos transmite sus impresiones, sus sensaciones o sus sentimientos. Al comienzo, lo vemos afectado por la tristeza de la partida:

Sumido en la amargura de mis recuerdos de despido, sufría cruelmente y en vano intenté que el sueño cerrase mis ojos. ¡Qué poderoso ácido disolvente del sueño son los recuerdos en horas de desventura! Sentí de pronto necesidad de aire, de luz, de distracciones que llamasen la atención de mis sentidos (pp. 11-12).

La misma necesidad de espacios abiertos y de acción siente más adelante: «Aborrezco a Manzanillo, cuyo letal y nauseabundo aliento acaba por parecerme más aterrador que el del árbol venenoso de quien toma nombre. Anhele salir al campo y recorrer vastas extensiones saturadas de oxígeno y de brisa» (p. 67).

Algunas emociones suscitadas por las circunstancias bélicas también son expresadas explícitamente: «¡Miserable Cauto! Su vista me produce penosa impresión» (p. 129), «¡Aquí la gente tiene que morir indefectiblemente de asco! No es posible aclimatar ni aun cerdos entre tanta basura» (p. 130).

En cuanto a las descripciones del entorno, estas se caracterizan por alternar un lenguaje que va de la riqueza ornamental de un barroquismo modernista que busca reflejar la exuberancia de la naturaleza, a la crudeza explícita de raigambre naturalista que muestra la violencia de la guerra:

Salimos a un potrero extenso cubierto de una hierba color esmeralda, que riza y peina el viento formando caprichosas aguas. En el fondo un espeso palmar alza con ufana gallardía el profuso ramillete de sus desmayadas palmas, rematado por multitud de airosas y puntiagudas flechas semejantes a pararrayos. Destácase todo él sobre sangrienta y rojiza franja celeste que el sol traza al ocultarse. (pp. 84-85)

Otro ejemplo:

La naturaleza vegetal deja que el mangle duerma, al amparo del légamo celoso, su virginidad inquebrantable, y a poco surge esplendorosa en ambas márgenes del río, en cuyas aguas refresca los nacientes retoños de su fecundidad desbordante o la abrasada sed de su potente lujuria (p. 122).

No obstante, la naturaleza no siempre resulta benigna, y el exotismo lírico de sus bondades alterna con la adjetivación rotunda: «La selva abríase gigantesca a los dos lados del camino, y este, por lo encharcado y viscoso, parecía una larga albufera. [...] Del terreno subía un insoportable olor de alberca removida» (pp. 111-112).

Asimismo, no elude en absoluto aproximarnos el horror del conflicto bélico en pasajes en los que destaca lo más desagradable:

Creo asistir a un cortejo de moribundos. En todos los semblantes la demacración exagerada, un tinte verdoso que no es bastante a disimular el tono bronceado de la piel ennegrecida al sol [...] En casi todos el pantalón arremangado tiene el color uniforme del barro que forma costras en las desnudas piernas, salpicadas en la generalidad de úlceras o de arañazos (p 69).

En su retorno a España, los repatriados abordo del *Colón* protagonizan escenas decadentes que revelan la cruda impronta que la guerra ha dejado en ellos:

Las bodegas de popa y proa vienen atestadas de soldados enfermos y heridos. La guerra devuelve su sobrante: palúdicos, disintéricos, tuberculosos, amputados [...]. Desde la toldilla, veo



ascender por las escalas, tapujados en mantas, a pesar del calor, y dando muestras de fatiga, cuerpos extenuados, manos y pies color de cera y semblantes descompuestos con la horrible lividez de la muerte (pp. 194-195).

De tono más moderado son las descripciones de algunas poblaciones, en las que el narrador demuestra su gusto por el cuadro costumbrista y pintoresco, caso de la descripción de Las Palmas:

Por la izquierda el mar muere a trozos al pie de las traviesas de la vía. A una barriada de casas pobres, de una sola planta, construidas con madera, pintadas con frescos tonos de blanco y verde, sucede una elegante hilera de chalets y de *villages* rodeada de diminutos parques y jardines, engalanados con todos los vistosos colores de la vegetación africana. [...] Corto espacio después atravesamos un platanar por entre la fila más ancha de sus rectas calles, y al final de ellas surgieron los arrabales de la ciudad, que más lejos bajaba en apretada hilera de casas blancas a mojar sus pies en el Océano (pp. 26-28).

También se para Burguete a describir los tipos humanos; son por lo general descripciones colectivas que realzan los aspectos más llamativos de la apariencia y del carácter: las mujeres canarias «vestidas muchas de ellas con faldas impudicamente cortas que mostraban al desnudo pies y piernas, y llevando la cabeza cubierta con un blanco velo de encaje» (p. 28), las inglesitas residentes en la isla de «diminutas caras de muñecas rígidas e inmóviles, bajo la maraña de sus cabellos semejantes a flecos de mazorca, coquetonamente aprisionados bajo el *canotier*, frías y severas con toda la severidad que da a sus ojos inmóviles el rígido matiz de sus pupilas de porcelana azulada» (p. 27), la sensualidad de las guajiras (pp. 101, 135); los chiquillos canarios «embadurnados y cobrizos, desnudos y cubierta la cabeza con extraños capacetes y retazos de sombreros» (p. 28), las muchachas y los muchachos cubanos cuyos cuerpos «dan al espacio, cuando las moscas o las manos los dejan libres, los atributos del sexo con una ingenua impudicia encantadora» (p. 54); los hombres canarios «de semblante atezado y bonachón» (p. 28), los guajiros que «tienen aspecto de arcabuceros» (p. 65), y los señoritos «blancos como palomas, bajo sus trajes primorosamente planchados [...] rehuendo con diminutos saltos, manchar sus zapatitos de charol» (p. 65).

Encontramos también breves pausas narrativas con motivo de las descripciones de las labores marineras, de los esfuerzos de los carreteros en las marchas por las tierras cubanas, de los bohíos, de las riberas del río Cauto, de los despojos de la guerra en torno a la vía del ferrocarril, etc.

#### 1.3.4.3. La frecuencia

En los diarios es bastante habitual que la frecuencia temporal de la narración constituya un relato eminentemente singulativo, y el de Burguete no es una excepción. Tal aspecto se patentiza en los numerosos pasajes que ofrecen escenas narrativas y sumarios que remiten a hechos más o menos singulares. El relato repetitivo resulta aquí poco relevante, sin embargo, adquiere mucha importancia la narración iterativa, cuyas implicaciones interesa comentar.

El análisis de esta categoría temporal pone en evidencia algunas de las premisas que apuntábamos anteriormente: la irregularidad en el proceso de escritura por un lado, y por otro la pretensión de Burguete por construir un relato de hechos relevantes y novedosos basado en una concisión que busca subrayar la singularidad de su vivencia. Así, cuando los hechos se repiten en el tiempo suele concentrarlos en un relato iterativo en lugar de narrarlos diariamente. Estos pasajes logran, además dar continuidad al relato, reducir su fragmentarismo y consolidar cierta estabilidad en la trayectoria vital del protagonista.

Ya al comienzo, renuncia a registrar en su diario todo lo que acaece abordo del *Alfonso XII*, la rutina se apodera del viaje:

Los días se suceden con una insipidez y una monotonía desesperante. Nada nuevo llama la atención de los sentidos y la imaginación duerme la modorra de los recuerdos. El mismo cielo e idéntico mar. Las horas reglamentadas para ejecutar invariablemente los mismos actos. Las mismas faenas practicadas a diario. Hasta los pasajeros, en medio de la monotonía ambiente, se han impuesto idénticos hábitos: los jugadores abren su partida en el saloncillo de fumar a las mismas horas: las jugadas se repiten y las frases son idénticas a la del día anterior. (p. 20)

Lógicamente, cuando está de expedición en la selva las acciones se repiten. En cierto momento, para describir las labores de los carreteros y dejar constancia de que son sus operaciones habituales, también recurre al relato iterativo:

Corren alternativamente de la pareja de punta a la de varas; acuden y llaman por sus nombres a cada uno de los bueyes; se sumergen en el barro; cruzan de una a otra orilla; se encorvan para azuzar rabiosos; se alzan sobre las carretas para castigar con los enormes fuetes a las parejas que se desvían (p. 75).

En las marchas en persecución del enemigo, parece ser habitual que este recurra a artimañas para escapar del ejército español:

En venganza nos mete por los mayores vericuetos y nos sumerge por todos los charcos y ríos que le vienen a mano. Cuando encuentra el camino penosísimo no se conforma con que lo recorramos una vez; borra de propio intento el rastro en el bosque y nos obliga a contramarchar (p 87).

Pero no solo utiliza Burguete el relato iterativo para dejar constancia de forma concentrada de aquellos hechos que se repiten en el tiempo. También le sirve para manifestar cómo estos han afectado a su estado de ánimo, para expresar su cansancio, lo que pone de relieve el proceso de degradación sufrido:

Llevamos sin descansar las operaciones y esta guerra amenaza no acabar nunca. Desde hace un año estamos haciendo idénticas marchas, idénticas maniobras. Los sucesos se repiten con insulsez fatigosa. Casi no tengo nada que anotar en el diario (p. 172).

#### **1.4. Análisis semántico**

El diario de Ricardo Burguete se propone como un ejercicio (re)constructivo de su propia personalidad dentro del marco excepcional de la guerra de Cuba. Resulta evidente que es su participación en ese acontecimiento histórico lo que justifica la narración, pero no es menos evidente que este adquiere importancia en el relato en tanto que Burguete participa en el mismo; en definitiva, la visión subjetiva adoptada nos informa sobre el sujeto focalizador, aquel que vive y percibe los hechos, tanto o más que sobre lo focalizado.

Desde el primer momento el *yo* del autor se antepone al *nosotros* del colectivo al que pertenece; la omisión de nombres propios –personales o toponímicos– y la despreocupación por la datación de la escritura o por el registro temporal detallado de los acontecimientos son aspectos que van llevando ese *yo* al primer plano del relato, adquiriendo un absoluto protagonismo tanto por los hechos protagonizados como por las impresiones, valoraciones y reflexiones que nos transmite. No se limita a mostrarnos únicamente aquellos aspectos más renombrables de su vida pública como militar –ya se ha visto que algunos de ellos son omitidos voluntariamente–; su fuero interno, ideológico y sentimental, también tiene una fuerte presencia en el relato. Es cierto que la evolución de su personalidad a lo largo del diario y que el proceso de degradación sufrido se manifiestan tímidamente, aspecto que podemos ver, por otro lado, como un indicio de su personalidad, pero se pueden encontrar detalles como son la merma de su ímpetu inicial, algunos pasajes que muestran su hastío y la reflexión final,

ya de vuelta a casa, en la que se lamenta de los costes económicos y humanos de la guerra. Recordemos que pasa de decir: «para diciembre estamos, de fijo, en nuestras casas» (p. 45), a «esta guerra amenaza no acabar nunca» (p. 172), cerca de un año después. La individualidad de Burguete es manifiesta, y esto adquiere especial relevancia si tenemos en cuenta la poca estima que se ha tenido tradicionalmente a este aspecto del ser humano dentro de un colectivo como el militar. Hay que decir, sin embargo, que de ningún modo los atributos que conocemos de su personalidad entran en conflicto ideológico con los que se suponen propios de este estamento. Al contrario, Burguete en todo momento se muestra valiente, en ocasiones impetuoso, resolutivo, sufridor y obediente, plenamente integrado en la jerarquía del ejército. Incluso cuando formula algunas de sus ideas da pruebas de una viva fe en la función del ejército en la sociedad. En coherencia con esto, en ningún momento se cuestiona su presencia en Cuba y asume su papel con la entereza y la obediencia ejemplares del militar que de ningún modo debe cuestionarse las órdenes de sus superiores. Tal vez se deba a este papel bien asumido la ausencia de críticas a diferentes aspectos de esa realidad social que llenaron, en cambio, las páginas escritas por otros militares españoles como Manuel Corral, Josep Conangla o Ciges Aparicio. En este sentido, retomando las ideas de Weintraub, la personalidad de Burguete se revela en alto grado ejemplar según los modelos de su tiempo. Si bien no se trata de verla reducida a un arquetipo, puesto que se ofrecen detalles que la dotan de cierta profundidad, sí podemos ver que, hasta cierto punto, está creada a partir de las líneas modélicas que impone su realidad social. No tenemos aquí el retrato de un héroe, ni mucho menos; no se redanda en sus virtudes –cierto que tampoco se manifiestan sus defectos–; es la historia iniciática de un joven militar de academia en la guerra colonial, pero también es la historia de un ser humano que pasa hambre, que se enfanga en la manigua, que pone en riesgo su vida y ve morir a sus compañeros y a su hermano. Si tenemos en cuenta que la publicación del diario es en 1902, las connotaciones se amplifican en su dramatismo: el esfuerzo y la lealtad de Ricardo y la muerte de su hermano no han servido para nada. A pesar de todo, la imagen que da de sí mismo es la imagen de muchos jóvenes militares de academia o voluntarios de la época, jóvenes animosos que llegan a una guerra en un territorio lejano, cumplen abnegadamente con sus deberes de patriota y tienen la triste fortuna de ver morir a algún familiar en la contienda. A esto se

añade en el diario de Burguete la sensibilidad de su mirada, su cultura y el impresionismo de un estilo que deja aflorar su lado humano, íntimo por momentos, propio e intransferible. Desde este punto de vista, supone la obra un buen ejemplo de democratización de la literatura autobiográfica; no se trata ya de las memorias de un soldado cuyo propósito es la obtención de mercedes o algún tipo de redención, ni una simple relación de hechos dramáticamente aséptica o un convencional diario de campaña, el escrito de Burguete es otra muestra más de cómo la literatura, en la forma convencional del diario, brinda un nuevo espacio al individuo en su camino hacia el autoconocimiento.

### *La guerra*

El tema de la guerra, en coherencia con el título de la obra, ocupa la mayor parte del diario. No hace Burguete valoraciones directas en términos ideológicos sobre el conflicto de Cuba, sin embargo, reflexiona sobre la guerra entendida de forma genérica en diversos momentos, y siempre incide en el mismo aspecto, la considera un hecho natural, ley de vida que es preciso asumir y para la que hay que estar preparado: «La guerra, la lucha por la existencia, que en el fondo es lo mismo, originada por el desequilibrio de la ley del crecimiento de las especies y el de los alimentos, –como hizo observar Darwin» (p. 41); «La guerra dimana de un eterno principio divino: la ley de lucha por la existencia» (p. 111). Esta idea, férreamente asumida, la vemos también al final del diario en un pasaje que redundante en la incapacidad de los seres humanos para evitar matarse unos a otros: «¡Serían precisos nuevos esfuerzos, nuevos hombres! Lo exigía el problema que siempre habrá de resolver la pobre humanidad, en la misma forma que la más misérrima de las especies. ¡La lucha por la existencia! ¡La guerra, que en el fondo es lo mismo!» (p. 202). A estas consideraciones evolucionistas-deterministas les añade algunas ideas de índole nietzscheana en las que parece oponer a una supuesta nobleza primitiva, la conducta pusilánime de la sociedad moderna dominada por el dinero:

Al imperio de la fuerza puesta al servicio del vigor corporal para someter y esclavizar a sus semejantes, había sucedido el ruin dominio del capital, dueño absoluto de todas las fuentes de vigor y de energía y cruel tirano de los débiles representados por los desheredados (p. 42).

Al final retoma esta idea para desarrollarla en términos económicos. En un pasaje premonitorio de lo que han sido muchas guerras a lo largo del siglo XX y lo que llevamos del XXI, Burguete parece ser consciente de que el conflicto bélico que está viviendo no es una cuestión de orgullo territorial, tal vez ni siquiera crea que sea una defensa del estado o de la patria, es ante todo una cuestión de intereses económicos<sup>19</sup>:

Las guerras seguían siendo en la humanidad las mismas; los pretextos eran diversos. El comercio y la industria floreciente y poderosa bajo la actual civilización, necesitarían cada vez más de la guerra para abrirse nuevos mercados o sostener los actuales. No se contentaba la humanidad con sucumbir sin protesta al capital o a la producción: era preciso crear tarifas, y la guerra de tarifas acabarla a dentelladas (p. 202).

Tal vez sea esta idea de una guerra por el capital la que hace que no haya en el diario de Burguete –de cuyo patriotismo no podemos dudar– referencias significativas a la patria, al contrario de lo que sucede en otras obras, artículos periodísticos o discursos políticos de la época que trataban de adornar con nobles motivos la causa colonial. Sí, en cambio, encuentra nobleza y honor en el oficio militar, una épica de la lucha. Esta mirada desapasionada sobre las causas de la guerra parece ser el motivo por el cual el tratamiento que se le da al enemigo a lo largo del diario es siempre desde el respeto. No encontramos aquí discursos declamatorios de patriotismo mal entendido en los que el insulto al enemigo se pone como prueba de amor a la patria<sup>20</sup>. El enemigo cubano es simplemente eso, el enemigo, sin más connotaciones, y sus atributos son la astucia, el valor, la resistencia, etc. Resulta llamativo que solo en contadas ocasiones se le hace

---

<sup>19</sup> Tal idea no es en absoluto extraña, lo llamativo es que venga expresada por un joven militar que acaba de participar heroicamente en la guerra de Cuba y que en ningún momento se la cuestiona, aspecto que dice mucho de su personalidad. Moreno Friginals (1995) hace hincapié en los motivos económicos que mantuvieron al gobierno español reacio a conceder la independencia: la defensa de los intereses de las élites financiera y azucarera de la metrópoli.

<sup>20</sup> Al contrario de lo que era habitual en la prensa de la época o en la correspondencia de integristas españoles (Loyola Vega, 1999: 21-22), no encontramos en Burguete expresiones despectivas hacia el enemigo o el cubano. Tampoco parece alinearse Burguete con las exaltaciones declamatorias de algunos personajes de la época como el general Salamanca, que tras la paz de Zanjón había gritado en el congreso «¡Maldita sea la paz!» (Calvo Poyato, 1997: 58), el padre Antonio María Claret, en cuya autobiografía daba las gracias a Dios por enviar a Cuba en los años 60 una epidemia de cólera morbo contra los no creyentes (Caballé, 1995: 152), o el padre Cámara, obispo de Salamanca, que en un artículo de abril del 96, criticado duramente por Unamuno, rechazaba de pleno cualquier atisbo de reforma por el diálogo y reivindicaba el uso de las armas en defensa de la fe católica y de España en Cuba (Rodríguez Puértolas, 1999: 289-290).

alusión y jamás, repetimos, desde el odio o el rencor; únicamente trata del mismo para hacer mención de algún comportamiento táctico militar, como el hecho de que queman sus campamentos con el objeto de no dejar nada a sus perseguidores, o que dominan el terreno hasta el punto de hacer andar en balde a los españoles por intrincados vericuetos.

Pero la guerra evidentemente no es solo un hecho, la guerra crea sus propias circunstancias. La falta de alimentación, la carencia de ropa de repuesto, las enfermedades tropicales como el paludismo y la disentería, el desconocimiento del terreno, las lluvias y el sol abrasador de la sabana se convierten en peligrosos enemigos contra los que debe luchar. En este aspecto responde a lo apuntado por la historiografía de las guerras coloniales, y que ya en su momento había sido puesto en la palestra por numerosos autores<sup>21</sup>.

El desarrollo de la guerra, ya se ha visto, aleja a Burguete del ingenuo optimismo con que algunos personajes del momento veían la guerra. Tras un año en tierras cubanas, la deriva que ha tomado el conflicto es poco prometedora:

¡Qué sesgo tan diferente ha tomado la guerra en un año escaso. Recuerdo que en este mismo mes hice mi primera salida. Aquellas columnas de trescientos ó de cuatrocientos hombres serían insuficientes en la actualidad para luchar con los grandes núcleos de insurrección (p. 167).

Respecto a las consecuencias de la reconcentración, medida drástica adoptada por Weyler con el objeto anular el apoyo que desde el campo recibía el ejército cubano, Burguete no se manifiesta directamente al respecto; solo encontramos alguna descripción en la que destaca los oscuros tintes que ha tomado la guerra, aunque parece hacer más hincapié en el espíritu guerrero del cubano que en la miseria a la que ha sido sometido el campesino:

La reconcentración ha recogido del campo los guajiros. El abandono y la soledad son espantosos. Los campos presentan el aspecto desolador impreso por un año de guerra. Pueblos completos han sido incendiados y sólo quedan vestigios de su existencia entre montones de escombros y de maderas carbonizadas. Familias enteras han desertado al campo enemigo. La

---

<sup>21</sup> En el estudio de Baraja Montaña (1979) sobre el seguimiento de la guerra por el *Diario de Cádiz* encontramos bastantes y tempranos ejemplos a este respecto. Resulta interesante el artículo “Cómo se guerrea en Cuba”, del 27 de agosto de 1895, en el que un oficial anónimo destaca algunas de las dificultades de la guerra: vegetación tropical, lluvias, calor, terrenos pantanosos, insectos y enfermedades tropicales entre otras. Ismael Sarmiento y Martha Mosquera (2002), (2003) han estudiado estos aspectos.

guerra ha concedido una expansividad amorosa sin límites. La insurrección lo recoge todo. Todo sirve; todo es combustible para mantener encendido el fuego sagrado de la guerra (p. 167)<sup>22</sup>.

### *La política*

Las referencias que hace Burguete de la política son escasas, y nunca positivas. No habla de la política como concepto sino que centra la atención en sus representantes. Ya en la dedicatoria al duque de Tamames critica la política adoptada por los gobernantes, a los que acusa de renunciar a gloriosas tradiciones, al negarse a permitir que «nobles varones» como el duque dirijan los ejércitos. El gobierno, para Burguete, es quien ha dejado caer en el olvido a los combatientes de la guerra de Santo Domingo (p. 48), y teme que suceda lo mismo en la guerra de Cuba del 95 (p. 203)<sup>23</sup>; se hace eco de este abandono a través de numerosos pasajes en los que pone de relieve la situación lamentable de la tropa y de los repatriados que van en el barco de retorno a España. Su animadversión le lleva a considerar a los políticos –sobrentendemos que al menos a un buen número de ellos– como «parásitos» (p. 84) de los que no se puede sacar algún provecho.

### *El mundo rural cubano*

Burguete no interpreta el mundo rural cubano, pero sí nos ofrece algunas pinceladas del papel que desempeña en la guerra y de lo que esta le supone. Vemos que el conflicto bélico tiene consecuencias dramáticas en algunas poblaciones, caso de la villa de Cauto, lugar en el que están asentados los soldados españoles y cuya miseria e insalubridad es un foco de enfermedades. El campo cubano está salpicado bohíos; unos los encuentran desiertos, con indicios de presencia del ejército cubano (p. 173), con reses a medio desollar (p. 88); a

---

<sup>22</sup> En su diario, Bernabé Boza (1974) corrobora el hecho de que a partir de la reconcentración muchos campesinos prefirieron unirse al ejército cubano en lugar de someterse a las miserables condiciones a las que les empujaban los españoles. De hecho, la reconcentración supuso la muerte por enfermedad o malnutrición de muchas personas, entre ellas, paradójicamente, soldados del ejército español en quienes repercutió la masificación de las ciudades y de los servicios sanitarios (Moreno Fraguinals, 1995: 279).

<sup>23</sup> Esta preocupación se repite en su relato sobre la guerra de Filipinas: «No hay, desde la campaña de Santo Domingo hasta el presente, un solo monumento que conmemore en España el sacrificio de los que sucumbieron en nuestras guerras civiles ó coloniales. Sucederá igual al presente. Los gobiernos que alardean de programas regeneradores, no consignan en los suyos la labor de glorificar en lo sucesivo la memoria de los soldados muertos» (Burguete, 1902b: 337).



veces los guajiros que los habitan les sirven de confidentes –no sabemos si realmente fiables– (p. 76); otras les sirven de descanso tras duras marchas, les brindan agua, café o ron (pp. 100-102, 118-119). No hay por el contrario referencia alguna a saqueos cometidos por el ejército español.

## **1.5. Análisis pragmático**

### *1.5.1. El pacto autobiográfico y la identidad autor-narrador-personaje*

En la portada del libro de Ricardo Burguete ya se manifiesta la intencionalidad del escritor por establecer con sus lectores un pacto autobiográfico. El subtítulo “(diario de un testigo)” y la alusión a su autor, “por Ricardo Burguete del Ejército Español”, dejan bien claro el carácter autobiográfico de las páginas que siguen, máxime si tenemos en cuenta la escasa utilización que se hacía a la altura de 1902 del marbete “diario” o de sus características formales para la creación de un texto autoficticio. Si además tenemos en cuenta el título de la obra *¡La guerra! Cuba*, cuya vigencia era muy patente cuatro años después del Desastre, podemos concluir que con la lectura de la portada el lector coetáneo se situaba en un plano de lectura referencial en la que, en principio, adquiriría un gran valor el verismo de lo que se iba a leer. No obstante, cabe mencionar una serie de aspectos que llevan esta lectura a una dimensión más amplia, no necesariamente limitada a la función referencial del relato; y es que, como hemos visto, Burguete no manifiesta una gran preocupación por registrar los nombres de lugares, y mucho menos los de los diferentes personajes con los que trata, aspecto que contribuiría sin duda a crear en su relato un paralelo más realista de ese contexto histórico; del mismo modo, resulta llamativo que en esta obra no se incida en el carácter veraz de los hechos, en la condición de testigo fiable del autor, en que todo lo que cuenta “lo vio” con sus propios ojos, aspecto recurrente sobre todo en aquellos relatos autobiográficos que dan cuenta de hechos fuera de lo común.

De forma premeditada o no, lo cierto es que parece buscarse en el diario de Burguete un equilibrio entre esa lectura intencionalmente realista, hacia la que se orientan aquellos aspectos que suscitan el pacto autobiográfico: los datos de la portada y la identificación de autor, narrador y personaje gracias al uso de la

primera persona de singular; y una lectura más abierta, de carácter más literario, suscitada por las mencionadas omisiones, amén del buscado estilo literario de muchos pasajes y del protagonismo que adquiere su personalidad.

### *1.5.2. Pragmática de la enunciación*

Bajo el análisis de una pragmática de la enunciación podemos situar el diario de Burguete sin ningún inconveniente dentro de ese corpus de textos que Pozuelo Yvancos denomina híbridos. La narración se sostiene gracias a sus enunciados asertivo-cognoscitivos, verificables si nos propusiéramos rastrear en la documentación histórica almacenada en hemerotecas y archivos militares: viaje del *Alfonso XII*, trayectoria del batallón de Colón, estancia en el hospital, muerte de su hermano, etc.; pero estos enunciados son tamizados por el acto performativo, implícito en la portada del libro en este caso, que formula un “yo atestiguo” que apela a la credulidad del lector. No obstante, volvemos a incidir en lo mismo: los enunciados asertivo-cognoscitivos carecen muchas veces de información precisa fácilmente contrastable, y el acto performativo se manifiesta implícitamente y sin insistencia alguna. Desarrollaremos a continuación lo que de esto se deriva.

### *1.5.3. Producción, comunicación, recepción*

Sin duda, la importancia a nivel nacional que tuvo el Desastre del 98 debió de jugar un papel muy importante en el proceso comunicativo de la obra de Burguete. En 1902, año de su publicación, el autor es una joven promesa militar que ya ha participado en las más importantes guerras coloniales del momento y su comportamiento en algunas de las acciones en las que participó le llevó a aparecer como un héroe en los periódicos españoles, por lo que sabemos que era alguien conocido, tal vez no para el gran público lector, pero sí al menos para aquellos que regularmente se interesaban por el devenir de la guerra y por los combates de los que los periódicos no dejaban de dar cuenta. Las guerras coloniales de fin de siglo fueron el suceso más significativo por el que pasaba España desde hacía mucho tiempo y el interés por las mismas se manifiesta en la cantidad de obras, principalmente de carácter periodístico o histórico, pero también de índole

autobiográfica, que se publicaron desde sus inicios en 1895 hasta unos años después del Desastre<sup>24</sup>. En este contexto, el carácter autobiográfico y la temática bélica de la obra de Burguete no suponen una novedad, sí en cambio la forma en que se plantea el diario. Sabemos, por otro lado, que Burguete no buscaba la privacidad de su escrito y podemos ver cómo el autor a veces se dirige explícitamente a un narratario, Si el hecho de que el escritor y los potenciales lectores de la obra compartan en su momento el singular contexto histórico y sociocultural puede llevarnos a explicar ese desinterés de Burguete por proporcionar más información contextual, al menos nominalmente, no es menos cierto que tal decisión se sale de los cánones tácitamente aceptados por los cultivadores del género autobiográfico de la época; más si cabe en aquellos textos de carácter militar, por lo que aún tenían de dependencia con sus precedentes, las relaciones o memorias de hechos, en donde se registraban casi a modo de inventario hechos, lugares, momentos y protagonistas de los mismos. Siguiendo a May (1982) en su revisión de A. Maurois, creemos que Burguete se ve sometido a tres tipos principales de influencia en el proceso de producción de su diario: olvido, olvido voluntario y pudor. Si bien algunas de las elisiones de Burguete parece que se deban al olvido o, como él mismo nos dice, a la incapacidad para recordar todos aquellos lugares por donde pasa, no creemos que sea aventurado creer que gran parte de ellas sea debida a una suerte de olvido voluntario, a un desinterés, en definitiva, cuyo origen puede ser fundamentalmente estético: dar primacía a la acción y a las impresiones puras de las que se erige en protagonista. Al mismo tiempo no es descartable, en algunos casos –omisión del nombre de la mayor proeza militar que realiza, por ejemplo–, que se trate de un pudor moral que denota una singular modestia, tal vez no manifiesta en la portada mediante anónimo o pseudónimo por motivos comerciales.

Desde este punto de vista, el diario parece querer encontrar un equilibrio a la hora de satisfacer las expectativas de lectura del receptor; de un lado busca cubrir una curiosidad informativa, la del hecho histórico o intrahistórico, el humano deseo de conocer la guerra desde dentro, de verla con los ojos de un participante; de otro, pretende satisfacer también una lectura de carácter literario o

---

<sup>24</sup> La antología de textos sobre el 98 de Rodríguez Puértolas (1999) es un excelente instrumento para hacernos una idea de cuánto y cómo caló en su momento la guerra de Cuba. Caballé (1995) destaca el gran número de textos autobiográficos surgidos de las guerras coloniales.

estético. No solo se separa de los convencionalismos propios del género autobiográfico en lo que atañe a esa relativa ausencia de información contextual, también se mantiene al margen de los textos canónicos en lo que tiene de permeabilidad de las tendencias literarias del momento en su búsqueda de un estilo y de un tono narrativo particulares; hemos podido comprobar cómo se deja ver la influencia del modernismo en las descripciones de la naturaleza, del realismo naturalista en su apreciación de los aspectos desagradables, del realismo de tipo costumbrista en descripciones en las que destaca el carácter pintoresco de determinadas poblaciones o de algunos colectivos humanos.

Si bien el diario de Burguete no parece haber sido una obra de gran popularidad, sí hemos encontrado referencias a su publicación en algún periódico de la época. No resulta extraño comprobar cómo la crítica del momento ya ponía el acento en el carácter literario de la obra y, en cierto modo, en el propósito de satisfacer ese doble horizonte de expectativas lectoras: el referencial y el estético<sup>25</sup>.

#### *1.5.4. Motivaciones de la escritura autobiográfica*

Burguete no manifiesta explícitamente qué le llevó a registrar por escrito sus vivencias, aunque podemos deducir tras el análisis dos motivos principales, atendiendo a los cuatro propuestos por May (1962). Por un lado se revela a lo largo de la obra una intencionalidad puramente testimonial, los hechos vividos por Burguete sin duda debieron parecerle lo suficientemente atractivos no solo para ser escritos, sino también para ser objeto de publicación, aspecto justificado por el interés social que había adquirido la guerra de Cuba; por otro, el solo hecho de escoger la forma textual del diario parece apuntar a una especie de necesidad humana de carácter irracional o sentimental, ese proceso que May denomina «medirse en el tiempo» por el cual el autor deja constancia de su trayectoria vital, en este caso con la motivación añadida de ser partícipe de un hecho histórico e inédito para él, con el objeto de obtener una perspectiva de sí mismo en el tiempo. No podemos eludir aquí la referencia, como afirma May y desarrolla Caballé

---

<sup>25</sup> En *La Época*, 11-10-1902, se alaba su «estilo literario fácil y agradable, que al relatar aquellos sucesos hace que el lector se interese doblemente». En *Pluma y lápiz*, nº 85, 1902, recomiendan el libro «por su estilo fácil y castizo, por lo ameno y curioso de su lectura».

(1995), al poso de narcisismo que subyace en la escritura autobiográfica y, sobre todo, en su publicación. Tal hecho se manifiesta discursivamente en las ocasionales alusiones a un narratario anónimo, aspecto que prueba el propósito de Burguete de ofrecerlo para su lectura.

## **CAPÍTULO IV**

### **1. *MI DIARIO DE LA GUERRA DE BERNABÉ BOZA***

#### **1.1. Vida y obra del autor**

Bernabé Boza nació en la provincia de Camagüey el 11 de abril de 1858 en el seno de una familia acaudalada de ideas independentistas. Tras los levantamientos de 1868 es enviado al extranjero. Su padre muere en esta guerra en defensa de la independencia cubana. Él vuelve a la isla en 1874 y se integra con solo dieciséis años en el ejército cubano. Al finalizar la guerra detenta el rango de sargento primero. Posteriormente vive durante unos años en Estados Unidos y en 1895 regresa a la isla durante los primeros meses de la contienda. Toma parte en esta como jefe de la escolta de Máximo Gómez y más tarde como jefe de su Estado Mayor. En junio de 1898 realiza un viaje a Estados Unidos con el objeto de organizar un envío de pertrechos para el ejército cubano. Tras la guerra se le nombra alcalde de Santa María del Rosario, cargo al que renuncia en 1902 para convertirse en miembro electo de la Cámara de Representantes de la recién instaurada república. En 1906 forma parte de un levantamiento armado cuyo propósito era dificultar el intervencionismo estadounidense en la isla. Posteriormente se hace miembro de la Junta Patriótica, fundada en 1907, para

oponerse al movimiento que apoyaba la anexión con Estados Unidos. Muere el 16 de marzo de 1908 a consecuencia de una peritonitis.

El diario que estudiamos aquí es la única referencia de su obra que hemos encontrado.

## **1.2. *Mi diario de la guerra***

El diario de Boza se enmarca dentro de ese corpus textual constituido por aquellos escritos de urgencia cuyo cometido es el de servir de registro de un tipo de información muy específica fruto de los conflictos bélicos. En este sentido, cumple con las características propias de los diarios de campaña al ser repositorio de un sinnúmero de hechos, datos, movimientos de tropas, nombres de lugares, horarios, etc. La figura de Boza queda relegada al protagonismo que adquiere a lo largo de toda la obra el cuartel general del ejército cubano, dirigido por Máximo Gómez, de cuya escolta es jefe el autor. Sin duda una posición de testigo privilegiado para registrar su trayectoria. Por tanto, si hemos de buscar un protagonista en el devenir de los hechos narrados, este es el personaje colectivo que constituye la cabeza del ejército cubano.

De la inmediatez con que se narran los hechos resulta lo vívido de algunas partes de su narración, así como la tendencia a un estilo discursivo casi telegráfico. El fragmentarismo intrínseco a todo diario repercute en las características del discurso que se convierte en una acumulación de hechos despojada de secuencialidad dramática.

## **1.3. Análisis morfosintáctico**

### *1.3.1. Estructura externa*

La edición que manejamos, de 1974, se apoya en la publicada en 1924. Se compone de dos tomos. En el primero se incluyen las dos primeras partes de la obra. La primera contiene varios preliminares: una dedicatoria a sus compañeros de armas, unas palabras explicativas en las que justifica su escritura, dentro del tópico de la falsa humildad, y afirma la veracidad de los hechos, y una breve

introducción en la que resume algunos hechos de guerra acaecidos hasta el 1 de septiembre de 1895, momento en que da comienzo el diario. Finaliza este el 31 de diciembre de 1895 (p. 71), y a continuación se insertan unas notas de Boza en las que trata sobre diversos temas: personajes de la guerra, estrategias, circulares, etc. La segunda parte comienza con una dedicatoria a Máximo Gómez y un prólogo de este. Posteriormente se desarrolla el diario, que retoma el 1 de enero del 96 y llega hasta el 1 de julio del 96 (p. 266). A continuación, debido al extravío de uno de los cuadernos del diario por Boza, efectúa este un resumen de los hechos sucedidos hasta final de año. El segundo tomo incluye la tercera parte de la obra y desarrolla regularmente el diario, con la salvedad de varias omisiones que veremos, hasta el 30 de abril de 1898. A continuación encontramos insertos textos de diferente naturaleza: actas, resumen de su expedición a Cayo Hueso, el inventario de una colecta, poemas escogidos, cartas entre Boza y Máximo Gómez, etc. Se tratan estos textos de insertos que el hijo de Boza realizó para la edición de 1924. Hay que hacer mención a que el diario se encuentra salpicado constantemente, sobre todo el último día de cada mes, de documentos de índole jurídico-administrativa como órdenes, actas, circulares, así como extractos de noticias o artículos periodísticos, declaraciones de personajes relevantes, cartas, etc., muchos de los cuales son comentados por Boza. A falta de notas explicativas, suponemos que muchos de ellos, al menos los integrados en el diario y no como postliminarios, son insertos del propio Boza, muchos *in situ*, en el momento de la escritura del diario, otros tal vez en una reelaboración *a posteriori*.

### *1.3.2. Estructura interna. La narración: acciones, personajes, espacio y tiempo*

Respecto a la estructura interna del diario de Bernabé Boza es preciso indicar que se trata de un relato cuya asepsia dramática hace que resulte enormemente dificultoso precisar una determinada distribución en partes de su material narrativo. Prácticamente desde el comienzo hasta el final del diario este se organiza de forma lineal y acumulativa.

Tras una breve introducción en la que se resumen brevemente los hechos bélicos más relevantes de los tres meses inmediatos al principio del diario, da comienzo este el 1 de septiembre de 1895. Se trata de un principio *in media res* en

el que podemos deducir que Boza forma parte de una sección del ejército cubano en la que se encuentra parte de la plana mayor del mismo, entre la que está el General en Jefe Máximo Gómez. Poco después sabremos que Boza es precisamente el jefe de su escolta. Pronto, el 13 de septiembre, vemos cómo se reúne el gobierno recién constituido, y el 19 es testigo de la aprobación de la Constitución, todo ello en diferentes campamentos. Las marchas son continuas y no son raros los combates menores, sin embargo Boza y su escolta, por orden de Máximo Gómez, solo en ocasiones participan directamente en ellos. Tienen como objetivo avanzar hacia la zona central de la isla. El 30 de octubre pasan la descuidada trocha Júcaro-Morón y el 29 de noviembre se reúnen las fuerzas de Gómez y de Maceo en sus proximidades. Marchan hacia el occidente y prefieren evitar las confrontaciones, sin embargo, el 2 de diciembre entran ineludiblemente en combate en La Reforma. En sus marchas prenden fuego a los cañaverales con el objeto de que no se haga la zafra, recurso muy importante de la economía española. También logran saquear e incendiar algún tren. Es habitual que se alojen en ingenios, a veces protegidos por soldados españoles que suelen sucumbir ante el grueso de las fuerzas cubanas. En estos se proveen de lo necesario para continuar las marchas. El 15 de diciembre tiene lugar la acción de Mal Tiempo y el 23 se da un combate en las cercanías del pueblo de Coliseo en el que participó el propio Martínez Campos. El 26 de diciembre nos informa de que entran en la provincia de Santa Clara. El 29 se da el combate de Calimete. El 1 de enero de 1896 ya se encuentran acampados en la provincia de La Habana y el 4 cruzan la línea férrea La Habana-Batabanó, sorprendentemente, según sus palabras, sin disparar un solo tiro. Aprovechan para destruir la línea. A lo largo del mes de enero varias veces se pregunta cómo es posible que no se les hostilice (días 4 y 18). Cuando entran en los pueblos a veces son recibidos entre vítores, sin embargo, Boza sospecha que hay mucho de miedo contenido entre la gente (día 5). El 7 de enero se da un hecho significativo, el grueso del ejército se divide: la sección de Gómez, a la que pertenece Boza, unos dos mil hombres (ochocientos desarmados) permanecerá de operaciones en las provincias de La Habana y Matanzas; la sección dirigida por Antonio Maceo parte hacia Pinar del Río con el objeto de tomar toda la isla. Las fuerzas de Gómez hostilizan a los españoles para proteger la retaguardia de la sección de Maceo. Las marchas y los combates se suceden. El 13 de enero Gómez, se condeule ante el lamento de los vecinos y



renuncia a tomar Bejucal para apresar a un puñado de soldados españoles que se habían atrincherado. El 14 hieren levemente a Gómez en una pierna. El 18 de enero tienen noticias de las proezas de Maceo por los periódicos, su vanguardia ya ha llegado a Mantua, la población más occidental de la isla. El 10 de febrero reciben la noticia de que Weyler ha llegado a La Habana ese mismo día. El 16 de febrero se da un hecho extraordinario, y además uno de los pocos protagonizados por Boza: mata de sendos disparos a dos soldados cubanos mientras estaban siendo duramente amonestados por Gómez por haber robado a unos paisanos. En algunas ocasiones manifiesta la dureza de las marchas, el cansancio y el hambre. El 11 de marzo se da una reunión entre Gómez y Maceo en la provincia de Matanzas con el fin de definir las líneas de acción a seguir. Gómez parte hacia el oriente y Maceo retorna al occidente. El 18 de marzo Boza es nombrado teniente coronel. Aquí sucede algo muy interesante desde el punto de vista pragmático. Dado que, según afirma, se trata del diario del cuartel general y él no está presente para consignar lo que sucede, transcribe lo escrito en el diario del ayudante Varona (p. 183). El estilo de este es mucho más telegráfico que el de Boza y se limita a registrar poco más que la fecha, lugar de acampada, órdenes, etc. El 1 de abril nos anuncia la llegada de varios desertores del ejército español, que han llegado de Vuelta Abajo. El día 30 de abril (p. 204) se inserta parte del diario de Boza en el que se incluye un bando de Weyler en el que proclama la censura de los periódicos en lo concerniente a cierto tipo de noticias relacionadas con la guerra. Continúa el diario de Varona el 1 de mayo (p. 214). Por la información que nos da de los lugares por donde pasan sabemos que no pretenden salir de ese territorio. El día 23 (p. 219), otra vez en La Reforma, da noticia de la llegada del teniente coronel Boza al campamento. Aquí retoma este su diario y realiza algunas rectificaciones en el diario de Varona sobre aspectos logísticos. Nos informa sobre la recomendación que le hace a Gómez de que vaya este a Oriente a imponer sentido común entre el gobierno (p 220). A lo largo del mes de junio pasan por algunos lugares emblemáticos de la guerra del 68 lo que motiva algunos pasajes rememorativos de acciones y personajes de aquella. Entre el 9 y el 11 de junio se da el combate de Saratoga, uno de los más largos narrados en el diario, en el que se enfrentan, según nos dice, unos cuatrocientos cincuenta cubanos contra una columna de unos dos mil españoles liderada por el general Adolfo Jiménez Castellanos. Nuevamente, la escolta y con ella Boza, por orden de Gómez, no

participa directamente de la acción, si bien «ha tenido que aguantar a pie firme una gran lluvia de balas españolas» (p. 240). El día 28 tiene un encuentro entre Gómez y el Consejo de Gobierno a cuyas conferencias no puede acceder. El 1 de julio los caminos de este y Gómez se separan, debido a que el último marcha al oriente de la isla. En este punto el diario sufre un gran inciso debido a que Boza, así nos informa *a posteriori*, perdió el cuaderno en el que consignaba los meses de julio a diciembre (p. 266). Para cubrir este espacio realiza un resumen de los hechos acontecidos: destrucción de cafetales extranjeros en Oriente, muerte de José Maceo, inserción de documentos como la orden del día por la muerte de Maceo entre otros, regreso de Gómez de Oriente, mención de otros combates, muerte del lugarteniente Antonio Maceo y su ayudante Panchito Gómez, inserción de noticias periodísticas sobre su muerte y otros documentos; finaliza justificando la mayor carga crítica ejercida hacia los españoles en esta segunda parte debido a la mayor inquina y malevolencia de Weyler frente a su predecesor Campos (p. 312).

El segundo volumen de la obra tiene su comienzo en el 1 de enero de 1897 y nos sitúa el cuartel general del ejército libertador y el Consejo de Gobierno en el potrero de Santa Teresa, al occidente de la trocha Júcaro-Morón. En general los días transcurren sin incidentes renombrables: marchas, los combates habituales, acampadas... El día 31 inserta un artículo de *El Heraldo de Madrid* muy interesante sobre las condiciones lamentables de los soldados del ejército español. El día 13 de febrero se da un suceso curioso, un corresponsal de *El Liberal* de Madrid llega al campamento pretendiendo hacer un reportaje sobre la guerra pero Gómez lo considera un espía y se le realiza consejo de guerra, el cual finalmente lo libera. A lo largo del mes se tienen noticias de que Weyler pretende librar batalla contra el cuartel general cubano. Son de interés los documentos insertos el último día de mes, en el que encontramos una carta del corresponsal mencionado. En el mes de abril, debido a la proximidad del cuartel general a la trocha Júcaro-Morón en la que existen emplazamientos militares españoles, se presentan varios desertores de este bando, siendo integrados «por necesidad» en el ejército cubano, aunque son despreciados por Boza. El diario continúa de forma regular hasta el 25 de julio, momento en el que se corta (p. 97). A continuación se insertan numerosos documentos fechados en los meses de septiembre y octubre, hasta que se reinicia el diario el 1 de octubre (p. 167). Tras largos meses de acampadas

intermitentes en los mismos lugares, el día 10 de noviembre nos informa de que los españoles están construyendo fortines en lugares como La Reforma y Santa Teresa con el fin de dificultar el descanso a los cubanos. El día 30 nos informa de la constitución de un nuevo consejo de gobierno, presidido por el Mayor General Bartolomé Masó. El 22 de diciembre llegan al campamento el cónsul de Estados Unidos en Colombia, con el objeto de recoger las pertenencias de un corresponsal estadounidense muerto, y el corresponsal del *World* y amigo de Gómez, Silvestre Scovell. Se suceden los días sin hechos renombrables y de forma más o menos rutinaria. El 28 de febrero de 1898 nos ofrece información sobre la voladura del Maine y manifiesta sus suspicacias ante el hecho: «¿Cómo es que esa [catástrofe] tuvo lugar precisamente cuando no estaban abordo su comandante Sigbee ni la oficialidad del barco?» (p. 240). A principios de abril manifiesta su sorpresa y su repulsa ante un hecho para él inédito: la mutilación de soldados cubanos a manos de los militares españoles (p. 248). A partir de abril la narración se vuelve irregular, faltan días por consignar y la inserción de cartas, comunicaciones, noticias periodísticas y valoraciones personales diluyen el relato diarístico hasta hacerlo desaparecer. A lo largo del mes de mayo recibe Máximo Gómez una carta en la que J.C. Watson, Jefe de la División de Cuba de la Armada Americana, le ofrece hacerse cargo de todo aquello que solicite (apoyo logístico, equipamiento, armas, etc.), asimismo le formula una serie de preguntas de índole táctica sobre las que se manifiesta Boza: «Algunas de estas cuestiones las contestará el General en Jefe cuando yo sea obispo. Sí, señor» (p. 152). Resulta interesante también la carta del capitán general Blanco en la que demanda a Gómez una alianza contra los estadounidenses apelando a la sangre y a las raíces españolas comunes y la respuesta de este, apelando a la libertad y a la igualdad de todos los seres humanos. En el mes de junio se puede dar el diario por finalizado. En este punto Boza resume brevemente su viaje a Florida en los meses de verano; es enviado a Cayo Hueso, lugar al que llega con la ayuda inesperada del ejército de Estados Unidos, con el objeto de recaudar fondos para la guerra.

Como se deduce, el diario de Boza constituye más un registro detallado de hechos e informaciones diversas que un relato trabado con hilo argumental. Esta acumulación de material impide que se cree una secuencialidad a partir de la cual se dote de carga dramática al relato. Creemos, por ello, que un intento de ordenar este material en un esquema estructural que dé cuenta de las secuencias narrativas

y a su vez ofrezca de forma clara la causalidad de los procesos –de mejora, degradación...– sufridos por el protagonista solo puede ser realizado yendo más allá de lo que verdaderamente plasma el texto. A propósito de esto únicamente decir que a lo largo del diario se da una relativa uniformidad de los *estados* por los que pasan el colectivo protagonista y los personajes principales, Gómez y Boza; no encontramos aquí grandes variaciones en el devenir de los hechos, conflictos que generen procesos de castigo-recompensa, ni siquiera se puede afirmar que en el diario se manifieste un visible proceso de mejora en la trayectoria del cuartel general. Hay que dejar claro que cuando decimos esto siempre hablamos desde un punto de vista narratológico, literario o estético; otra cosa es el proceso de mejora que desde el punto de vista histórico se pueda manifestar y al que podamos llegar a partir de la información que nos da. Pero en este caso ya entraríamos dentro del análisis de sus valores referenciales, aspecto que queda fuera de este trabajo.

La galería de personajes que aparecen en el diario es abundantísima. La presencia de los mismos va de la casi omnipresencia del general Máximo Gómez, a las breves y puntuales intervenciones de innumerables oficiales o a las ocasionales apariciones de majases y pacíficos como personajes colectivos. Los personajes son meros soportes de las acciones, generalmente sometidos a una orden superior o a las circunstancias de la guerra, carecen de profundidad y de motivaciones propias si no son el deseo de una Cuba independiente, en el caso de los militares del ejército cubano. Únicamente las figuras de Máximo Gómez y del propio Bernabé Boza van más allá de la descripción superficial o de la mera alusión nominal.

La función narrativa que detenta Gómez es la de ser, en gran medida, el organizador de los hechos bélicos acaecidos que luego nos relata Boza; Gómez es quien dirige el cuartel general del ejército, quien da las órdenes, quien confirma o revoca sentencias, quien emite circulares sobre lo que se debe o no se debe hacer. El verdadero protagonista del diario es el cuartel general, y Gómez su cabeza más visible. Su capacidad de mando, su habilidad como estratega y su arrojo se dejan ver en muchas ocasiones; sobre cierto combate en el que participó Gómez, se pronuncia Boza: «No debo ni puedo censurar el valor, pero me parece que la alta y delicada misión del General en Jefe le prohíbe terminantemente los actos temerarios» (p. 40). Sobre esta cualidad de Gómez encontraremos bastantes ejemplos a lo largo del diario. Es resaltable que podamos llegar a conocerlo más

allá de sus funciones propiamente militares. Así, sabemos que posee cierto sentido lúdico, y una gran resistencia, no solo para la batalla: «No descansa y voy convenciéndome que este viejo de acero nos va a cansar a los jóvenes, si nos descuidamos. ¡Anoche estuvo bailando más de dos horas!» (p. 35); es un esforzado orador: «Estamos acampados, sin más novedad que los sermones eternos del General en Jefe, contra los “majases”, los comerciantes, los cobardes, y los jefes que no saben serlo. ¡Cuánta basura tiene que barrer este viejo titán!» (p. 245); agradecido: «Para que el día sea completo para mí, el General en Jefe me regaló su revólver» (p.183; vol. 2); sensible a las desgracias humanas –renuncia a tomar el pueblo de Bejucal–: «Un grupo de niños, saliendo de un colegio, se adelantó suplicante y con las manecitas extendidas hacia el general. Aquello fue más fuerte que el Viejo; dos gruesas lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas» (p. 132); y defensor de derechos universales por encima de sangres o razas, como demuestra su carta de respuesta al general Blanco ante su propuesta de alianza contra los yanquis.

La función principal de Boza como personaje a lo largo de la mayor parte del diario es la de liderar la escolta personal de Máximo Gómez, lugar sin duda privilegiado para acceder a un tipo de información esencial si se pretenden registrar las vicisitudes del cuartel general. Boza se presenta en un lugar alto de la jerarquía, da órdenes, pero también las acata, se muestra leal a la revolución y admirador de Gómez, si bien no renuncia a formular críticas sobre determinadas decisiones que considera desacertadas. Tendremos oportunidad de ver que da numerosas muestras de ser un hombre razonable y mesurado, valiente e inteligente, a veces contradictorio.

A lo largo de las páginas del diario hay un sinnúmero de personajes que aparecen y desaparecen aleatoriamente: soldados, oficiales, jefes, campesinos, corresponsales, hacendados, prácticos, desertores, bandidos reconvertidos, políticos, etc. Todos sin excepción están vinculados de algún modo a la confrontación bélica; unas veces son descritos brevemente, como veremos en su momento al tratar las pausas narrativas; la mayor parte, sin embargo, no pasa de tener una aparición nominal y poco más. En algunas ocasiones tienen un papel en la historia, otras son protagonistas por convertirse en diana de las críticas del Boza narrador, caso de Martínez Campos o Weyler, entre otros. En definitiva, el paradigma de los personajes del diario obedece a las características del diario de

campaña: selección y concisión; la presencia del personaje militar es abrumadoramente mayoritaria y acaba constituyendo un personaje colectivo en el que se integran Gómez y Boza.

Si el cuartel general es el protagonista del diario, otro personaje colectivo, el ejército español, es su antagonista, el obstáculo que les impide obtener su independencia. El ejército español, por tanto, condiciona el devenir de los hechos, motiva que el cuartel general haga un movimiento u otro, y a la inversa, como si se tratara de una partida de ajedrez; incita o es incitado al combate; provoca heridos, muertos, etc. Sintácticamente, su papel es motor de acción contraria a la finalidad del personaje protagonista. Trataremos sobre la figura del enemigo más adelante desde el punto de vista semántico.

El espacio y el tiempo cobran en el diario de Boza una relevancia especial, pues en su objetivo de registrar la trayectoria del cuartel general rinde cuenta de forma casi sistemática del lugar y del momento en que suceden los hechos. No hay un interés por el hecho en sí mismo, sino que se efectúa una cronología exhaustiva de los mismos y de sus circunstancias.

Esta preocupación hace que se mantenga a lo largo de casi tres años la regularidad de la escritura. Asimismo, internamente es habitual constatar lo que sucede día tras día: a qué hora se inician las marchas, en qué momento del día ha comenzado o terminado un combate, cuándo ha llegado tal regimiento, cuánto tiempo han estado en determinado lugar, etc. Más allá de esto, el paso del tiempo no parece hacer mella en las esperanzas de los cubanos. Se podría pensar que el largo desarrollo de la guerra hace que se vean mermadas sus ilusiones de ganar la guerra, sin embargo, a través de los documentos que Boza comenta, vemos que ese paso del tiempo parece hacer más mella en las expectativas que se tienen del lado español que del cubano.

Respecto al espacio, la guerra se desarrolla eminentemente en el ámbito rural: la selva o la sabana, los ingenios azucareros, las granjas, las pequeñas villas. Este ámbito adquiere en la narración una relevancia sintáctica relativa; el conocimiento del terreno es una ventaja que saben aprovechar bien los cubanos; la climatología también es una aliada en la temporada de lluvias, lo que permite cierto descanso entre la tropa; los ingenios son lugares de aprovisionamiento y sus cañaverales un importante objetivo táctico al que, por lo general, se le prende fuego; los campesinos a veces son confidentes útiles en las estrategias a seguir,

etc. Con todo, la caracterización de estos espacios es muy somera, muchas veces su alusión es únicamente nominal, su importancia sintáctica como motivador de las acciones queda diluida por el valor referencial de su nombre.

### *1.3.3. El narrador-personaje*

#### 1.3.3.1. La focalización

El autor del diario ha querido desde el principio significarse en el papel de observador más que en el de protagonista de los hechos. Pero esto, en principio, no aclara desde quién se focaliza la historia, ¿desde el punto de vista del personaje que ve –y vive– los hechos? ¿Desde la mirada mínimamente retrospectiva del narrador que unas horas más tarde consigna las vivencias por escrito? Todo autor puede utilizar una serie de recursos para aumentar la distancia entre el narrador y el personaje y trasladar la mirada al último, reflejando así el punto de vista de este en la historia. Por un lado tiene recursos de índole lingüística, léxica o gramatical: uso de verbos de sentido aplicados a la vivencia del personaje en el tiempo de la historia, tiempos verbales en presente para dar inmediatez, determinados deícticos como adverbios de tiempo y de lugar, etc.; por otro lado, recursos de naturaleza narratológica o discursiva: pasajes en los que prime el mostrar frente al contar, o dicho de otro modo, la escena narrativa frente al discurso sumarial, el uso del relato singulativo, el estilo directo, etc. En el caso de los diarios es cierto que la inmediatez de la escritura reduce las distancias entre el narrador y el personaje hasta convertirlos en uno solo; desde un punto de vista macroestructural, no obstante, su indiferenciación absoluta no nos ayuda en nada si queremos analizar en profundidad la focalización. Lo cierto es que el narrador narra y el personaje vive la historia, y a veces esta vivencia se limita a poco más que la observación, como es el caso de Boza. Pero en este punto, el Boza narrador no suele recurrir a fórmulas que transmitan su mirada como personaje. Sencillamente aprovecha su vivencia para transmitirnos una información en la que, no solo su mirada como personaje, su persona queda relegada a un segundo plano frente a la importancia de los acontecimientos vividos, vistos u oídos. Nos encontramos con un relato focalizado eminentemente desde su posición de narrador. Un aspecto que deja bien patente esto es que Boza da cuenta de hechos sucedidos a lo largo del día en

su entorno más inmediato pero no vividos ni vistos directamente por él, y a cuya información, por tanto, tiene acceso *a posteriori* de la historia relatada, es decir, fuera de su papel como personaje. Puede ser el caso, por ejemplo, de acciones de combate protagonizadas por terceros en las cuales no participa por estar en la retaguardia pero de las que da noticia por haber sido informado de las mismas: «Se incorpora con su escuadrón el capitán Francisco Recio, el cual, operando por la zona de la ciudad, ha cargado al machete una guerrilla española, ocupándole caballos y efectos» (p. 17). Se justifica este tipo de focalización si tenemos en cuenta el objetivo de Boza, no se trata realmente de *su* diario de la guerra, sino del diario del cuartel general del ejército cubano. Desde este punto de vista se entiende que su protagonismo sea secundario y, por ende, su mirada como personaje también.

Esto es palpable también cuando realiza valoraciones personales o manifiesta sus impresiones. En estos casos Boza narrador no siente necesidad alguna de utilizar ningún recurso que aproxime el juicio o el sentir expresados a la vivencia del Boza personaje, sino que el origen de los mismos parece estar en ese mismo momento presente de la escritura: «Ahora bien: ¡Qué cosa más horrible es un macheteo! ¡Los hombres nos convertimos en fieras hambrientas de sangre y carnicería!» (p. 60). Cuando entran en el pueblo de Alquizar son recibidos con las puertas abiertas, entre vítores y música; Boza nos transmite sus impresiones al respecto, pero el uso de los tiempos verbales y de los décticos deja claro que focaliza como narrador, desde el presente de la enunciación: «Yo creo que había mucho miedo mezclado en aquellas manifestaciones tan bullangueras [...]. Me parece que aquellos ojos tan abiertos de mujeres y niños, ocultaban o encubrían mal el temor que les causábamos» (p. 113). No son escasas las valoraciones, interpretaciones o explicaciones que realiza sobre la situación bélica, tácticas, disposiciones, etc.: «El General en Jefe, con sus movimientos y actos de presencia hace que el enemigo fije en él su atención, dándole con esto lugar y tiempo al general Maceo para acabar de organizar el gran cuerpo de ejército que debe traer para la invasión a occidente» (p. 40). Más adelante, cuando tratemos acerca de las pausas narrativas digresivas veremos que hay abundantes ejemplos de impresiones y opiniones formuladas desde el punto de vista del narrador.



En ocasiones narrador y personaje se manifiestan en el proceso de la escritura, partícipes ambos en ese mismo momento de un mismo hecho, una misma impresión, expresada entonces en presente:

Son las diez de la noche y estamos acampados en una colonia del ingenio central Providencia [...]. Cada rato oímos cruzar trenes que llevan tropas españolas a Güines, de donde dista poco más de una legua nuestro campamento.

¡A descansar y dormir! Mañana, probablemente tendremos combate, y anotaremos otra victoria de Gómez y Maceo. (p. 106)

Todo personaje vive la historia, y al vivirla siente, piensa, habla, ve... Cuando una historia es focalizada desde el personaje, la amplitud y el grado de esa focalización están indisolublemente ligados a la importancia del mismo en la narración, a su protagonismo en la historia; el papel de Boza como personaje es secundario, al igual que la focalización efectuada desde el mismo.

### 1.3.3.2. La persona gramatical

En consonancia con el objetivo del diario –y en disonancia con su título a menos que justifiquemos el “mi” por ser Boza su creador, pero no su protagonista–, el uso de la primera persona de singular es mucho menor que el de la primera de plural, e incluso que el de la tercera de singular y plural. Varias páginas abiertas al azar nos ofrecen los siguientes ejemplos: “ha retrocedido”, “se dirige”, “publicará”, “capitanean”, “han resuelto”, “vino”, “ocupa”, “se separa”, “suman”, “se habían separado”, “me ordena”, “he dicho”, “atacan”, etc. (p. 54); “marchamos”, “cruzamos”, “sesteamos”, “acampamos”, “se separó”, “ha nombrado”, “encontramos”, “tuvimos”, “se combate”, “operan”, etc. (p. 188).

En coherencia con el papel secundario que representa Boza en la historia de la independencia cubana y con su condición de subordinado de las altas instancias militares, el diario nos ofrece abundantes ejemplos en los que el uso de la primera persona de singular solo se justifica porque Boza adquiere un puntual protagonismo en determinadas acciones que dejan clara la jerarquía establecida y su lugar en la misma: «Por orden del general Gómez salí esta mañana a practicar un reconocimiento sobre el enemigo, con veinte hombres de su escolta» (p. 10); no obstante, en estos casos, pronto se integra el personaje en el colectivo militar: «tropezamos con él, haciéndonos fuego a boca de jarro. Retrocedimos a esperarlo

a la sabana» (p. 10). En cierto momento la sinceridad del narrador, si bien no explica las causas, nos hace partícipes de cierto error cometido y de sus consecuencias, lo que refleja su posición en la cadena de mando: «Hoy cometí la falta de salirme del campamento, aunque por breve rato, sin permiso, por lo que fui justamente reprendido por el General en Jefe, pero sin *nada de gritos*» (la cursiva es del autor) (p. 44). Es habitual que la jerarquía se manifieste al mismo tiempo en los dos sentidos, de arriba hacia Boza, y de Boza hacia abajo: «A las doce del día envié por orden del teniente coronel Vega, jefe de estado mayor, una pareja a practicar un reconocimiento» (p. 14), «El General en Jefe me ordena mande hacer un reconocimiento hacia el lugar donde se oyeron los tiros» (p. 54). Con todo, en el proceso de escritura –libre de jerarquías– se permite realizar alguna que otra crítica a determinadas decisiones de sus superiores, eso sí, desde el profundo respeto; en cierto momento se manifiesta acerca de una circular emitida por Gómez en la que ordena respetar de la quema los cañaverales por haberse suspendido la zafra en las comarcas occidentales, hecho que Boza considera desatinado teniendo en cuenta que llega Weyler con nuevos reclutas y que podría reactivarla: «Esta circular me parece tan poco meditada como mal redactada», nos dice Boza antes de desarrollar su explicación.

En otras ocasiones se manifiesta su capacidad de mando: «Acampamos en Las Lajitas, donde mando mis heridos a un hospital» (p. 43), «Pidió pase para el regimiento Expedicionario y se lo concedí, el valiente y digno ayudante Antonio Arredondo. Está incomodado conmigo por un pequeño regaño. Yo lo quiero y distingo porque se lo merece» (p. 97; vol. 2). A veces da muestras de su iniciativa; en cierto momento incluso pasa por alto las órdenes de sus superiores, aunque son estos son ejemplos muy escasos, como el que se da el 31 de marzo del 97, curiosamente en uno de los pocos pasajes en estilo directo de la obra. Gómez le había dado la orden de guardar preso en un cepo a un antiguo conocido de Boza, veterano como él de la guerra del 68. Por la noche, Gómez, tras haber recabado información positiva sobre él, quiere liberarlo y disculpar la ofensa:

“A ver cómo usted me ayuda a componer el asunto”. –General –le dije yo resueltamente–, no hay que componer nada; yo no le he dado el cepo. Entonces el General en Jefe, irguiéndose y mirándome fijamente: “¿Qué es lo que dice usted, comandante Boza? ¿Cómo justifica usted haber desobedecido una orden mía?” Contesté: –Yo he dicho que usted me hizo una seña particular para

que procediera como he hecho. Entonces el gran jefe me dio la mano y me dijo: “Usted sabe interpretar mis sentimientos y secundarme” (p. 57: vol. 2).

El protagonismo de Boza como narrador se manifiesta en escasas en ocasiones, aspecto que redunda nuevamente en la humilde marginalidad con que asume su papel en la obra:

Obsérvese por la relación de este *Diario* –donde pongo de mi parte todo lo posible para no ser exagerado, ya que no es lo que en una lucha donde soy actor sea imparcial– la actividad y acometimiento de los españoles desde el día que cesó en el mando Martínez Campos (p. 150).

El objeto fundamental del diario lo deja claro en las siguientes palabras:

Como mi propósito al tomar estas notas y al escribir diariamente mis impresiones y los sucesos que presencio, es que algún día se conozca la marcha exacta y lo realizado por el cuartel general del ejército, dejo para otro lugar decir el resultado de mi comisión (p. 193).

Al ser realmente el diario del cuartel general del ejército cubano se explica que la primera persona de plural adquiera una preponderancia casi absoluta. Las acciones puras protagonizadas por Boza, representadas por la primera persona de singular, son escasísimas, anecdóticas; Boza se integra plenamente en el colectivo militar y cuando participa en alguna acción, esta generalmente es una acción colectiva: acampamos, marchamos, cruzamos, disparamos, almorzamos, etc. Entendemos aquí que este uso recurrente del plural en detrimento del singular no es debido únicamente a la exigencia de una realidad evidente como es el hecho de participar de las acciones del colectivo militar; si reconocemos que la escritura narrativa implica ineludiblemente una selección, tanto de la realidad que se pretende transmitir como de los usos lingüísticos a propósito, no cabe duda de que Boza ha escogido una línea sostenida por el orgullo patrio de la pertenencia al colectivo libertador. Más adelante desarrollaremos estas connotaciones semánticas.

Dada la condición de observador de Boza, es natural que también abunde la tercera persona. Como se dijo, si hubiera que buscar un protagonista no colectivo, este sería sin duda Máximo Gómez. Boza narra hechos que muchas veces no ha vivido directamente, si bien ha estado cerca de los mismos y ha tenido noticia de ellos de forma inmediata; en estos casos echa mano de la tercera persona, tanto de singular como de plural.

#### *1.3.4. El tiempo del relato*

##### 1.3.4.1. El orden

La estructura del diario de Bernabé Boza se apoya en un riguroso orden temporal cronológico. La preocupación del autor por contextualizar los hechos de la guerra se hace patente en la regularidad con que data su proceso de escritura; en esta rara vez se rebasan los límites diarios, lo que cuenta no suele remontarse más allá de las veinticuatro horas anteriores salvo los casos en los que la rutina y la inactividad le llevan a concentrar varios días en unas breves frases, pero siempre respetando el orden temporal de los acontecimientos: «Días 23, 24 y 25. Marchamos y pernoctamos sucesivamente en Tosantes, La Ciega y Ciego de Escobar. Días 26, 27 y 28. Ídem, ídem en El Ocujal, El Cieguito y La Veracruz» (p. 31). La historia narrada en el diario, si obviamos los preliminares y postliminares, comienza el 1 de septiembre de 1895 y acaba el 30 de abril de 1898. Avanza el relato siguiendo esta línea cronológica de forma paulatina, sin rupturas ocasionadas por analepsis o prolepsis. Únicamente puntuales alusiones al pasado ensanchan ese espacio temporal, sin que se pueda afirmar que estas supongan una anacronía en el nivel de la historia. Es el caso, entre otras, de las retrospectivas hechas por el Boza narrador al recordar algunos episodios de la Guerra de los Diez Años. En lo referente a posibles anticipaciones, tampoco se dan aquí rupturas en la linealidad cronológica de la historia; cabe señalar únicamente algún pasaje en el que la expresión de una esperanza o un deseo del autor se proyectan hacia el futuro cercano más o menos hipotético: «No nos podemos quejar, vamos a pasar una Nochebuena deliciosa, pues los “materiales” para la “cena” son excelentes y podremos acostarnos y dormir a buena hora» (p. 67). No obstante, como se ve, estos ejemplos no atentan de ningún modo contra el orden lineal de la historia relatada. Boza, en este sentido, pretende trasladar esa realidad vivida lo más fielmente posible a la escritura y para ello se somete a su orden natural.

##### 1.3.4.2. La duración

En coherencia con los objetivos del relato, Boza registra exclusivamente aquellos hechos vinculados con la guerra de independencia, y sobre todo aquellos que tienen una relación directa con las vicisitudes del cuartel general del ejército. La enorme cantidad de acontecimientos de que ha sido testigo a lo largo de casi tres años sumada a la pretensión de realizar un relato equilibrado de su trayectoria histórica le obligan a realizar un denodado ejercicio de selección del material narrativo. Esto acaba imprimiéndole al relato un carácter sumarial casi telegráfico. La ingente acumulación de hechos puntuales protagonizados por diferentes personajes hace que la secuencialidad se diluya; en este sentido, el diario se enmarca más dentro de la tipología discursiva de índole expositiva que narrativa. El cuartel general, verdadero protagonista de la historia, se ramifica en diferentes secciones cuyas acciones se dan, aparentemente, de forma aleatoria, si bien en algunas ocasiones Boza da unidad al relato explicando la estrategia seguida en un combate, las motivaciones de una decisión táctica, etc.

A lo largo de casi tres años es comprensible que haya días cuya actividad resulte irrelevante, en consecuencia el obligado resumen de la historia se ve muchas veces acompañado de la elipsis de acontecimientos. En estos casos Boza recoge lo que considera más significativo en la trayectoria del cuartel general: movimientos de secciones del ejército, horas de inicio de las marchas, lugares de paso y acampada, combates, etc. En los siguientes ejemplos, entre otros muchos, solo registra lo transcrito aquí: «Estamos acampados. Nada ocurre de especial mención. Los trabajos de los representantes continúan sin interrupción. Muchas discusiones, pero sin apasionamientos; todas para el más buen fin y con los más laudables propósitos» (14 y 15 de septiembre del 95, p. 16), «Acampados. Terminan los trabajos de la asamblea sin novedad» (18 de septiembre del 95, p. 17), «Sale el coronel Legón con dos escuadrones de caballería a recibir al enemigo, que en una fuerte columna de las tres armas, sale de Arroyo Blanco para atacarnos» (24 de noviembre del 95, p. 47), «Acampados» (30 de mayo del 96, p. 222), «Llegan comisiones y periódicos que envía el general José Miguel Gómez» (25 de octubre del 97, p. 173; vol. 2), «Sin novedad» (29 de octubre del 97, p. 174; vol.2).

El estilo discursivo sumarial se puede ver a lo largo de toda la obra; incluso en aquellos pasajes en los que acaece el hecho bélico se condensa la historia en el dato, no se detiene en el detalle y elude toda morosidad narrativa: «Cayó en

nuestro poder el ingenio Diana, que tenía una guarnición de soldados y se preparaba para moler. A estas horas sus cañaverales son cenizas. Se ocupan en él 25 armas y 10000 tiros que oportunamente llegan» (p. 66).

Rara vez se ofrecen escenas narrativas y suelen ser breves, anecdóticas y poco minuciosas. Los siguientes pasajes ejemplifican hasta dónde puede llegar el grado máximo de morosidad narrativa y el detalle:

El General en Jefe nos ordena la carga al machete, al mismo tiempo que se le pega candela a unos cañaverales, por cuya guardarraya viene el enemigo. Éste se ve envuelto en humo, llamas, plomo y hierro, por lo que se retira a la carrera al central, dejando en nuestro poder la locomotora, que nosotros destruimos en cinco minutos (p. 60)

Otro ejemplo:

Llegamos a unos grandes y tupidos matorrales que nos ocultaban una cerca de piedras, la cual nos cerraba el paso. Hicimos alto para aportillarla, cuando desde otra cerca que con ella formaba ángulo recto, salió rugiendo espantosamente una nube de humo de la que se desprendió una lluvia de fuego y plomo que nos abrasó a quemarropa.

Esta descarga a boca de jarro enardeció a nuestro viejo y batallador caudillo quien gritó: “¡Por el flanco derecho, fuego muchachos!; ¡Arriba, al otro lado!; ¡A ellos!; ¡Al machete!”. Y clavando las espuelas a su caballo, lo obligó a saltar la cerca. Muchos lo imitamos, pero al volvernos para a nuestra vez atacar al enemigo, otra muralla de piedras nos lo impide. En aquellos momentos angustiosos y difíciles para nosotros, una descarga atronó el espacio y un grito formidable de ¡viva Cuba! Llegó a nuestros oídos. ¡Eran los hermanos Ducasse que llegaban a tiempo para salvarnos! (p. 118-119)

La selección que realiza el autor de la materia narrativa, en coherencia con la finalidad del diario, suele dejar fuera los aspectos personales ajenos a la guerra, y sobre todo aquellos que atañen a su intimidad o a la de sus compañeros de armas; rara vez hace referencia a situaciones cotidianas como el comer, si no es para poner de manifiesto la carencia de alimentos: «Al fin, muertos de hambre y de cansancio, al obscurecer acampamos en El Novillo» (p. 188), «La comida nos está escaseando mucho pero como abunda el “corajo” en estos lugares y las jutías también, con eso “hacemos andar la máquina guerrera libertadora”» (p. 234; vol. 2); o la abundancia obtenida tras el saqueo de algún ingenio: «Nuestros soldados y asistentes [...] han matado más de mil gallinas para nuestra comida; unos cuantos cochinos se están tostando» (p. 138). Es excepcional que describa cómo pasan la noche, más allá de un escueto “bien” o “mal”; tampoco tienen cabida aspectos como la higiene, personal o colectiva, adversidades cotidianas de carácter individual, confraternización de las tropas, etc.

Pero más allá de estas omisiones voluntarias, cabe mencionar varias elipsis producidas como consecuencia del extravío de los textos originales. La primera abarca del 1 de julio al 31 de diciembre de 1896, y es explicada *a posteriori* por el propio autor como motivo de la pérdida del cuaderno en que lo tenía escrito, contingencia no extraña de los diarios de campaña que pone de relieve la inmediatez de su escritura. Este periodo de tiempo nos lo ofrece de forma resumida (pp. 266 y ss.). A consecuencia de otro extravío, en este caso de los documentos del archivo de Bernabé Boza, según informa en nota el editor (p. 247; vol. 2), es la elipsis que se entre el 19 al 31 de marzo del 98 (ambos inclusive). También faltan –ignoramos los motivos: pérdida, olvido, omisión voluntaria de un periodo de inactividad– los días 29 y 30 de abril del 97, los días que van del 26 julio al 1 de agosto del 97 (ambos inclusive) y el mes de septiembre del 97, en el que inserta cartas de Máximo Gómez y documentos varios que cubren parte del periodo.

La continuidad narrativa del diario se ve interrumpida a menudo por incisos explicativos acerca del equipamiento militar, del carácter de las tropas o del papel de los habitantes del campo cubano; es habitual también la inserción de reflexiones e impresiones del autor acerca del devenir de la guerra, comentarios sobre acciones militares y estrategias utilizadas, juicios acerca de la conducta, de las decisiones militares y de declaraciones puntuales de oficiales españoles y cubanos; valoraciones sobre noticias y artículos periodísticos, etc. En cambio hay una ausencia casi total de comentarios sobre aspectos íntimos del autor. Todo gira en torno a la guerra en su dimensión más física.

En el primer volumen se da en mayor grado la inserción de pasajes que podríamos calificar de didácticos. Probablemente, esta frecuencia al comienzo de la obra obedezca a motivos de carácter pragmático: el autor ha comenzado su diario *in media res*, en plena campaña, y hay una serie de datos que considera necesario consignar para facilitar una posible lectura futura; cabe también la posibilidad de que se deba a un mayor ímpetu expositivo que poco a poco va decreciendo en favor de la selección y el estilo telegráfico. Sirva de ejemplo el siguiente pasaje:

Nosotros estamos autorizados, por la necesidad que carece de ley, a usar la que nos dé la gana. En los armeros de los regimientos, se ven colocadas en íntimo consorcio, la yegua o escopeta bocúa, que dicen los orientales, y que tan buenos resultados les está dando para las emboscadas, el

Springfield o espingarda, que diría Ramón Roa; el Máuser, que ya tenemos muchos quitados a los españoles; el Relámpago; el Winchester; la tercerola Rémington calibre 44 y la carabina que manda parque bronceado [...] Todos los que componemos este ejército improvisado, jefes, oficiales y soldados, en nuestro afán de combatir por la independencia de nuestra patria, nos hemos procurado un arma cualquiera; pero resulta que hay muchos que no conocen el mecanismo de la que tienen [...]. Cada rato da por resultado un tiro escapado y una desgracia terrible (pp. 9-10).

Más adelante nos informa sobre el caótico reparto de la munición, la mayor parte de las veces arrebatada a los españoles tras el combate:

Saber el número exacto de las municiones de guerra de que nos apoderamos es muy difícil, mejor dicho, imposible, por la siguiente razón: hombres muy honrados, jefes escrupulosos incapaces de cometer un fraude ni faltar a una orden, ni permitir que un subalterno coja nada para lo que no esté debidamente autorizado, escamotean y ocultan con el mayor disimulo o con el más descarado cinismo, las cajas de parque para su fuerza. No puedo juzgar si esto está bien o mal hecho porque cada vez que he podido he realizado el acto (p. 114).

La singular composición del ejército también es objeto de su atención:

A nosotros nos sobra gente; sin cesar y de todas partes acuden patriotas a engrosar nuestras filas e ingresar en nuestro ejército. Muchos de estos –la mayor parte– son completamente inútiles para la guerra; casi todos se incorporan desarmados y ellos mismos se llaman “impedimenta”. Cuando hay combate tan solo sirven para blanco del enemigo (p. 104).

También se para a explicar el papel desempeñado por algunos habitantes del campo cubano como son los llamados “pacíficos” y “majases” y su opinión al respecto: «Nosotros llamamos pacíficos a los que aún están en sus casas atendiendo y cuidando sus intereses o los ajenos, según sean dueños o encargados de fincas» (p. 13), «No sé qué piensan todavía estos majases estúpidos. Parece que no quieren convencerse de que la guerra, es un hecho real y positivo. Y si lo saben no comprenden que nosotros también tenemos vacas, bueyes y colmenas» (p. 31).

Son habituales a lo largo de todo el diario las valoraciones sobre el transcurso de la guerra, especialmente en los últimos días de mes, momento en que aprovecha a veces para hacer una breve recapitulación:

Por la narración que hago en este *Diario* [...] se verá que nada de provecho para las armas españolas ha logrado Weyler. La trocha de Júcaro a Morón, que a España cuesta tantos millones de pesetas y tantas vidas, la cruzó el general Banderas con una fuerza y sin disparar un tiro. [...]

El fracaso de los españoles o mejor dicho de España, es tan grande como sus esfuerzos (p. 57; vol. 2).

Cuando manifiesta su opinión sobre alguna decisión militar no para en mientes a la hora de criticarla si cree que es desacertada o injusta, como la



protesta que efectúa sobre la decisión de que desembarquen dos expediciones en Camagüey y Oriente: «¡Como si en aquellas regiones donde casi no se combate hoy, porque las tropas españolas no operan, y donde las nuestras, si quieren batirse, tienen que tomar la ofensiva, hicieran las expediciones de armas y parque, la falta que aquí hacen!» (p. 188). En estos casos no es raro que recurra al sarcasmo; el 5 de diciembre del 95 el Consejo de Gobierno, con Salvador Cisneros a la cabeza, se separa del cuartel general del ejército:

¡Ellos se van a Oriente, es decir, a la sabrosura, al descanso, al hogar!  
¡Nosotros a Occidente; a lo desconocido, al peligro constante, a la fatiga y tal vez, al eterno descanso!  
Ellos y nosotros hacemos patria; sólo hay una “pequeña” diferencia en la manera de hacerla...  
Ellos, ¡cómodamente y nosotros, ¡reventando! (p. 55).

Los consejos de guerra y los fusilamientos están a la orden del día. Esto suele atraer la atención de Boza y son habituales las manifestaciones de la opinión propia, a veces a favor, otras en contra. El 11 de enero del 96 cuatro militares son condenados a muerte por robar unas prendas de oro y de vestir de señora: «Yo no transijo con los ladrones, pero me parece demasiado ligero y sanguinario el tribunal. ¡El General en Jefe ha confirmado la sentencia! ¡Qué atrocidad!» (p.129); al día siguiente se ejecuta la sentencia: «¡Una página negra para la historia! Para hacer un escarmiento, bastaba una víctima, pero ¡cuatro! ¡Ah, cómo le habrá quedado la conciencia al tribunal sentenciador!» (p. 129).

Baste esto para hacernos una idea de cómo Boza va reconstruyendo en su diario una realidad cuyo relato, si bien se proyecta hacia los hechos singulares, es salpicado constantemente por pasajes interpretativos que ensanchan esa realidad. La inserción de estas pausas digresivas está justificada por la historia, por lo que se integran plenamente en el relato; su formulación, breve y directa, acaba por enriquecer el relato con el punto de vista del autor-narrador, suavizando así el carácter acumulativo del discurso.

A las anteriores se han de sumar las pausas descriptivas. Como se puede deducir, estas no abundan. El objetivo de Boza es reflejar la esencialidad de los hechos y por ello los despoja de todos aquellos aspectos que resultan adyacentes.

Las descripciones de los personajes son breves y se centran principalmente en aquellos aspectos del carácter más directamente vinculados con la guerra: el

general Masó es descrito como «hombre culto, respetable y venerable. No será, como dicen, un gran general y se enredará en el sable y los entorchados, pero es un gran patriota, una de nuestras figuras más notables» (p. 12); el brigadier Serafín Sánchez «tiene cara de jefe; es muy simpático a pesar de ser serio; es culto y fino. Es el autor de *Héroes humildes*. Sus soldados, que es a quien más hay que creer en este sentido, dicen que es muy valiente» (p. 35); el capitán Zaldívar «es el único moreno africano que tenemos en la fuerza. Es buen oficial y valiente» (p. 93; vol. 2). Las descripciones de aquellos personajes que no pertenecen al estamento militar también redundan en estos aspectos; la presencia de mujeres en el diario es muy escasa, sin embargo no podemos sustraernos de ejemplificar aquí las breves referencias que hace de este elemento esencial de la guerra<sup>26</sup>: «La Solitaria, una de las cubanas más patriotas y de nuestros mejores agentes» (p. 199; vol. 2), Rosa la bayamesa, mujer activa en la guerra del 68, «esa negra abnegada, noble y generosa, dedicada por completo a asistir heridos y enfermos de nuestras fuerzas», que compara con «doña Emilia, esta blanca espirituana que nuestros soldados bendicen y cuya presencia infunde el más profundo respeto en todos nosotros» (p. 250; vol. 2).

Las descripciones del entorno también son escasas, y guardan un paralelismo con la funcionalidad de las descripciones del elemento humano. La naturaleza y la climatología, «el general Septiembre con sus aguaceros y lodazales» (p. 10), son vistas por lo general como aliadas en su lucha contra los españoles<sup>27</sup>; los lugares por donde pasan, habitados o no, son valorados en función del provecho que puedan obtener:

Este territorio es muy bello y riquísimo. Hay abundancia de cuanto se necesita para la subsistencia y como “nada” nos cuesta dinero, resulta que el saco o jolongo de los infantes y las alforjas de los soldados de caballería, van bien provistos con variados surtidos. [...] Hemos atravesado campos inmensos sembrados de papas y cebollas (pp. 105-106).

---

<sup>26</sup> Al respecto de la participación de la mujer cubana en el conflicto del 68, extrapolable a la guerra del 95, leemos en Moreno Fragnals (1995: 238): «La mujer criolla fue un elemento clave no sólo en el proceso de formación de la conciencia cubana, sino como conspiradora activa».

<sup>27</sup> La historiografía ha destacado cómo el ejército cubano supo aprovechar las circunstancias climatológicas en su provecho. La estrategia del propio Martínez Campos se ve condicionada por la estación de lluvias, periodo durante el cual no pensaba abrir operaciones. Como ejemplo, decir que la táctica de colocar pastores que sirvieran de vigilantes con el objeto de informar sobre los movimientos de las tropas cubanas no tuvo los frutos deseados debido a que las lluvias impedían hacer llegar las noticias a tiempo (Navarro, 1998: 137).

El 8 de enero del 96 se paran a descansar en el batey del ingenio San Antonio, situado en la zona centro de Cuba. Nos ofrece aquí una enriquecedora descripción del lugar, extrapolable al conjunto de la realidad cubana, nótese no obstante el carácter sumarial e interpretativo del pasaje: «Aquí todo es suntuoso, en todas partes la elegancia; en los más insignificantes detalles se ve también el conocimiento de la estética, se descubre la dirección acertada, el gusto delicado de una de esas damas de la aristocracia habanera» (p. 121), y poco más adelante: «Hay en el ingenio un par de centenares de negros de ambos sexos, que habitan en unos barracones inmundos, infectos y horriblemente desaseados. Allí viven en el más completo estado de abyección y embrutecimiento» (p. 122)<sup>28</sup>; Boza concluye de forma sentenciosa:

La miseria estrujada y exprimida suelta mucho jugo; de él resulta la riqueza que engendra la grandeza con sus títulos, su soberbia, su sangre azul y... llegamos nosotros con la guerra y con la revolución, que como ha dicho Martí, es redentora, y los esclavos ¡no lo serán más! (p. 122).

#### 1.3.4.3. La frecuencia

El diario se construye a partir del relato eminentemente singulativo. Debido a la naturaleza de los hechos vemos que acciones de carácter similar –marchas, combates, saqueos, incendios, órdenes, etc.– se suceden día tras día, sin embargo Boza tiende a registrarlas regularmente, a veces con el solo objeto de contextualizarlas en el tiempo, como prueban los numerosos ejemplos de días en los que únicamente registra un escueto “acampados” y poco más. Si bien la esencialidad de las acciones se repite, hay que tener en cuenta que datos del tipo “quién las realiza”, “dónde” y “cuándo” van más allá de la mera circunstancialidad, si nos atenemos a la finalidad del relato. Esto hace que sean infrecuentes los pasajes de carácter iterativo o repetitivo. No obstante, sí podemos encontrar algunos ejemplos de los primeros. Comentábamos arriba que el autor no suele detenerse en describir o narrar aspectos de carácter cotidiano –entendidos

---

<sup>28</sup> La descripción de este gran ingenio ejemplifica, hasta cierto punto, la situación del campo cubano en aquel momento. A lo largo del siglo XIX las grandes haciendas azucareras se concentraron en las regiones del centro y del occidente y no se vieron perjudicadas, al contrario de lo que les sucedió a los pequeños propietarios del oriente, por la reforma tributaria de los años 60 (Moreno Fragnals, 1995: 230). Se explica entonces su españolismo y por ello la quema de sus cañaverales por parte del ejército cubano.

como la satisfacción de necesidades básicas—, no al menos en la forma del relato singulativo; estos son sometidos generalmente a la elipsis narrativa. Encontramos, sin embargo, algunos ejemplos en la forma de relato iterativo: «Los establecimientos de los caminos y de los ingenios nos “suministran” ropa y víveres; y las fincas y sitios “nos regalan” viandas, gallinas, pollos, huevos, etc., etc.» (pp. 105-106), «Hace mucho frío por las noches y por las mañanas; casi todos nosotros tenemos capas o chaquetones que nos ponemos al toque de diana y nos quitamos cuando el sol hace innecesario y mortificante el abrigo» (p. 114),

«Las estancias por donde pasamos quedan arrasadas como si por ellas hubiera pasado un ciclón. Tenemos que comer, somos muchos y es inevitable el desorden en el aprovechamiento de las viandas» (p. 149). Dado el carácter casi notarial del diario, por su afán de registrar datos específicos de los hechos de guerra, y la extensión de tiempo que cubre, este tipo de pasajes se hace inevitable si se quiere rendir cuenta de cuestiones más domésticas o rutinarias. Propicia al mismo tiempo que se suavice el tráfago de datos que ofrece el relato.

#### **1.4. Análisis semántico**

Se ha venido comprobando hasta aquí que la carga autobiográfica del diario de Boza, en el sentido etimológico del término, es más bien escasa. Si hay que buscar una unidad de significado en la obra, esta sería la (re)construcción de la vida del cuartel general del ejército cubano y su trayectoria a lo largo de alrededor de tres años de contienda. Adquieren el primer nivel significativo los movimientos y marchas de las tropas, los combates, las acciones estratégicas —quema de cañaverales, destrucción de vías férreas...—, el desabastecimiento y el aprovisionamiento mediante el saqueo, etc.; más allá de acciones puntuales protagonizadas por Máximo Gómez, Boza o algún otro oficial, el auténtico protagonista del diario es el colectivo militar que forma el cuartel general.

Boza no tiene como propósito principal escribir sus vivencias sino las de este cuartel general al que pertenece. En este sentido cabe destacar que no es un testigo despersonalizado e imparcial; Boza, evidentemente, toma partido, su causa es la liberación de Cuba del yugo español, y deja ver a lo largo del relato vivas

pruebas de su patriotismo. Más aún, Boza valora, comenta e interpreta el devenir de la guerra; generalmente tiende a expresar juicios razonados y pretende ser objetivo; la conducta que vemos en él resulta ejemplar, no en vano acabará siendo ascendido a jefe del Estado Mayor de Máximo Gómez. Boza adquiere protagonismo principalmente en tanto que es él quien focaliza la historia y quien la escribe e interpreta; es gracias a esa modalización que ejerce sobre la historia como llegamos a Bernabé Boza, autor-narrador. Como rasgos de su personalidad destacamos la valentía, la perseverancia, el optimismo, el buen juicio y la sensibilidad y, sobre todo, un profundo patriotismo.

La preeminencia semántica del colectivo militar en el diario no solo se deja ver en la naturaleza y el desarrollo de las acciones relatadas, enfocadas con el fin de dar cuenta de su trayectoria; hemos visto incluso que en cierto momento, ante la imposibilidad de ser testigo de los hechos, Boza cede su pluma –su voz– a un compañero para que continúe registrando en el diario aquello que acaece en el cuartel general; en ese momento el diario no sigue las vicisitudes de Boza ni de aquello de lo que es testigo, sino que permanece con el cuartel general, bajo la mirada de otro testigo, prueba irrefutable de quién es el verdadero protagonista. El diario, por tanto, se enmarca dentro de esa tipología de textos denominada “diarios de campaña” cuyo precedente lo encontramos en relaciones de hechos militares, diarios de abordo y crónicas.

Si hubiera que buscar un protagonismo individual de la historia este sería el del general Máximo Gómez. Él es quien orquesta el cuartel general, quien decide y ordena, quien confirma o revoca sentencias, quien premia y castiga, pero también es un militar valiente que no duda en ponerse en la primera fila de la vanguardia en un combate. Su figura adquiere valores propios de los héroes épicos, el “Viejo de Hierro”, lo llama Boza; su valor y su fortaleza devienen proverbiales, su templanza a veces es sensible a ataques de furia; pero al mismo tiempo es educado, sensible y buen orador, como ya comentamos. No obstante, como en los demás casos, su figura se perfila en función de los hechos públicos protagonizados.

### *La guerra*

La guerra es el *leitmotiv* del relato. La visión que Boza nos transmite de ella se acerca a la de una auténtica epopeya nacional. La guerra se plantea como un hecho necesario para lograr la anhelada emancipación del pueblo cubano y, desde este punto de vista, un hecho «positivo» (p. 31), aunque para ello sea necesario acometer acciones extremas como la quema de cañaverales, fusilamientos, saqueos; se infiere que la moral que impera en tiempos de paz no puede ser la misma que en tiempos de guerra. Esta epopeya nacional se manifiesta en vivas a Cuba y discursos patrióticos que equiparan la lucha por la independencia con la lucha por la igualdad de todos los cubanos; las muestras de optimismo son habituales<sup>29</sup>: «El entusiasmo y la energía de nuestra gente crece con la marcha triunfal que dirigen nuestros jefes con maravillosa precisión» (p. 61). Boza no deja de mostrar este optimismo a lo largo de la obra –el suyo y el de las tropas–, a pesar de los reveses que sufren. La guerra supone el primer paso en la creación de un estado nacional que vendrá a acabar con un sistema colonial injusto sostenido durante siglos: «¡Aquí no hay más solución que la independencia o la guerra» (p. 34; vol. 2).

El enemigo español no es presentado de forma unívoca. Suele diferenciar Boza la actitud y la conducta de los grandes jefes como Campos, Weyler, Blanco y algunos oficiales, de aquellas sostenidas por la tropa. Los primeros se caracterizan por la prepotencia, la decisión desatinada y la crueldad –Weyler más que nadie; sobre Campos rectificará algunas de sus primeras críticas<sup>30</sup>–; sin embargo, el soldado español es arrojado, sufridor y valiente. Las siguientes líneas ilustran esto, en referencia a un combate que perdieron los españoles: «con un jefe más valiente los españoles, que lo son, y que los tienen, hubiéramos perecido

---

<sup>29</sup> El optimismo de Boza no se reduce a su expresión explícita; el punto de vista con que aborda la narración de algunos hechos también es una prueba del mismo. Por ejemplo, sobre el comportamiento de Martínez Campos en el combate de Calimete, que fue visto como un triunfo por los españoles y que le supuso al capitán general una acogida calurosa en La Habana (Navarro, 1998: 147), nos dice que «lo ha hecho bastante mal» (p. 66), y considera que el resultado del enfrentamiento a los cubanos les ha ido bien pues, afirma, «sólo tenemos que lamentar unas doce bajas» (p. 66). Boza recurre a menudo al sarcasmo: «Descanse allí sobre sus laureles el héroe de Sagunto y de Melilla, si es que cree que la acción de hoy le ha proporcionado gloria» (p. 66).

<sup>30</sup> Pasa de calificarlo como «un mal general que no puede ni sabe pacificar sino por medio de la intriga, el soborno y el cohecho» (p. 51) en noviembre del 95, a «noble y honrado general» en febrero del 96 (p. 184). Tal cambio de parecer se debe, en gran medida, a las extremas medidas adoptadas posteriormente por su sucesor, Weyler, a quien llama Boza «asesino al por mayor» (p. 197). Martínez Campos ya había sugerido la necesidad de realizar la reconcentración pero se había negado a ello por motivos morales (Navarro, 1992: 358), aspecto que debió de ver Boza más tarde.

todos, sin gloria y sin ningún provecho para la patria, a mi entender» (p. 42). Varias veces manifiesta su incompreensión y la de sus compañeros ante la actitud de los jefes del ejército español que, aparentemente sin ningún motivo estratégico y con un gran número de fuerzas, se permiten no hostilizarlos constantemente (p. 109). No tiene Boza inconveniente en formular alabanzas a nivel individual, como la que le dedica al oficial español Francisco Neila, «el verdadero, el único, el legítimo héroe de Cascorro» (p. 280), sobre todo si con ello viene a desmitificar otras figuras que a su juicio tienen un prestigio inmerecido, caso del supuesto héroe español de Cascorro, el general Jiménez Castellanos, a quien «le han dado la “gran cruz roja al merito militar” por haberse dejado derrotar y haber huido de un enemigo ¡cinco veces menor en número!» (p. 280).

En el diario se quiere poner de manifiesto cómo el ejército cubano se comporta más noblemente con el enemigo: «Martínez Campos va llenando las cárceles de presos políticos cubanos y nosotros perdonando y poniendo en libertad todos los soldados españoles que hacemos prisioneros en la lucha y con las armas en la mano» (p. 50); incluso al pesar de Boza, que prevé un oscuro futuro ante la llegada de Weyler y considera un error peligroso determinados actos de benevolencia: «Y nosotros sin quemar cañas y fusilando un veterano por haber robado unas “camisas” a un voluntario español que todavía ha de tirar muchos tiros y nos ha de llamar bandidos» (p. 137). Sobre la capacidad del ejército español para hacerles oposición, da pruebas de su ineptitud en varias ocasiones; vemos que malgasta los disparos (p. 146), incluso cuando ya no están en la batalla: «mucho rato después de nuestra retirada continuaban los españoles ametrallando las cercas y las maniguas donde nos suponían ocultos» (p.150); y desaprovechan las oportunidades que se les ofrecen (p. 176; vol. 2). Un hecho significativo por su crueldad es el sucedido en abril del 98: la castración sufrida por dos soldados cubanos. Boza entiende que se trata de una mutilación realizada por el enemigo a los cadáveres y se sorprende de que comiencen a darse casos así, que según él ni siquiera se habían perpetrado en la época de Weyler (p. 248).

### *La política*

Ya en los comienzos de la revolución los cubanos constituyeron un gobierno propio con la finalidad de evitar posibles derivaciones indeseadas e improductivas

que llevaran la lucha por la independencia y la subsiguiente deseada democracia a la dispersión. A pesar de sus nobles intenciones primigenias, a los ojos de Boza el gobierno pronto resulta ser la guarida de muchos polícastros grandilocuentes e inútiles que acaban por entorpecer la revolución. La mirada de Boza hacia las acciones del gobierno y sus miembros es rigurosa en este sentido. Por ejemplo: en febrero del 96 una circular escrita por Santiago García Cañizares, secretario del Consejo de Gobierno cubano, en la que despreciaba el empeñamiento de los españoles por impedir la independencia y alababa la lucha de los cubanos, es suscrita en su contenido por Boza, pero considera un despropósito que sea firmada por Santiago García en calidad de “Delegado del Gobierno”, algo que según afirma Boza, resulta ser una «exhibición ridícula» que «deja en descubierto la incompetencia e incapacidad de nuestro Consejo de Gobierno» (p. 186). En mayo del 96, con motivo de una comisión en la que participa, leemos lo siguiente: «fui huésped forzoso del Consejo de Gobierno que preside el venerable, pero extremadamente débil y bondadoso Salvador Cisneros, a quien rodea una corte a la cual se le ha subido el humo del gobierno a la cabeza y que parece se cree ya en plena y triunfante república», se queja de que el gobierno da órdenes directas a los jefes militares pasando por alto la jefatura del ejército, y «El jefe del Tercer cuerpo, general Suárez, tirado “a la bartola” no emprende operación alguna ofensiva» (p. 220). Boza pone de manifiesto bien temprano las rencillas internas del gobierno cubano, algo que más tarde, terminada la guerra, se haría patente.

### *El mundo rural cubano*

El mundo rural cubano es un espacio complejo. En el diario aparecen ricos ingenios, algunos aún con esclavos, que son saqueados para abastecer a las tropas y cuyos cañaverales son quemados; pequeñas granjas de aliados, de simpatizantes con España o de “pacíficos” que reciben al ejército con disgusto por lo que les puede suponer de pérdidas. El medio rural es el lugar en donde se desarrolla la guerra, un lugar de tránsito y de combate al mismo tiempo, un medio en donde aprovisionarse y descansar. Al mismo tiempo, los guajiros les sirven a menudo de confidentes; otras veces, debido a que han perdido todo lo que tenían, esos guajiros pasan a engrosar las filas del ejército independentista, que tiene problemas para proveerles de las armas y el equipamiento necesario (p. 104).



## 1.5. Análisis pragmático

### 1.5.1. *El pacto autobiográfico y la identidad autor-narrador-personaje*

Con el título de la portada, *Mi diario de la guerra*, y mediante la alusión a su autor, se establece aquí el pacto autobiográfico entre el escritor y los lectores. Se ve este reforzado por varios preliminares. El primero, la dedicatoria, asienta la autoría de Bernabé Boza y en ella defiende este el carácter histórico –veraz– de su relato por cuyo respeto se ve obligado a «lastimar a algunos», aunque «sin apasionamiento ni predisposición alguna»; en el segundo, “dos palabras” explicativas dentro del tópico de la falsa humildad, incide en su calidad de testigo de los hechos y en su propósito de escribir la verdad. El pacto autobiográfico se ve reforzado a lo largo del relato explícitamente con la coincidencia de nombre del autor, del narrador y del personaje. Otros aspectos son el uso de la primera persona de singular y la continua referencia a lugares, hechos, personajes que han tenido y tienen una existencia real, aspecto que sin duda no pasa desapercibido a los lectores. Todas estas circunstancias incitan al lector a realizar una lectura referencial, independientemente de los valores estéticos que *a posteriori* puedan manifestarse. Con todo, cabe decir que este pacto autobiográfico, como se ha venido viendo en el análisis de la obra, pronto se revela parcial, en el sentido de que el diario no se proyecta con el objetivo de rendir cuenta de la vida de su autor sino de la trayectoria del cuartel general del ejército cubano, con lo que el posesivo “mi” de su título hace alusión al papel de autor-narrador de Boza, si acaso a su condición de personaje observador, más que a la inexistente condición que tiene como protagonista. No obstante, el lector pronto se apercibe de esta circunstancia y dirige su lectura tomando como protagonista al cuartel general.

### 1.5.2. *Pragmática de la enunciación*

El enunciado performativo que resume la actividad narradora de Bernabé Boza podríamos formularlo en un “yo atestigo” que se manifiesta de forma explícita en los preliminares de la obra. Su preocupación por dejar bien claro que ha sido testigo directo de todo lo que va a contar es manifiesta. Asimismo, tal afán

se hace patente en las características de los enunciados asertivo-cognoscitivos, los cuales, como se ha visto, proporcionan una ingente cantidad de datos contextualizados y verificables. Vemos, por tanto, una relación causal entre su interés por que el lector crea su enunciado performativo, y las cualidades de las que dota al proceso narrativo construido mediante los enunciados asertivo-cognoscitivos.

### *1.5.3. Producción, comunicación, recepción*

Es fácil deducir las complicadas condiciones en las que escribe Boza. Estas circunstancias, que él mismo pone de manifiesto en algún momento, tienen su repercusión en la constitución del diario. No solo se ha visto que una parte del diario fue extraviada, asimismo estas circunstancias condicionan la naturaleza del discurso dotándolo de un estilo propio de la urgencia con que escribe. Boza rehúye el periodo largo y la adjetivación, la literaturización del lenguaje y el recurso retórico.

A falta de un estudio al respecto, no parece aventurado afirmar que la Guerra de Independencia cubana suscitó porcentualmente –si tenemos en cuenta no solo el número de habitantes y potenciales lectores, sino también la capacidad del mercado editorial cubano en aquel entonces– una mayor cantidad de publicaciones en Cuba que en España. El diario de Boza, publicado por primera vez en 1900, es uno de los primeros de la guerra del 95 en salir a la luz; a lo largo de los años se publicarán los diarios de Máximo Gómez, José Martí o Ibrahín Consuegra. En este sentido, el diario de Boza se viene a añadir a toda esa serie de escritos, de carácter autobiográfico o no, que contribuye a recrear la gesta del pueblo cubano por su independencia. Pero no podemos buscar en el diario la enjundia de una épica literaria; en todo momento se manifiesta la preocupación de Boza por no alejarse de la realidad del hecho y de su circunstancia; el interés por el dato, el estilo llano y directo, la inserción de documentos históricos de todo tipo: circulares oficiales, cartas de personajes históricos, artículos periodísticos, etc., y finalmente el desinterés por su persona en favor de la trayectoria del cuartel

general, hacen del diario de Boza un inestimable documento de carácter histórico, si bien no carece de pasajes de gran vigor narrativo.

El diario de Boza, en este sentido, se somete en alto grado a las exigencias que la realidad extratextual le impone. Si bien no podemos negar su carácter de texto híbrido, usando la terminología de Pozuelo Yvancos, en comparación con otros textos de la época parece más difícil postular que el lector vaya a satisfacer unas pretensiones lectoras depositadas en sus posibles cualidades estéticas, no así, en cambio, en lo que pueda hallar de información histórica de primera mano, en el dato o en la anécdota puntual.

#### *1.5.4. Motivaciones de la escritura autobiográfica*

Bernabé Boza tiene conciencia de estar viviendo algo histórico y lo manifiesta en varias ocasiones a lo largo del diario. Al mismo tiempo sabe que es un observador situado en un lugar privilegiado. Por esto resulta lógico que tenga el deseo de registrar aquello de lo que es testigo; en este sentido podemos situar su diario, como tantos otros, entre esos documentos creados con cierto ánimo altruista que tiene por objeto dar cuenta de algo que se considera excepcional. Asimismo, la escasa relevancia de su personalidad apunta a un rasgo de humildad del autor que lo aleja del narcisismo propio del escritor de autobiografías. Renuncia a dar cuenta de sus vivencias –a su propia persona como individuo–, porque considera que lo primordial y verdaderamente histórico es el acto colectivo, los hechos realizados por un cuartel general –soldados, oficiales, jefes, asistentes, acemileros, simpatizantes–, que representa la cabeza del pueblo cubano en su lucha por la independencia.

## CONCLUSIONES

Como se ha podido comprobar, a pesar de utilizar los dos autores la misma tipología textual existen diferencias significativas en todos los niveles. En cuanto a las características morfosintácticas hemos visto que el diario de Burguete constituye una narración trabada cuyo hilo argumental sigue sus vicisitudes hasta el punto de ofrecer cierta secuencialidad con la que logra dotar de dramatismo a las acciones. Esto lleva pareja una evolución del personaje, el cual manifiesta un proceso de degradación paulatino de principio a fin. Si bien el elemento temporal no adquiere mucha relevancia, sí vemos que el espacio se convierte en un factor decisivo que condiciona la estructura de la narración y ejerce una influencia directa sobre el personaje. En cambio, en Boza se ha visto que el discurso adoptado es eminentemente acumulativo, la yuxtaposición de hechos merma el posible dramatismo de la historia; no se ve una evolución de su protagonista, el cuartel general, ni de sus personajes principales. A diferencia del diario de Burguete, la importancia de Boza como personaje queda relegada al protagonismo del cuartel general, y los elementos del espacio y del tiempo, que cobran nominalmente una especial relevancia, en consonancia con los diarios convencionales, sin embargo, apenas son dotados de unas características propias que los lleven a desempeñar una función sintáctica importante en la estructura narrativa. En el español, por tanto, los elementos constituyentes de la narración se proyectan, en gran medida, hacia un relato de carácter dramático o estético; en Boza estos elementos están sometidos a la realidad extratextual en alto grado. Esto se corrobora también en el uso de la focalización, técnica que Burguete

aprovecha para tratar de transmitir de forma vívida las impresiones desde el punto de vista del personaje; el cubano, en cambio, aun siendo narrador-personaje que escribe en una situación similar, utiliza principalmente la focalización desde la mirada del narrador. En consecuencia con este papel secundario, el uso de la primera persona de singular es muy escaso, a diferencia del diario del español. En cuanto a la categoría del tiempo del relato vemos también diferencias palpables. Lo más significativo quizás sea el interés de Burguete por dotar a su diario de vigor narrativo a través escenas que transmiten la inmediatez de la vivencia; en el cubano estas partes son escasas, opta más por el discurso de tipo sumarial y la yuxtaposición de datos. También cabe destacar el interés de Burguete por la descripción; entiende este que no se puede transmitir la realidad de sus impresiones si uno no recurre a cierto lenguaje que trascienda lo convencional del discurso informativo, de ahí sus descripciones de la naturaleza, de las villas o de los soldados. En Boza la descripción es escueta, informativa y funcional.

Respecto a los valores semánticos que adquieren las obras se ha visto que el diario de Burguete, merced a su estructura interna, puede contemplarse como un relato de iniciación; la relevancia que adquiere el protagonista no es solo en función de los hechos que protagoniza o que atestigua haber visto, también cobran especial importancia, aunque con limitaciones, aspectos de su mundo interno. En el caso del diario de Boza el hecho externo e histórico es primordial, no encontramos en él algún atisbo de intimidad.

Desde el punto de vista pragmático los dos diarios buscan la complicidad del lector a través del pacto autobiográfico, pero el cubano redonda a través de las páginas preliminares en los valores referenciales de su escrito, aspecto que Burguete no llega siquiera a mencionar. Según esto, el diario de Boza se proyecta hacia un proceso comunicativo más convencional; el del español evidencia, más allá de su carácter testimonial y de la fidelidad que guarde a la realidad, unos propósitos estéticos evidentes. Si consideramos que la pretensión de Boza era la satisfacción de una expectativa de lectura referencial, en el caso de Burguete debemos concluir que buscaba además cierto gusto literario, hecho que ya percibió algún crítico de entonces.

Se ha tratado aquí de poner de manifiesto cómo los autores se han servido de un tipo de texto tradicionalmente funcional como el diario para dos propósitos diferentes; en función de estos propósitos han usado una u otra técnica narrativa,

se han valido de determinados tipos de focalización, han manejado el tiempo del relato según sus intereses y, en definitiva, han construido dos obras en una misma época y en semejantes circunstancias, pero cuyos significados manifiestan una gran distancia, al menos en lo que a los estudios de la literatura autobiográfica se refiere.

A modo de conclusión incidir en varias ideas formuladas a lo largo del trabajo. El texto de Boza se sitúa en la línea de los diarios tradicionales en el sentido de que respeta su estructura formal: señala la fecha con regularidad, la escritura se produce asiduamente y registra los hechos sucedidos a lo largo del día; no obstante se aleja del diario íntimo y personal para proponerse como diario público y colectivo, entroncando así con un tipo de escrito que, como apuntaba Lejeune, es uno de los precedentes del diario moderno, la relación de hechos militares de determinados cuerpos del ejército. El escrito del cubano, por tanto, se plantea como el diario de toda una épica de lucha. Si en la Edad Media los procesos de formación de las naciones, siguiendo la idea de Deyermond, suscitaron la creación de sus cantares de gesta y, paralelamente, de las crónicas que rendían cuenta de su historia; el escrito de Boza supone la suma de otro tipo de texto, el diario, para registrar, ahora *in situ* y por un individuo concreto, ese proceso histórico de formación nacional.

El diario de Burguete, en cambio, rehúye hasta cierto punto de los convencionalismos tradicionales del texto diarístico: no señala la fecha, la asiduidad con que escribe es relativa, y solo registra aquellos hechos que de algún modo le afectan a él directamente. Por tanto, el diario del español se aleja del diario público tradicional, ese que pretende registrar datos y hechos a modo de inventario de forma rigurosa, para aproximarse a un tipo de texto, el diario íntimo, que entonces daba sus primeros pasos en el panorama editorial. Es innegable que la personalidad que asoma en el diario de Burguete todavía adolece de esa «superficialidad emocional» de la que habla Mainer (Caballé, 1995: 140); no obstante, para valorar justamente la obra debemos tener en cuenta lo poco pródiga que es en manifestaciones públicas de lo íntimo la época en la que escribe y el valor que se da, en cambio, al hecho externo, público –ese que Burguete omite en muchos casos–, a través del cual se define, entonces, la persona socialmente. A esto hay que añadir el condicionamiento que supone no ya pertenecer a un estamento como el militar, sino también la naturaleza histórica y social del

contexto de guerra; el hecho de relegar a un segundo plano los acontecimientos históricos vividos en favor de la propia personalidad supone un avance en lo que respecta al desarrollo de la individualidad y un ensanchamiento de las posibilidades que brinda a la literatura la forma diarística. No se quiere con esto decir, ni mucho menos, que sea su escrito un ejemplo de diario íntimo, sino hacer notar que bien puede considerarse uno de sus primeros brotes, principalmente dentro de la literatura autobiográfica soldadesca, pero también en el conjunto del panorama diarístico español.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARAJA MONTAÑA, Manuel (1979), *La guerra de independencia cubana a través de Diario de Cádiz, 1895-1898*, Cádiz: Diario de Cádiz/Universidad de Cádiz.
- BARCHINO PÉREZ, Matías (1993), “La autobiografía como problema literario en los siglos XVI y XVII”, en *Escritura autobiográfica*, J. Romera Castillo *et alii* (eds.), Madrid: Visor Libros, 98-106.
- BOBES, María del Carmen (1993), *La novela*, Madrid: Síntesis.
- BOZA SÁNCHEZ, Bernabé (1974), *Mi diario de la guerra*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales/Instituto Cubano del Libro, 2 vols.
- BRUSS, Elisabeth (1991), “Actos literarios”, *Suplementos Anthropos*, 29, 62-79.
- BURGUETE Y LARA, Ricardo (1902a), *¡La guerra! Cuba (diario de un testigo)*, Barcelona: Maucci.
- (1902b), *¡La guerra! Filipinas*, Barcelona: Maucci.
- CABALLÉ, Anna (1995), *Narcisos de tinta*, Madrid: Megazul.
- (2004), “La autobiografía contemporánea o la superación del memorialismo anecdótico”, en *Autobiografía en España: un balance*, Celia Fernández y M<sup>a</sup>. Ángeles Herмосilla (eds.), Madrid: Visor Libros, 145-155.
- CALVO POYATO, José (1997), *El Desastre del 98*, Barcelona: Plaza & Janés.
- CASTANEDO ARRIANDIAGA, Fernando (1993), “La focalización en el relato autobiográfico”, en *Escritura autobiográfica*, J. Romera Castillo *et alii* (eds.), Madrid: Visor Libros, 147-152.

- CASTILLO RAMÍREZ, Yanelet y Luis Rodríguez Yunta, María Cruz Rubio Liniers y Orlando Pérez Hernández (1998), *La crisis del 98*, Madrid: CINDOC, *Bibliografías de historia de España* (8).
- DE MAN, Paul (1991), “La autobiografía como desfiguración”, *Suplementos Anthropos*, 29, 113-118.
- DIARIO OFICIAL DEL MINISTERIO DE LA GUERRA, 25-9-1913, tomo III, n.º 213.
- DIDIER, Beatrice (1978), “Pour une sociologie du journal intime”, en *Le journal et ses formes littéraires* (Actes du colloque de septembre 1975), VV. AA., Genèse-París: Librairie Droz, 245-265.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2004), “Nuevas adiciones al catálogo de la bibliografía española en los siglos XVIII y XIX (segunda serie)”, *Signa*, 13, 395-496.
- EBERENZ, R. (1991), “Enunciación y estructuras metanarrativas en la autografía”, en *La autobiografía en lengua española en el Siglo XX*, VV. AA., Lausanne: Hispánica Helvética, 37-51.
- EL IMPARCIAL, 2-1-96
- FERNÁNDEZ PRIETO, C. (2004), “Enunciación y comunicación en la autobiografía”, en *Autobiografía en España: un balance*, Celia Fernández y M<sup>a</sup>. Ángeles Hermosilla (eds.), Madrid: Visor Libros, 417-432.
- GARCÍA LANDA, José Ángel (1998), *Acción, relato, discurso: estructura de la ficción narrativa*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio (1996), *El texto narrativo*, Madrid: Síntesis.
- GENETTE, Gerard (1972), *Figures III*, París: Seuil.
- GUSDORF, George (1991), “Condiciones y límites de la autobiografía”, *Suplementos Anthropos*, 29, 9-18.
- LA ÉPOCA, 11-10-1902.
- LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, 22-1-1896.
- LA VANGUARDIA, 30-2-1896.
- LEJEUNE, Philippe (1991), “El pacto autobiográfico”, *Suplementos Anthropos*, 29, 47-61.
- (2004), “El pacto autobiográfico, veinticinco años después”, en *Autobiografía en España: un balance*, Celia Fernández y M<sup>a</sup>. Ángeles Hermosilla (eds.), Madrid: Visor Libros, 159-172.
  - (2006), *Le journal intime: histoire et anthologie*, París: Textuel.



- LEVISI, Margarita (1984), *Autobiografías del Siglo de Oro*, Madrid: Sociedad General Española de Librería.
- LOUREIRO, Á. G. (1991), “Problemas teóricos de la autobiografía”, *Suplementos Anthropos*, 29, 2-8.
- (1993), “Direcciones en la teoría de la autobiografía”, en *Escritura autobiográfica*, J. Romera *et alii* (eds.). Madrid: Visor Libros, 33-46.
- LOYOLA VEGA, Óscar (1999), “Visión cubana de un conflicto finisecular”, *Historia Contemporánea*, 19, 17-38.
- MARTÍN, S. (1993), “Hacia una tipología de las estructuras de la instancia enunciativa en la escritura autobiográfica”, en J. Romera Castillo *et alii* (eds.), *Escritura autobiográfica*, Madrid: Visor Libros, 289-294.
- MATEOS MONTERO, Aurora (1995), “Características del discurso en las memorias españolas del siglo XIX (1875-1914)”, *Signa*, 4, 147-151.
- MAY, George (1982), *La autobiografía*, México: Fondo de Cultura Económica.
- MOLINO, Jean (1991), “Interpretar la autobiografía”, en *La autobiografía en lengua española en el Siglo XX*, VV.AA., Lausanne: Hispánica Helvética, 107-137.
- MORENO FRAGINALS, Manuel (1995), *Cuba/España, España/Cuba*, Barcelona, Crítica.
- NAVARRO, Luis (1992), *La independencia de Cuba*, Madrid: Mapfre.
- (1998), *Las guerras de España en Cuba*, Madrid: Ediciones Encuentro.
- OLEZA, Joan (1981), “La literatura, signo ideológico”, en *La literatura como signo*, José Romera Castillo (coord.), Madrid: Playor, 1981, pp.176-226.
- (1996), “Una nueva alianza entre historia y novela. Historia y ficción en el pensamiento literario del fin de siglo”, en *La novela histórica a finales del siglo XX*, José Romera Castillo (ed.), Madrid: Visor Libros, 81-95.
- PLUMA Y LÁPIZ, n.º 85, 1902.
- POPE, Randolph D. (1974), *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*, Berna y Francfort: Lang.
- POZUELO YVANCOS, José María (2004), “Autobiografía: del tropo al acto del lenguaje”, en *Autobiografía en España: un balance*, Celia Fernández y M<sup>a</sup>. Ángeles Hermosilla (eds.), Madrid: Visor Libros, 173-181.
- (2005), *De la autobiografía. Teoría y estilos*, Barcelona: Crítica.

- PUERTAS MOYA, Francisco Ernesto (2004), *Aproximación semiótica a los rasgos generales de la escritura autobiográfica*, Universidad de la Rioja: Servicio de Publicaciones.
- REVERTÉR DELMAS, Emilio (1897), *Cuba española. Reseña histórica de la insurrección cubana en 1895*, Barcelona: Centro Editorial de Alberto Martín.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (1999), *El Desastre en sus textos*, Madrid: Akal.
- ROMERA CASTILLO, José (1981), “La literatura, signo autobiográfico: el escritor signo referencial de su escritura”, en *La literatura como signo*, José Romera Castillo (ed.), Madrid: Playor, 13-56.
- (1991), “Panorama de la literatura autobiográfica en España (1975-1991)”, *Suplementos Anthropos*, 29, 170-184.
  - (1993), “Hacia un repertorio bibliográfico (selecto) de la escritura autobiográfica en España (1975-1992)”, en *Escritura autobiográfica*, José Romera Castillo et alii (eds.), Madrid: Visor Libros, 423-505.
  - (1999). “Estudio de la escritura autobiográfica española (Hacia un sintético panorama bibliográfico)”, en *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, Manuela Ledesma Pedraz (ed.), Jaén: Universidad de Jaén, 35-52.
  - (2004), “Algo más sobre el estudio de la escritura diarística en España”, en *Autobiografía en España: un balance*, Celia Fernández y M<sup>a</sup>. Ángeles Hermosilla (eds.), Madrid: Visor Libros, 95-112.
  - (2004), “Prólogo”, en *Aproximación semiótica a los rasgos generales de la escritura autobiográfica*, Francisco E. Puertas Moya, Universidad de la Rioja: Servicios de publicaciones, 9-11.
  - (2006), *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*, Madrid: Visor Libros.
  - (2010), “La escritura (auto)biográfica y el SELITEN@T: Guía bibliográfica”, *Signa*, 19, 333-369.
- SARMIENTO RAMÍREZ, Ismael y Martha Mosquera (2002), “La escasez de vestuario y calzado en la Guerra de Cuba”, *Militaria. Revista de Cultura Militar*, 16, 171-207.
- (2003), “La escasez de alimentos en la Guerra de Cuba”, *Militaria. Revista de Cultura Militar*, 17, 199-235.

- TORTOSA, V. (2000), “La literatura púdica como forma de intervención pública: el diario”, *Signa*, 19, 581-619.
- TRELLES, Carlos M. (1902), *Bibliografía de la segunda guerra de independencia cubana y de la hispano-yankee*, La Habana: Revista ilustrada “Cuba y América”.
- VILLANUEVA, Darío (1991), “Para una pragmática de la autobiografía”, en *La autobiografía en lengua española en el siglo veinte*, VV. AA., Lausanne: Hispánica Helvética, 201-218.
- (1993), “Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía”, en *Escritura autobiográfica*, José Romera Castillo et alii (eds.), Madrid: Visor Libros, 15-29.
- WEINTRAUB, Karl. J. (1991), “Autobiografía y conciencia histórica”, *Suplementos Anthropos*, 29, 18-33.